

# LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 24.

---

NUM. 286.

---

LA

ESPAÑA MODERNA

---

Director: JOSÉ LÁZARO

---

OCTUBRE 1912

---

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6.

MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y encuad. de V. Terdesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

## UN PRECEDENTE DEL DARWINISMO EN LA EDAD MEDIA

---

En un estudio de Brochard sobre la moral antigua y la moral moderna, observa el docto catedrático de la Sorbona que han pasado ya los tiempos en que se tomaban argumentos de la historia de la filosofía para emplearlos en apoyo de las opiniones contemporáneas. Mucha verdad es ésta, pero aún pudiera añadirse que las investigaciones modernas suministran pruebas para confirmar o refutar las doctrinas de los pensadores del pasado. Estamos harto orgullosos de nuestra época y de nuestro pensamiento para pretender recibir lecciones del pasado. Antes bien, si se me permite la frase, quisiéramos dar lecciones a los muertos. Cuando queremos poner de manifiesto la verdad o el error de tal o cual doctrina antigua, acudimos a las modernas ciencias experimentales para ver si las aprueban o las rechazan. La ciencia positiva viene a ser para nosotros la piedra de toque en que se contrastan las opiniones que formaron el saber antiguo. Si en esto vamos completamente acertados, o si quizá tendríamos que aprender algo de las doctrinas históricas, es cuestión que no quiero tratar en este momento; sólo, sí, diré que el conocimiento cada vez más vasto de la historia de la filosofía establece entre nosotros y los filósofos anteriores una especie de confraternidad, de compañerismo, un comercio diario en el cual, a veces, suele quedar un tanto lastimado el orgullo de que antes hablaba.

Lo que distingue a la ciencia de la antigüedad y aun de la Edad Media, es un mayor imperio de la imaginación, por lo mismo que carecía de métodos y de medios experimentales. En cambio, el espíritu moderno parece que tiene miedo de tender sus alas por las regiones de la alta especulación, y se aplica modestamente a los trabajos asiduos e incesantes de laboratorio. Pero en estos mismos estudios y observaciones, tropieza con problemas que había querido esquivar, y en los cuales viene a dar de lleno *velis nolis*, resucitando cuestiones que parecían haber sido relegadas al olvido y que caracterizaban la mentalidad de las generaciones de otros siglos.

Y es que la filosofía no es sólo especulación abstracta y formulación general. La filosofía brota también de los seres vivos, de los objetos corpóreos y de la acción misma. La acción y el pensamiento no son cosas distintas en su esencia. El pensamiento es una acción concentrada, es una acción trascendental. La acción es un pensamiento realizado, reducido a límites de espacio y tiempo (1).

Además, la filosofía, en su sentido más amplio, ha caminado siempre junto a las demás ciencias. Pitágoras fue matemático. Aristóteles cultivó todas las ciencias. Descartes escribió tratados de óptica, de fisiología y de matemáticas. Leibniz fue un sabio universal. Kant escribió obras de antropología. Los mismos filósofos jónicos, empezando por Tales de Mileto, sólo trataban de hallar un principio físico que explicase el origen de todas las cosas. Su investigación era una investigación física, de donde recibieron el nombre de físicos, con el que se les conoce en la Historia.

El positivismo ha querido prescindir de toda metafísica, y ha terminado en una escuela metafísica. Y es que parecía haberse olvidado que todo descubrimiento físico, astronómico o de otro cualquier orden, ha coincidido, o, mejor dicho, ha dado lugar a una nueva era en filosofía, así como toda revolución

---

(1) V. AMIEL: *Diario íntimo*, pág. 46. Traduc. ESPAÑA MODERNA.

filosófica ha cambiado a su vez los métodos científicos y la faz de las ciencias naturales.

Por aquello de que en un momento de la Naturaleza está la Naturaleza toda, tanto da contar los átomos de un milímetro de oxígeno, como enumerar los planetas de un sistema solar. Tanto monta manejar el telescopio como el microscopio; delante de ambos se extiende el infinito. El hombre lleva en su cerebro las leyes del cosmos, porque su mismo cerebro, su mismo cuerpo es un microcosmos. Una visión de conceptos puede anticipar una visión de realidades. Sólo que a medida que nos acercamos al fenómeno, la contradicción nos enreda en sus mallas, y nos perdemos en un laberinto del que sólo puede sacarnos el hilo de Ariadna de la lógica. Cuanto más cerca estamos de las cosas, más lejos nos hallamos de su esencia. Sólo podemos comprender el mundo recogiéndonos dentro del yo, mágico espejo que reproduce el universo depurándole de su apariencia engañosa, y revelándonosle en su esencia numérica o lógica.

Podría creerse que el positivismo nos aleja de la metafísica. Puesta la atención en los objetos exteriores, parece que despertamos del sonambulismo filosófico a la realidad de la vida. Pronto reconocemos nuestro error: los objetos mismos son ideas, los fenómenos de la Naturaleza son silogismos, el mundo entero es un sistema lógico, y creyendo haber disipado para siempre la nebulosa de las abstracciones, nos convencemos de que al operar con los objetos reales y corpóreos, no hacemos sino lo que hacen los niños con esos abecedarios en forma de rompe-cabezas, en que cada letra es una imagen coloreada, no hacemos sino deletrear pacientemente el gran sistema filosófico que se llama universo.

Así, cuando algún obrero del siglo presente ofrece a la atención científica una nueva serie de hechos agrupados conforme a una ley, llámese sociológica, zoológica, botánica, física o química, no hace sino agitar problemas que ya trató de resolver la razón pura en el terreno de la abstracción, que es

el terreno de la realidad pura. El pensamiento no puede salir de sí mismo; el hombre quiere renunciar al pensamiento, y se encuentra con que sólo es pensamiento y todo pensamiento. El hombre mismo, después de haber reducido a la nada, por medio de la crítica, toda idea general, se contempla creyéndose la única realidad, y ve que su yo se disuelve, pulverizado por esta misma crítica, no quedando en su lugar más que un nombre que sirve para designar un grupo de hechos.



En el dintel de la antigüedad, en el límite que separa dos mundos opuestos, aparece un hombre mostrando en su mano, como precioso resto de un naufragio, un libro de filosofía; rico presente que ofrecía al pensamiento de su siglo, como tesoro de incalculable valor, como cimiento en que se había de edificar una nueva ciencia. Este hombre ejerció grande influencia en la corte de Teodorico; murió víctima de este mismo influjo. Las iglesias de Italia veneran su memoria.

El libro a que aludimos no era otro que los «Comentarios a la introducción de Porfirio a las categorías de Aristóteles», traducidos por Boecio. En dicha introducción, el filósofo neoplatónico encarecía la necesidad de saber lo que fuesen el género y la especie, la diferencia, el propio y el accidente, como noción indispensable para comprender la doctrina de las categorías, sin pretender inquirir por el momento *si los géneros y las especies tienen existencia propia o existen solamente en la inteligencia, ni, en el caso en que existiesen por sí mismos, si son corporales o incorpóras, o si están separados de los objetos sensibles o en dichos objetos y constituyendo parte de ellos.*

Tal cuestión, que había dividido a la filosofía antigua en dos grandes tendencias, iba a dividir del mismo modo a los espíritus de la Edad Media. Mas para ello era necesario infundirle nueva vida. Si no había de ser olvidada y confundida en la indiferencia de la ignorancia universal, era necesario sacarla



a luz de un modo ruidoso, manejándola como antorcha que iluminara y abrasase al mismo tiempo. Era necesario profanar con ella un objeto sagrado, puesto en altura eminente, blanco de todas las miradas. Era necesario un hombre de tan temerario valor, y le hubo. Fue clérigo y se llamó Roscelino.

Y se explica esta necesidad. Cada siglo tiene su terreno propio de experimentación, un territorio al cual aplica con preferencia todas las fuerzas de su actividad racional. El campo de experimentación de la Edad Media fue el Dogma. Todo el esfuerzo intelectual de aquella época gravita invariablemente hacia este centro de atracción, en donde se estrellaban los entendimientos más preclaros y las voluntades más heroicas. El escaso tesoro de ciencia que entonces poseían los hombres, fue puesto incondicionalmente al servicio del dogma; de él recibía su valor; por el dogma vivía, y bien se puede decir que moría para el dogma. Todas las cuestiones trascendentales estaban enlazadas con una cuestión de fe. La Iglesia no se contentó con su poder mundanal ni con el vasallaje que le prestaban los más poderosos príncipes, sino que encadenó al carro triunfal de su construcción dogmática el pensamiento de los más soberanos ingenios entonces conocidos.

No fue el clérigo de Compiègne el que inventó el nominalismo. Una vieja crónica que relata los hechos acaecidos desde el reinado de Roberto hasta la muerte de Felipe I, menciona a algunos sofistas, citando entre ellos a Juan, médico del rey Enrique I de Francia. Este Juan, apellidado el Sordo, fue maestro de Roscelino. Rábano Mauro, en el siglo ix, había comentado a Porfirio, poniendo en duda si éste quiso hablar de cosas con existencia real o sólo de nombres. Del comentario de Rábano se deduce que había ya dos opiniones, dos escuelas sobre este punto. Pero la gloria de una doctrina corresponde por fuero a aquel que la sabe imponer, con golpe certero, en la conciencia de las gentes. ¡Qué importa que el sembrador tenga en la mano la semilla si no la sabe enterrar en la gleba para que fructifique! La erudición, en sus vanidosos alardes,

intenta robar a los grandes nombres la gloria de sus inventos, rastreando precursores en todas las empresas. La erudición se equivoca. ¡La fama, nunca! La gloria de una idea es para aquellos que le entregan su alma. Por eso la gloria del nominalismo será para Roscelino, porque el clérigo de Compiègne no se contentó con establecer una doctrina filosófica, sino que, aplicándola como antorcha flameante al santuario del dogma, quiso reducirle a cenizas. Sólo el que se atreve a herir los falsos dioses del vulgo, pasa con la aureola de la gloria a la posteridad. La multitud eleva templos para guarecer a sus ídolos de barro; el genio los derriba. En todo innovador hay algo de erostratismo (1).

Convencido de que las ideas generales son meras abstracciones, sin realidad objetiva, dedujo que el Padre y el Espíritu Santo, modos diversos de una misma sustancia, habían encarnado en el Hijo, padeciendo como éste. Quizá entonces como

---

(1) El osado innovador no se contentó con trastornar la filosofía en su más trascendental problema, ni la teología en su misterio más insigne; lanzóse con valeroso denuedo contra el mismo poder eclesiástico, combatiéndole en sus más escandalosos abusos. Refugiado en Inglaterra, contempló las relajadas costumbres del clero. La mayor parte de los sacerdotes vivían en concubinato; muchos de ellos estaban casados. Roscelino alzó su voz contra este abuso, afirmando: 1.º, que los hijos de sacerdotes nacidos fuera de legítimo matrimonio estaban fuera de la ley y que era injusto preferirlos a los hijos legítimos; 2.º, que el bautismo de estos niños borraba sus pecados, pero sin variar su condición; 3.º, que al prohibir su ordenación se desterraría el escándalo de elevar a los hijos de los sacerdotes concubenarios a las dignidades eclesiásticas. El clero de Inglaterra encontró más cómodo perseguir a Roscelino que reformar sus costumbres.

No fuera a creerse que esta relajación estaba reducida al clero anglicano. En todas partes reinaba la misma disolución. El sacerdote daba ejemplo de escándalo. Los beneficios eclesiásticos eran vendidos públicamente o se transmitían por testamento. «Los bienes de la Iglesia—dice Guizot—servían de dote a las hijas de los obispos. El rescate de los más enormes pecados no costaba ni aun la fundación de una iglesia o monasterio. Por una ligera suma recibía el culpable la bendición absolutoria.

ahora se buscaba la cuestión palpitante, el escándalo, para llamar la atención sobre el oscuro trabajo del pensamiento, y el afán de inmortalizar una doctrina convertía a los hombres en mártires de una opinión.

Pronto San Anselmo contestó a las temerarias afirmaciones de Roscelino con un libro titulado *De Fide Trinitatis, contra blasphemias Roscellini*.

La disputa había comenzado. Una formidable cuestión iba a dividir a los hombres. El desenlace de esta esgrima dialéctica iba a ser, en muchos casos, la persecución, el anatema y la hoguera. El mundo cristiano se conmoverá. Reuniránse concilios para condenar a los más preclaros talentos. Y algunos doctores en teología vestirán la túnica llameada del hereje.

Con un instinto verdaderamente superior a su tiempo, la actividad científica recoge este problema y se encarniza en su discusión. Cerebros más poderosos, inteligencias más disciplinadas que la de Roscelino iban a continuar la polémica comenzada, más gloriosa por el espíritu de independencia que personificaba, que por las verdades que pudiera cobijar en su seno.

En la historia del pensamiento humano hay un hecho que se repite en todas las edades. Este hecho está teñido en cada época del color que le prestan las instituciones políticas y sociales. Este hecho es la rebeldía del pensamiento. Es el pensamiento nuevo que conspira contra el pensamiento antiguo. Es la tesis y la antítesis, que vienen a las manos.

Hoy despreciamos estas luchas de los intelectos medioevales, condenándolas, sin ver acaso que nuestra obra es prolongación de la suya, y que su lógica fue antecedente preciso de la nuestra.

Aun considerando la Edad Media, como un compás de espera en la actividad filosófica, como un intermedio místico entre el colosal esfuerzo de la filosofía griega y el profundo desarrollo de la filosofía moderna, no hay que pensar que en tantos siglos durmiera el pensamiento del hombre, o que si

durmió dejara de ser agitado por el misterioso enigma de su destino sobre la tierra. Durante los siglos medios, las voces de Platón y Aristóteles, proseguían, contrapuntadas por el plañidero o solemne acento de la liturgia eclesiástica, el ático diálogo que comenzó en los jardines de Academos.

Pero en la Edad Media, el espíritu que animó a aquellas voces inmortales se había extinguido. Aquella despreocupación sublime que desde un principio hizo a los filósofos griegos mirar con desdén los dioses populares y desentenderse en absoluto de todo respeto político o teológico, ya no existía. Los filósofos de la Edad Media fueron esclavos de la teología. Su obra era labor de esclavos (*Ancilla theologiæ*). Escribían y pensaban bajo la amenaza del anatema y de la hoguera. Mas no era lo peor esta opresión constante y abrumadora del pensamiento, ya que en el resbaladizo terreno de las interpretaciones dogmáticas, pronto se caía en las desviaciones heréticas, y entonces no faltaba el valor para desafiar la cólera de los pontífices y de los concilios. El mal estaba más arraigado. El mal consistía en que la servidumbre teológica era innata en todos los cerebros y en todos los corazones. En que los cristianos nacían para la fe y los filósofos para el dogma.

Se ha dicho, y con fundamento, que la doctrina de Roscelino no es sino el empirismo al hacer su segunda aparición, y que, por consecuencia, el idealismo platónico estaba representado en el realismo de los Padres de la Iglesia. Pero, ¿qué distancia de la pureza filosófica de la doctrina del fundador de la Academia, desenvuelta en las más serenas regiones del pensamiento puro, a la labor bizantina de aquellos filósofos híbridos, que buscaban sus fuentes de inspiración en los turbios manantiales de la tradición y de la leyenda? La filosofía escolástica se amasaba con barro judío. Se quería hacer triunfar a toda costa la cosmogonía judía, el realismo judío, concepción la más antifilosófica que haya existido, constituida por restos mutilados y fermentados de las creencias orientales. Este barro cegó los ojos de muchas generaciones, y durante largos siglos, la

filosofía luchó para desembarazarse de él y volver a su pristina pureza.

Este realismo, de que estaban impregnados todos los cerebros, pónese en evidencia en la manera de discutir la tesis propuesta. Los géneros y las especies, ¿tienen existencia real, o existen sólo en la inteligencia? Y si existen por sí mismos, ¿son corporales o incorporeales, están separados de los objetos sensibles o constituyen parte de ellos?

Trátase aquí, como se ve, de una existencia material y palpable, de una existencia corporal, tangible. Bien a las claras se da a entender que no se concibe otro género de existencia sino la que entra por los ojos y se toca con las manos. Por este modo de existir abogaban los representantes del individualismo, los Padres de la Iglesia, San Agustín, San Isidoro, etc. Defendían la fe de una manera material. Toda concesión a lo abstracto les parecía que desvirtuaba el dogma y que ponía en peligro la fe. A este espíritu realista, en la acepción material de la palabra, respondían, la concepción geocéntrica, todo el antropomorfismo de la religión cristiana medioeval que la hacía una continuación de la mitología bíblica, y en general, de todas las religiones antropomórficas de la antigüedad. La Edad Media concretó, sensualizó la Divinidad. Un obispo de Málaga, llamado Hostegesis, atribuía a Dios figura humana, afirmando que residía en la parte más alta del cielo, y que estaba en todas partes, no por esencia, sino por *subtilitatem quandam*. Los efectos de este materialismo religioso, bien patentes están en las mil extravagancias y chocarrerías en que el mismo arte escultórico religioso vino a incidir. En esas imágenes torpes, y hasta obscenas, que vemos en el interior de las catedrales góticas. En las leyendas diabólicas, en las epidemias de la locura demoníaca. En los suicidios en masa. En la misma forma grosera del pecado cuyo horror enloquecía a las gentes.

Sin embargo, bien pudieran aquí distinguirse dos problemas englobados uno en otro, y cuya solución fuese distinta y hasta opuesta. El primero podría concebirse en los siguientes térmi-

nos: los géneros y las especies, tal como nosotros los concebimos, con la misma extensión que nuestro pensamiento les asigna, ¿corresponden a algo concreto en la realidad?

Y el otro: el pensamiento en general, ¿es de distinta naturaleza que nuestras percepciones sensibles?

Y aquí llegamos al punto de enlace que el nominalismo del siglo *xix* tiene con el transformismo del siglo *xix*.

El genio de los pueblos (y conste que no digo el genio de las razas) se refleja indudablemente en sus creaciones al través de los tiempos. Podrá variar la expresión ideológica de cada época, pero a despecho de este cambio, la índole psicológica de cada agregado humano persiste idéntica a sí misma o con variaciones poco apreciables. Sólo ha habido dos pueblos dotados verdaderamente de genio metafísico: Grecia y Alemania. No es esto decir que Grecia y Alemania sean los dos únicos pueblos que han pensado, pero han sido los dos únicos pueblos que han pensado metafísicamente.

Inglaterra ha sido la cuna del empirismo moderno (no del materialismo). Guillermo de Ocam, Bacon de Verulamio, Hume, Hobbes, Locke, Darwin, son nombres que, sin formar una serie sistemática de pensadores escolásticamente encadenados, expresan la contribución que el genio inglés ha aportado a la filosofía universal, imprimiendo en ella su sello especialísimo, su fisonomía característica. Pero obsérvese que, por una compensación espiritual, este pueblo, destinado al parecer a considerar todas las cuestiones empíricamente, es quizá el pueblo más religioso que existe. Los ingleses ponen la Biblia hasta en las logias masónicas.

Se concibe que los naturalistas emprendiesen su tarea ajenos a toda preocupación metafísica o filosófica. Así debe ser, y ello constituye la mejor garantía de su seriedad. Prueba de este indiferentismo, y bien elocuente por cierto, la tenemos en la prolongada colaboración de dos genios cuyo rompimiento había de ser célebre en los anales del pensamiento europeo: Cuvier y Lamarck. Estos dos hombres trabajaron durante mu-

chos años, sin sospechar o por lo menos sin exteriorizar el abismo que los separaba. Este abismo era el que separaba a Descartes y a Leibniz, el que media entre el estaticismo y el dinamismo. La filosofía pura se adelantó en un siglo a las ciencias biológicas y morfológicas, en formular este problema.

La idea de la mutabilidad de las especies no es original de Darwin. Sabido es que Lamarck fue el primero que lanzó esta hipótesis contra Cuvier, que afirmaba la fijeza de las especies y la diversidad de planes en la creación. Pero, repetimos lo dicho en el curso de estas líneas: una idea pertenece al que la sabe hacer triunfar, al que la sabe imponer en el alma de las multitudes.

Darwin es, pues, el representante del transformismo. Y sean cualesquiera las objeciones y dificultades, las divisiones que haya suscitado en el campo de la ciencia, todos aceptan hoy una afirmación: la variabilidad de las especies; el transformismo es un dogma de fe del siglo xx.

Y esta es para nuestro fin la proposición que únicamente nos interesa. Las especies no son fijas. No existe un límite que separe unas especies de otras. Los seres vivos de la creación forman una cadena ininterrumpida. Los tres reinos de la Naturaleza, proclamados antiguamente, han borrado sus fronteras, y el mundo de la vida es una inmensa ciudad cosmopolita en que todas las criaturas fraternizan por su común origen. Los géneros y las especies no tienen existencia real, objetiva; sólo existen en nuestra mente. Son, a lo sumo, procedimientos nemotécnicos. El individuo es lo único real. El nominalismo ha triunfado.

Pero, contra lo que pudieran creer los empíricos, a nadie puede complacer más este triunfo que a los metafísicos, y dentro de los metafísicos a los idealistas, y dentro de los idealistas a los platónicos. Es verdad que no existe más que el individuo, pero este individuo es una forma efímera y transitoria, es un momento de la evolución cósmica, es la sustancia universal concretándose y disolviéndose a medida de las influen-

cias telúricas. Su existencia es precaria, es contingente. Es, como la ola del mar, forma efímera provocada por un soplo y que otro soplo deshace. Es un accidente de la sustancia eterna. Es el fenómeno tras del cual se oculta la cosa en sí. Es la idea realizándose en el espacio y en el tiempo. Es la voluntad objetivándose. Es el espíritu absoluto manifestándose en sus infinitos modos y atributos.

Por tanto, en este triunfo del nominalismo no ha de verse de ningún modo el del empirismo sobre el idealismo. Obsérvese que el más importante discípulo de Darwin, Heckel, es el mantenedor del monismo a ultranza. Y el monismo es la esencia de todos los grandes sistemas idealistas griegos y alemanes.

Tanto el transformismo como la filosofía de la evolución, son la forma más general y moderna en que se unen el empirismo y el idealismo. Según Renato Berthelot (1), la filosofía de Spencer en contra de lo que generalmente se cree, no es un germen tomado de los biólogos contemporáneos y extendido después a todo el Universo, físico, viviente, mental y social. Según M. Berthelot, el mismo Spencer declara, y la lectura de sus primeras obras (sobre todo de su *Estática social*) lo confirma, que el germen de su sistema es la idea de *vida* que debe a Coleridge. Y Coleridge no hizo sino propagar en Inglaterra las principales teorías del romanticismo germánico. Para los románticos alemanes (Schelling, Savigny, Schlegel), la Naturaleza y la sociedad no son, como para los filósofos reformadores del siglo XVIII, un mecanismo que el pensamiento reflexivo comprende y reconstruye, sino el producto de una actividad inconsciente, de una fuerza misteriosa, análoga a la de la vida; no se trata de mecanismos, sino de organismos. Y por organismo no entendían los románticos un sistema de relaciones puramente estáticas (sigue diciendo M. Berthelot) como lo entendían antes que ellos los pensadores que habían comparado a un organismo la sociedad y la naturaleza, un Platón por

(1) Renato Berthelot: *Evolucionismo y Platonismo*, Alcan, pág. 47.



ejemplo, en la antigüedad, o un Hobbes en los tiempos modernos; sino un conjunto de relaciones dinámicas que se desarrolla de dentro a fuera y que evoluciona por la acción de un principio consciente.

Que el romanticismo estaba capacitado para incorporarse a las nuevas teorías, lo demuestra el profundo panteísmo de Goethe, no debiendo olvidarse que fue uno de los precursores de la doctrina del transformismo.

Si fuéramos a estudiar la aparente oposición entre el empirismo y el idealismo, entre el estaticismo y el dinamismo, tal vez se desvanecería en nuestras manos, llegando a considerarlos como anverso y reverso de una misma concepción. Tal vez llegásemos a la conclusión de que toda la historia de la filosofía es la elaboración lenta y continua de un gran edificio en que algunas veces, como en la torre bíblica, los obreros no se entendían, por hablar idiomas distintos, pero que todos ellos decían lo mismo, cada uno en su respectiva lengua. Desde otro punto de vista, la historia de la filosofía, con sus lagunas y sus saltos, con sus fenómenos esporádicos, no significa otra cosa que los cambios de postura del pensamiento humano, que, abandonando una zona de cultivo, pasa a fecundizar otro terreno con nuevos métodos e instrumentos. La filosofía es el desarrollo lógico del pensamiento humano. Este desarrollo obedece a leyes tan necesarias y rigurosas como los demás fenómenos de la Naturaleza. Pero este desarrollo se da en el tiempo y en el espacio, por lo que está sujeto a intermitencias e irregularidades que se explican perfectamente por los accidentes histórico-sociológicos, que desempeñan igual papel en la marcha del pensamiento que los accidentes geográficos en la distribución y propagación de la flora y de la fauna terrestres. ¿Qué error más grande creer que la historia de la metafísica ha terminado! La metafísica, sin género de duda, es tan antigua como el hombre y vivirá tanto como éste. Podrá sufrir eclipses pasajeros, podrá quedar relegada a segundo término, por tendencias mentales que tienen su misión en un determi-

nado momento; pero responde a una necesidad del hombre, la más sublime de todas, la más desinteresada, y, por lo mismo, la más interesante. Error crasísimo, desmentido por los hechos, es creer que el estudio de la Naturaleza nos ha de apartar para siempre de las llamadas quimeras metafísicas. A medida que cada ciencia profundiza en el objeto de su estudio, la hipótesis metafísica surge de su seno, el mundo aparece a una luz nueva cada vez más interesante, cada vez más grandiosa, cada vez más imponente. Cuvier descubre la ley de las correlaciones orgánicas, ésta le conduce a la de la subordinación de los órganos. Tal solidaridad le hace creer que, dado un órgano, es posible deducir todo un animal. Halla un diente, y reconstruye toda una especie de elefantes fósiles. ¿No es éste el individuo silogismo de Hegel?

Hemos separado, en la cuestión de los universales, dos problemas cuyas respectivas soluciones pudieran ser distintas y hasta opuestas. Examinado el primero, queda por contestar el segundo: el de si el pensamiento racional es de distinta naturaleza que nuestras percepciones sensibles. No ha sido nuestro propósito elucidar esta cuestión, que entraña otras muchas y muy hondas, que dividió a los filósofos y que sigue aún dividiendo a la humanidad. Pero terminaremos recordando la maravillosa intuición del poeta inglés: «Estamos hechos de la tela con que se tejen nuestros sueños.» Así termina la contienda secular entre la idea y la sensación, entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu y la materia. «El espíritu es lo absoluto, lo inmortal, lo eterno», dice la fe antigua. Y contesta la ciencia de observación: «El espíritu es una quimera, sólo la materia existe, todo es materia.» Y entonces el poeta y el filósofo dicen a una voz: «La materia no es nada, todo es pensamiento; pero de todos modos, llámese pensamiento o materia, todo es uno y lo mismo.»

EDUARDO OVEJERO Y MAURY

## BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

---

Fijóse para el 18 de Setiembre (1) la salida de Beatriz de Nápoles. Antes hubo ciertamente de rezar con fervor en la capilla de Santa Bárbara de la fortaleza de Castello Nuovo, en donde rezara de soltera, así como en la iglesia de San Jenaro, adonde Diómedes Carafa le aconsejó que fuera; despidióse conmovedoramente—si nos atenemos al historiador contemporáneo de Matías—de las paredes, de las puertas del castillo real, de los retratos de sus antepasados, y se despidió más tiernamente todavía de su padre, a quien el «inmenso amor que tenía a la que se marchaba, estuvo a punto de matar, porque iba a privarse de la mayor alegría de su vida (2)». Beatriz se despidió también del pueblo de Nápoles: con la corona en la frente, acompañada por su padre y los señores del país, visitó las plazas principales de todos los barrios de Nápoles (3), paseando una vez más su vista por aquella hermosa ciudad, por sus flo-

---

(1) Así lo afirman: Notar Giacomo (o. c., pág. 132) y Passero (o. c., página 31); Fuscolillo (en quien se puede tener menos confianza) la pone en el 19 (o. c., Arch. Stor. Nap. 1, 51). Según Tummulillis (loc. cit.), Beatriz no salió de Nápoles hasta el 28 de Setiembre.

(2) Bonfin, *Symposion Trimeron*, pág. 7. Tummulillis (loc. cit.) dice: «Diceseit de Neapoli cum maximo triumpho, incunditate et gaudio cum lacrimis et luctu mixto.»

(3) Notar Giacomo, loc. cit.

ridos alrededores, por su pueblo vivo y alegre, antes de marchar al lejano y extranjero país: llevábale una gran esperanza; pero amenazábanle también muchos peligros, y no sabía si volvería un día, ni cómo volvería.

Habíase decidido que el hermano menor de Beatriz, Francisco, la acompañaría a Hungría; se dice que esta decisión se tomó con arreglo al deseo netamente expresado por Matías (1). El príncipe, de edad de quince años, quería entrañablemente a su hermana mayor, que le servía de madre (2); su estancia en Hungría debía en cierto modo completar su educación, porque al lado de Matías tendría una excelente ocasión de perfeccionarse en el arte de la guerra y acostumbrarse a la vida militar; por lo menos, esto es lo que le aconsejaba Diómedes Carafa, en una Memoria especialmente escrita para aquél (3). Acompañaron además a la reina desde la salida de Nápoles, por lo menos durante una parte de su viaje, el duque de Andría, la duquesa de Sora, el conde y la condesa de Terranova, el conde y la condesa de Montorio, Tommaso Filonarino, una tal Madonna Laura di Messer Antonio da Bologna, y numerosos señores y damas nobles con 250 caballos; unióse a ellos el cortejo húngaro.

Su hermano mayor, el duque de Calabria, la acompañó hasta Manfredonia, a través de Benavente; por lo tanto, hasta el mar; allí se despidió de ella y envió por medio de embajadores sus saludos a Matías y Beatriz, así como a los arzobispos y señores húngaros (4). Su mujer Hipólita, su hijo Fernandino y su hermano menor, Juan, habían ido con él; otro Alfonso, hijo natural del rey y hermano ilegítimo de Beatriz, la acompañó probablemente también hasta Manfredonia (5).

(1) Archivos del Estado de Módena; Cam. Duc. propr. Herc. I, Epist. Rep. 1.476 Ca. 94, V, del 11 de Octubre, ad comitem Magdalain.

(2) Bonfin: *Symposiún*, págs. 19, 31.

(3) Ben. Croce: *Memoriale*, etc., págs. 8, 10; págs. 17, 18.

(4) *Momun. Hung. Hist.* (M. K. Dipl. Eml.) II, págs. 331, 333.

(5) Misiva de Perotto de Vesach de Nápoles a Ferrara, escrita en Setiembre de 1479. (Archivos de Estado de Módena (Cart. d. Emb. Napoli.)

Manfredonia era entonces un puerto importante del reino de Nápoles; es todavía el puerto mejor situado del golfo que lleva su nombre y que el mar Adriático forma en la parte superior de la Apudía, no lejos de Foggia y al Sur del cabo de Monte Gargano; pero a pesar de estas ventajas se encuentra hoy en un completo estado de abandono y decadencia. La ciudad fue fundada por el rey Manfredo de Hohenstauffer, en el siglo XIII, no lejos del lugar en que estaba en la época greco-romana, Sipontum, floreciente al principio, pero destruída más tarde por un temblor de tierra. La fortaleza cuadrada que llega hasta el mar, y que está defendida por bastiones redondos, fue construída por los Anjou; pero los Aragón la fortificaron y dejaron sus armas en las murallas. Los taludes de los fosos están recubiertos de maleza y de higueras (1). En esta fortaleza se detuvo algunos días Beatriz con su séquito italiano y húngaro antes de abandonar el reino paterno, y pudo acordarse de que en este puerto, María, la gloriosa reina de Nápoles, que venía del país al que ella iba, pisó por primera vez el suelo italiano.

La ruta de Nápoles al mar y la estancia en este puerto deliciosamente situado, duraron, sin duda, bastante tiempo, porque Beatriz no se embarcó con su séquito hasta el 2 de Octubre; hizo la travesía con cuatro galeras del rey de Nápoles y otros barcos menores (2).

La travesía no fue agradable; la flota, dispersada por los vientos, luchó durante dos semanas con las olas (3); por fin pudieron desembarcar, durante la noche del 13 al 14 de Octubre, cerca de Chioggia, en Corbola, sobre el Po; instaláronse en unas habitaciones que les tenía preparadas la corte de Ferrara; luego, una vez repuestos de sus fatigas y emociones, pudieron llegar a Ferrara. Hércules y Leonor los esperaban des-

---

(1) V. fins. Abatino: *Il Castello di Manfredonia*, Napoli nobilissima, año XI, págs. 44, 45:

(2) Notar Giacomo y Passero, loc. cit.

(3) Tummlillis, o. c., pág. 227.

de el 5 de Octubre con caballos ensillados de día y noche, y embarcaciones ricamente decoradas; asaltados por malos presentimientos, habían hecho que se buscasen las galeras napolitanas por los alrededores de la desembocadura del Po, y cuando supieron la noticia del desembarco, la duquesa misma marchó apresuradamente para saludar a su hermana menor antes de que llegase a la capital (1).

La entrada solemne del cortejo nupcial se verificó el 16 de Octubre, un miércoles, después de vísperas, a las cuatro de la tarde por la puerta de San Biagio. El duque, rodeado de toda su corte y de los nobles, todos a caballo, recibió a la reina fuera de la ciudad y la llevó, bajo un palio bordado de oro, al són de los tambores y trompetas, al palacio espléndidamente engalanado (2). El séquito de Beatriz, al llegar a Ferrara, pasaba, sin duda alguna, de 800 personas (3).

La familia ducal recibió a la egregia viajera en el Palazzo de Cortile—en donde Hércules habitó más adelante,—situado frente a la fachada del Duomo, y unido al gran Castello Vecchio. Desplegóse el mayor lujo en el salón que daba al Castello, y las piezas adyacentes fueron acomodadas para alojar a la reina, al príncipe real de Nápoles y a sus íntimos. Para los cortinones y tapices habíase empleado terciopelo carmesí, seda y telas finas de algodón; «los escudos extranjeros» que servían de adorno al lado de las armas del príncipe, fueron, sin duda, las armas del rey y de la reina de Hungría.

Los tapices estaban recubiertos en numerosos lugares de guirnaldas con blasones o cuadros pintados o tejidos; veíanse

---

(1) Informes y notas de los Archivos del Estado de Módena. (Canc. Duc. Ach. Prop. Her. I, Epist. Reg. 1476. Ce. 91, 92, 93, 94 y 95.

(2) *Diarium Ferrarense*, pág. 252. *Antichita Estensi* (Muratori), página 235.

(3) *La Cronaca Estense* de Fran Paolo de Legnago (manuscrito de los archivos de Módena), dice 700 jinetes; pero la nota citada da un total de 529 jinetes húngaros y 350 napolitanos, en suma, 879 personas. Véase también: Archivos de Módena. Can. Duc. Mandati, III.

en ellos hombres y mujeres a pie o a caballo, árboles verdes o árboles frutales, luego—por alusión al nombre del príncipe reinante—los trabajos de Hércules y, en algunos sitios, escenas de la *Novela de la Rosa*, que los trovadores habían dado a conocer (1).

Aunque la historia de la casa de Ferrara estuviese empañada por el recuerdo de sangrientas discordias y numerosos crímenes, su corte brillaba tanto que algunos historiadores compararon el reinado de Hércules con el de Augusto, el de León X y el de Lorenzo de Médicis (2).

Hércules no tenía una cultura superior, pero era un soberano experimentado, inteligente y prudente; gobernaba bien y con energía, y ya por seguir la moda del siglo, ya por gusto personal, fomentaba mucho las letras y las artes. Engrandeció su capital y la embelleció adornándola con un vasto jardín público. Desarrolló la agricultura con la regularización de los ríos y el dragado de las marismas; la arquitectura, con la construcción de palacios, iglesias y monasterios. Gustaba de los escritores y se complacía en sus alabanzas; los nombres de Boyardo, Collenuccio, Leoniceno, Guarino, Tebaldeo, contribuyen a la gloria literaria de la época de Hércules; sus músicos no eran menos excelentes, sobre todo los violines de la orquesta de la corte (3). Ferrara aventajó, pues, a Nápoles desde ciertos puntos de vista en el culto de las musas, y por lo que concierne al lujo, al refinamiento, a la alegría de vivir y al libertinaje, Ferrara no se quedó muy atrás, como lo muestran las comedias del Ariosto, llenas de vida y movimiento (4).

En medio de las pomposas y espléndidas solemnidades de

---

(1) Archivos del Estado de Módena, *Jornale de l'Officio de la Tapezeria*. 1475-1477. V. las letras A. y B.

(2) Lamartine y Maulde de Clavière (o. c., pág. 396).

(3) Muratori: *Antichità Estensi*, págs. 277 y siguientes. Litta, o. c., libro XXXIX, tabla XII.

(4) Pas. Villari: *Macchiavelli*, e. i. s., libro II, cap. 9.º

la corte y de la ciudad en fiestas, Beatriz pudo abrazar a Leonor, su única hermana, a la que no había visto desde que se casó, y que era ya madre de tres hijos: uno de ellos llevaba el nombre de Beatriz (1). Los deberes absorbentes de los príncipes—entre otros el de asistir a las fiestas y organizarlas—no dejaron mucho tiempo a las dos hermanas para hablar en la intimidad. Los cinco días que Beatriz pasó en Ferrara transcurrieron en medio de fiestas animadas y variadas, de las que el duque Hércules gustaba también, y cuyo objeto fue, en esta ocasión, expresar la alegría que la casa soberana y el pueblo de Ferrara experimentaban por la coronación de la hermana de la duquesa como reina de Hungría. Las fiestas consistían en toda clase de representaciones y espectáculos divertidos que se celebraron en el palacio ducal, y que demuestran que la corte de Este en Ferrara había desarrollado y puesto en un nivel muy elevado, no solamente los concursos de armas y los torneos, sino la música y el arte dramático. En Ferrara, en la época de Hércules, se proyectaba la fundación de un teatro permanente; en él se introdujeron los bailables, como accesorio de las representaciones teatrales; allí se hicieron las primeras tentativas para poner en escena las obras clásicas, por ejemplo, las *Menechmas*, de Plauto (2).

Beatriz pudo, pues, ver y oír muchas cosas, que trató más tarde de introducir en su propia corte; esta estancia contribuyó a establecer las relaciones intelectuales muy seguidas, que se desarrollaron más adelante entre ella y la corte de Ferrara; y todo lo que Beatriz hizo en Hungría por la casa de Este,

---

(1) Julia Cartwright (*Beatrice d'Este, duchess of Milán*. London, 1899, pág. 370) se equivoca al afirmar que dieron este nombre a la hija segunda de Leonor, con motivo de la estancia de Beatriz en Ferrara, en el año de su nacimiento, puesto que Beatriz de Este nació en 1475, y Beatriz hizo su visita en 1476.

(2) Loc. cit. del *Diarium Ferrariense* y *Antichita Estensi*; v. también o. c., de Vechioni (pág. 62); la o. c., de Maulde (pág. 377), y Burckhardt: *Cultur der Ren.*, II, pág. 37.



aun en detrimento de su propia popularidad, prueba que este encuentro estrechó mucho los lazos que unían a las dos hermanas.

Cuando Beatriz salió de Ferrara el 21 de Octubre, no debía tener el presentimiento que daba el último adiós a su hermana. El duque, su cuñado, le puso al caballero Cristóforo de Bianchi para acompañarla; nombró, además, a este último su embajador en Hungría y su representante en las bodas (1). La etapa siguiente fue a Rovigo, en donde el duque de Ferrara proveyó a las necesidades de Beatriz y de su séquito; de allí tomaron la dirección del mar, hacia Anguillara, después hacia Chioggia, probablemente porque los barcos napolitanos los esperaban allí con una buena parte de los bagajes. Como la comitiva tocaba en aquel lugar el territorio veneciano, la República envió a veinte nobles para saludar a la reina; en Malamocco—la etapa siguiente,—una diputación de cuarenta miembros recibió a Beatriz, y, cerca de San Clemente, el dux Andre Vendramin, acompañado de damas, salió al encuentro de Beatriz, en el Bucentauro dorado (2). Bonfin habla del hermoso discurso con el que Beatriz, al contestar al saludo del Consejo de Venecia, deslumbró a los húngaros y a los italianos (3), y las páginas de los Archivos de la Signoria hablan de la hospitalidad generosa, pero a la vez discreta y sin locos despilfarros, que Venecia dió a Beatriz y a su cortejo (4).

Beatriz continuó su marcha el 29 de Octubre—abandonando definitivamente la flota napolitana,—para dirigirse a Trevisa, luego hacia las montañas nevadas de Friul (5). Según las notas

---

(1) Archivos de Estado de Módena.

(2) Archivos de Estado de Venecia, Deliberazioni (secreta). Senato, I. R. 27.

(3) Decas IV, libro pág. 424, *Antichita Estensi*, pág. 285.

(4) Notas del Consejo de Venecia (Sección citada, 17 Octubre, y secciones siguientes.)

(5) *Vite de duchi di Venezia* (Marino Sanuto): Muratori Scriptores, XXII, pág. 1.205.

contemporáneas, al llegar a la frontera húngara, la comitiva no llevaba carros, sino solamente caballos de silla y acémilas de carga (1). Aunque en aquella época se servían de carros para los viajes largos (2), es posible que en los caminos de montaña tuvieran que transportar los bultos a lomos de caballos y de mulas. El cortejo nupcial llegó a Villach en el mes de Noviembre; allí, el sostenimiento de los caballos fue muy dificultoso, y nos parece seguro que el cortejo, para pasar de Italia al imperio de Alemania, tomó los desfiladeros que atraviesa hoy la línea del ferrocarril de Udina a Pontebba, y que no tocó en Istria, aunque Bonfin lo menciona (3). La elección de este camino puede explicarse por el temor de los turcos; por aquella época hacían correrías por los países vecinos, por Dalmacia y Croacia, y en esta ocasión, para apoderarse de un botín extraordinario, haciendo prisionera, con su séquito, a la regia desposada. El cortejo vió en Stiria las huellas de su paso. Un triste espectáculo se ofrecía a la reina según se aproximaba a su nueva patria: por todas partes veía iglesias quemadas, pueblos destruídos, cadáveres insepultos. Veíase obligada a ir con lentitud, a pararse a menudo—por consejo de los enviados húngaros—hasta que las tropas enviadas a su encuentro hubiesen quitado todo obstáculo y todo peligro de su camino.

En fin, en la frontera de Estiria y de Esclavonia, cerca del fuerte de Pettau, construído en una colina, tuvo un encuentro que hubo de disponer su alma a la alegría; era la madre de Matías, la anciana Isabel de Szilagyi, viuda del gran Juan de Hunyadi, que había querido ser la primera en ver a la futura mujer de su hijo. Acompañada de Nicolás Banfi de Alsolendva, conde de Possony, gran copero del rey (al que Beatriz conocía ya, porque formó parte de la diputación enviada a Nápoles),

---

(1) Eschenloer: o. c., pág. 342.

(2) V. Reumont: *Lorenzo di Medici*, I, págs. 315 y 316.

(3) Carta del embajador Lucas Lupus en los Archivos de Estado de Milán. (Pot. Estere. Ungheria, 1476.)

por sus damas de honor y veinte muchachas nobles, iba a saludar a su nuera y conducirla a Szekesfejervar, en donde le esperaba su hijo (1). Aquella húngara, mujer de un héroe y madre de otro héroe, estrechó contra su pecho a la princesa italiana, educada entre todos los encantos de civilización refinada de Occidente, y pareció que aquel abrazo fundía por un instante en una sola las almas de dos naciones—cuyas persistentes diferencias hicieron más adelante tan difícil, tan borrascosa la vida de Beatriz en Hungría.

### III

Beatriz iba, pues, a pisar el suelo de Hungría; en aquel clima frío y nivoso que envolvía a la meridional, esperábanla corazones ardorosos y amigos. Todo indica que la desposada real fue acogida con una simpatía general y con anhelo lleno de alegría y de esperanza (2).

A partir de la frontera, a pesar de la nieve muy abundante, y en la que materialmente había que abrirse camino, «acudían a su encuentro nobles y campesinos, con el corazón alegre, como antaño sus abuelos, cuando unos valientes señores trajeron para Coloman, de Apulia, a Buzilla» (3).

Matías estaba a la sazón en el apogeo, si no de su poder, por lo menos de su popularidad; no se había aún metido en el laberinto de las aspiraciones políticas hacia la Europa occidental; era todavía un rey nacional, en el sentido más estricto

---

(1) Eschenloer: o. c., vol. II, pág. 341. Manuscrito de Dresde (Langenn), página 519.

(2) Carta del embajador Lucas Lupus en Milán, fechada el 27 de Octubre de 1476: «Aspettamo la Regina con grandi alerezza et grand parati...»

(3) L. Szalay: o. c., vol. III, pág. 280; Bonfin: *Hist.*, pág. 429. Buzilla, esposa del rey Coloman, era hija de Roger, conde de Sicilia y hermano menor del normando Roberto Guiscard.

de la palabra, un rey que tenía la misión de fundar una dinastía nacional; y el deseo de su pueblo coincidía con el suyo: asegurar, por medio de aquel matrimonio, el porvenir de su dinastía. Según todas las previsiones, podía contarse con que la novia, en la que la distinción de una antigua y principal casa real se unía á todos los encantos de una floreciente juventud, realizase aquella esperanza.

No se comprende que se fijasen las fechas de la boda sin tener en cuenta las estaciones. La diputación del rey de Hungría hubo de ir a Nápoles en la fuerza del verano, sucumbiendo varios de sus miembros por el calor y la peste, y Beatriz fué a Hungría con su séquito—compuesto de gentes acostumbradas al dulce clima del Mediodía—a principios del invierno. Esto obedece sin duda a que las fechas fijadas primeramente se aplazaron—tal vez a causa del peligro de los turcos,—porque tenemos las pruebas de una decisión anterior por parte de Matías, que quiso enviar la diputación a Nápoles en el mes de Febrero; esperábase entonces la llegada de la reina por San Lucas, es decir, para el 18 de Octubre (1).

Beatriz y su séquito emplearon dos meses y medio en su viaje de Nápoles a la frontera húngara: aparte del trayecto en barco, la princesa viajó todo el tiempo a caballo—era ducha en la equitación;— tal vez se sirvió algunas veces de una silla de manos, pero Matías había enviado a Pettau las espléndidas carrozas destinadas a su madre y a su mujer; la carroza que ocuparon Isabel y Beatriz era dorada y forrada de terciopelo con filetes de oro; los almohadones de los asientos eran de paño dorado; las libreas de los lacayos y las gualdrapas de los caballos eran de terciopelo con botones de oro. Las otras siete carrozas tenían también adornos de oro, y cada una era tirada por seis caballos del mismo color.

La princesa no vió más que paisajes nevados, y se dirigió,

---

(1) Carta citada del embajador Luc. Lupus, fechada el 19 de Febrero (Monum, Hung, Hist. II, pág. 348).

por un frío ventisquero, a Szekesfejervar, cuyos alrededores eran entonces pantanosos. El encuentro de la real pareja se celebró en los alrededores, el 10 de Diciembre, un martes (1).

Matías había enviado numerosas invitaciones y olvidado en esta ocasión todas las quejas que pudiera tener contra algunas cortes cristianas de Europa; pero su cortesía no fue correspondida, cosa que debió molestarle (2). El emperador de Alemania, los reyes de Polonia y de Bohemia no se hicieron representar. Los electores del Palatinado y de Sajonia, los príncipes Othon y Luis de Baviera, y la República de Venecia enviaron representantes; la mayor parte de los enviados italianos fué en el cortejo de la princesa. Solamente los soberanos que dependían de Matías asistieron en persona: eran Ujlaky, rey de Bosnia; Cristobal, duque de Baviera; Federico, duque Liegnitz; los duques de Munsterberg, de Oppeln y de Ratibor, uniéronse también al cortejo nupcial. Varios señores silesianos, poloneses y cheques asistieron a las fiestas, y los poloneses «lamentaron que su señor no hubiera dado su hija a Matías, un noble rey, en vez darla a un simple duque (3).»

Lo infructuoso de la mayor parte de sus invitaciones no impidió a Matías continuar los preparativos para hacer que su palacio fuese digno por todos conceptos de recibir a su mujer, y se esforzó en que las fiestas fueran suntuosas. Con motivo de la coronación de su mujer, convocó los Estados generales en Szekesfejervar y llamó a ellos, con los grandes y la nobleza, a los representantes de las ciudades libres. Puso a las ciudades

---

(1) Ludovici Tuberonis, *Dalmatae Abbatis Commentariorum de rebus suo tempore*, etc., libri XI. (Edición folio de Schevandtner, *Scriptores*, vol. II, 1.<sup>a</sup> parte) pág. 170.—Ranzanus: *Epitome*, págs. 416-418.—En cuanto a la fecha, v. Teleki: *Hunyadiak Kora* (en húngaro), IV, página 484, la nota.

(2) Carta del embajador Heintich Von Milticz en los Archivos principales de Estado en Dresde: (Witteb, Arch. Ung, Sachen, ful. 98). «Das nicht alsfel lent hey sein, als der K. (Konig), gern hette.»

(3) Eschenloer, o. c., pág. 343.

un impuesto especial, motivando esta decisión por los gastos causados por las guerras turcas, y por el hecho de que necesitaba dar gran brillantez a su boda, a fin de hacer honor a su país, y a sí mismo con arreglo a la costumbre antigua (1).

El día de la Concepción, el 8 de Diciembre, partió con todos sus huéspedes que se habían reunido ya en Buda, y con unos 300 jinetes, para Szekesfejervar, adonde llegó al día siguiente; al otro día fué al encuentro de la reina, escoltado por todos sus huéspedes, por su corte y por los miembros del Parlamento.

En el lugar señalado para el encuentro, se alzaron tres tiendas magníficas; la del centro—destinada para la pareja real—tenía franjas de púrpura, y ante ella se pusieron 12 piezas de paño de color azul para los visitantes que fueron a saludar a los augustos personajes. Al lado de las tiendas ardían enormes hogueras para calentar a los que esperaban; su espera fue corta; al señalar al rey la llegada de la reina y de su séquito, Matías se apeó del caballo, puso a su derecha a Nicolás de Ujlaky, rey de Bosnia, y a los representantes de los príncipes electores y de los duques bávaros; a su izquierda tomaron puesto los arzobispos, los señores y los enviados venecianos; el hijo de Miguel de Orszagh, el palatino de entonces, empuñaba la espada real desenvainada.

Nicolás de Banffy, el enviado de la princesa, llegó primeramente y entregó al rey, de parte de Beatriz, un magnífico ramo del que colgaba una preciosa sortija con un brillante de gran precio. Matías agradeció mucho el regalo de su prometida, pero apartó pronto su atención de este objeto para fijarla en la que lo enviaba. La princesa tan esperada llegaba al fin, seguida de la madre de Matías, de las veinte jóvenes húngaras y de todo el cortejo húngaro e italiano; todos estos perso-

---

(1) V. en Teleki (XI, págs. 565 y 569), los mandatos a los burgueses de Korpona y de Kassa (Casovia). Invitación, en tono enérgico, a la ciudad de Eperjes. (Archivos de Bartfa.)

najes, una vez apeados de los coches o de los caballos, se adelantaron hacia la tienda real, mientras que miles de ojos se fijaban en la futura reina de Hungría...

Galeotti y Bonfin describen a Beatriz como mucho más bella de lo que la representan sus retratos. Galeotti la dice de una «belleza extraordinaria», al lado de la que todas las otras mujeres parecen feas (1); según la descripción de Bonfin, «su noble frente, sus cejas arqueadas, sus sienes llenas, sus mejillas rosadas unen tantos encantos a la grata alegría de sus ojos y a las gracias de su boca, que se la podía comparar a Venus por la belleza, a Diana por el pudor, a Palas por la sabiduría y la elocuencia». En suma, era tan bella, según Bonfin, que «hubiera podido inflamar de amor hasta el corazón de Sócrates» (2).

Pero reduciendo a su justo valor los elogios de estas plumas acostumbradas a la alabanza, y aunque los retratos contemporáneos de Beatriz no nos dan una idea exacta de su belleza—así como los de Lucrecia Borgia, su contemporánea, representan imperfectamente sus encantos—está fuera de duda que Matías demostró, desde el principio, una apasionada afectación por su mujer, y que ésta lo debió tanto a sus atractivos físicos como a sus simpáticas cualidades y a la habilidad que desplegó para conquistar el corazón de su marido.

De otra parte, aunque Matías se negara enérgicamente a contar la belleza entre los dones que sus cortesanos le atribuían (3), y que su historiador la pintó como teniendo «mucho más de la belleza de Marte que de la de Venus», aquel hombre de treinta y seis años era perfectamente capaz de hacer una impresión profunda sobre aquella princesa napolitana, apasionada, ambiciosa y llena de imaginación, por el encanto de su heroísmo, de su poder, por su talento brillante y por la regia

---

(1) *De Dictis*, etc., cap. III.

(2) Dec., IV lib., pág. 424.

(3) Galeotti, o. c. cap. XXIII.

majestad de su apostura que le reconocían todos sus contemporáneos.

El rey se adelantó al encuentro de su prometida, y cuando se encontraron a medio camino, Beatriz quiso arrodillarse ante él, pero Matías la alzó con tierna afabilidad y la condujo, llevándola de la mano, a la tienda, adonde los siguieron la madre del rey, las jóvenes nobles, el rey de Bosnia, los embajadores y los grandes. Allí, en nombre del rey, Gabriel de Verona, obispo de Eger, compatriota de Beatriz (llamábanle también Gabriel de Rangoni, como supuesto hijo natural de Guido Rangoni), saludó a la reina con un breve discurso en italiano, expresando a la vez la alegría que su llegada causaba a Matías y lo que sentía las fatigas de aquel largo viaje. Este fue el primer encuentro de Beatriz con el obispo de Eger que desempeñó un papel tan importante en su vida. Era un personaje interesante e importante. Había empezado su carrera en Hungría al lado de Juan Capistrano, que predicaba la guerra santa; y este fraile, oriundo de Módena, o, según algunos, de Mantua, llegó a obispo de Transilvania, luego de Eger (en Hungría), a canciller del rey, legado del Papa, y el más íntimo consejero de Matías, no abandonaba casi nunca al rey y, gracias a la protección del príncipe, fue elevado en poco tiempo al cardenalato (1).

Beatriz «contestó en seguida a las palabras del obispo con modestia y afabilidad en un breve discurso, pero muy bien ordenado», en latín, a lo que parece (2); en él expresaba al rey su agradecimiento. Después, tomó la palabra el representante del

(1) Litta, o. c. libro 41, tabla III. Ciacconius: *Historiae Pontificum* III, 65 y páginas siguientes.

(2) Ni el enviado del palatinado, ni el autor del manuscrito sajón, ni Eschenloer, dicen en qué lengua habló Beatriz en esta ocasión; pero tenemos por verosímil que fue en latín, de un lado, porque la cortesía para con Matías lo pedía; de otro, porque Eschenloer, después de haber mencionado esta respuesta, alaba en seguida la facilidad y la cultura con que la reina hablaba en latín (loc. cit.).



príncipe elector del Palatinado; excusó, en nombre de los otros enviados y de sus representantes, la ausencia de los soberanos invitados, expresando la alegría con la que acogían aquel matrimonio, que serviría—así lo pensaban—para la «gloria de Dios y la causa de la cristiandad (1)». La reina invitó a una persona de su séquito a agradecer en su nombre al Palatino su discurso de bienvenida.

Hecho esto, sonaron los cuernos y la música, y los regios consortes salieron de la tienda para hacer su entrada a caballo en la ciudad de las coronaciones. Mientras que permanecieron en la tienda, ocurrían fuera tumultuosas escenas: alentado por el ejemplo de los italianos, el pueblo hacía trizas la alfombra azul para llevarse un pedacito en recuerdo. En general, las crónicas mencionan la turbulencia de los italianos y especialmente de los venecianos; éstos abandonaban a cada instante los puestos que les habían asignado, para acercarse a los reyes.

La reina montaba un caballo blanco; el rey, uno castaño: los arreos eran de oro, las mantas bordadas y con piedras preciosas. Al acercarse a la ciudad el brillante cortejo, Cristóbal, duque de Baviera, improvisó en el camino, con el caballero Guillermo de Munchingen, un torneo a la moda alemana, para divertir a la reina; los dos caballeros combatieron a lanzadas con tal violencia, que ambos cayeron con sus caballos, los cuales, bajo el peso de sus armaduras, no podían levantarse.

En la puerta de la ciudad, todo el clero, con los obispos y arzobispos al frente, esperaba al cortejo con unas reliquias; para tributar homenaje a la santa diestra del rey San Esteban, el rey y la reina se apearon y fueron a pie, bajo palio, a la antigua basílica en donde el rey está enterrado con sus antepasados, y cuyas paredes estaban llenas de banderas y de

---

(1) Relato del enviado del Palatinado (Schwadtner, *Scriptores*, II) página 144.

escudos cogidos al enemigo (1). Después del Te Deum, Matías acompañó a su prometida a sus habitaciones, y él se fué a alojarse a casa del prior.

Al día siguiente, miércoles, se celebró con gran pompa una misa a la que asistieron, con las reales personas, el rey de Bosnia, los enviados y los notables.

Este día lo fue de reposo para la reina y sus compañeros de viaje; al siguiente, jueves, se celebró con una magnífica ceremonia religiosa, la coronación de Beatriz como reina de Hungría; la princesa estaba ya casada con el rey por poderes, y la bendición del matrimonio ya hecho en las personas de los contrayentes se reservó para las fiestas que se querían dar en Buda.

En esta ocasión dijo la misa Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, el único personaje autorizado para coronar a la reina, y que ya era conocido de Beatriz, por haber tomado parte en la embajada que fué a Italia; los reales consortes, los obispos y arzobispos y los señores se presentaron con maravillosas vestimentas.

A la mitad de la misa, fue llevada al altar la reina, que hasta entonces había estado en una tribuna, acompañada por la madre de Matías. La reina llevaba un vestido rojo, con tejido de oro, manto de seda a la italiana y mangas perdidas; en sus cabellos castaños sueltos (2) lucían dos filas de gruesas perlas. Cambió de traje, al amparo de una cortina, y se vistió de manera que quedaron desnudos su brazo derecho y su espalda para recibir la unción del aceite bendito; se les cubrió provisionalmente con un amplio manto de coronación rojo con tejido de oro.

Entonces el rey de Bosnia, a título de vasallo, con la man-

---

(1) Csanki: *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro) III, página 310.

(2) «Auf-welsche gewonheit mit offnem har», dice el manuscrito de Dresde (Langener, pág. 521).

zana de oro y el cetro en las manos, llegó a Matías, que estaba sentado en su trono con la corona y el manto real, y le llevó ante el altar; allí la pareja real se arrodilló y el obispo la bendijo; la reina prestó el juramento de ritual y fue ungida. Luego Miguel Orszagh de Guth, palatino, preguntó al rey con voz sonora si quería que la reina fuese coronada. Matías contestó que sí, y el obispo de Veszprem, el rey de Bosnia, el palatino y otros pusieron la corona a Beatriz. Esta corona, ornada de piedras preciosas, tenía un gran valor y causó la admiración general de la concurrencia. Los cantores y los músicos —para expresar en cierto modo la alegría pública— llenaron en aquel momento la iglesia de un ruido tal, «que nadie podía entenderse» (1).

El festín que siguió a la coronación se celebró en las habitaciones que el rey ocupaba habitualmente a su paso y que ahora ocupaba la reina, en la «sala abovedada», adornada con hermosos tapices. Los comensales ocuparon dos mesas, una redonda y otra cuadrada. A la derecha del rey estaba sentado el príncipe napolitano; la comida se componía de veinticuatro platos; pero, «a causa de lo corto del día, no se pudo servirlos todos».

No tenemos datos precisos sobre los compatriotas de Beatriz que compartieron con ella la alegría y la animación de los primeros días pasados en Hungría.

Está fuera de duda que allí se encontraba Francisco, hermano menor de Beatriz, el cual permaneció tanto tiempo en Hungría, que Bonfin le llamó el hijo educado por Beatriz y Matías, y el favorito de Matías, que había encontrado así una «segunda Italia». Bonfin le atribuye un papel en las discusiones morales y filosóficas de Beatriz y de Matías (2). Su preceptor, Rutilio Zeno, miembro de la Academia Pontaniana,

---

(1) Para expresar este sonido, nuestras tres fuentes emplean casi palabra por palabra los mismos términos.

(2) *Symposion Trimeron*, págs. 8, 15, 18 y 131.

había ido probablemente con él. Beatriz encontró allí a una pariente suya: Luisa de Aragón, mujer del conde Bernardino de Frangepan, ya mencionado. La princesa de Sora había acompañado a la reina de Nápoles a Hungría, y pasaron juntas las fiestas de la coronación con su padre, el duque de Andría (1).

La presencia del arzobispo de Bari, Antonio Ayello de Tarento, no ofrece duda; era, desde hacía varios años, el embajador del rey de Nápoles cerca de Matías. Por aquella época estaba seguramente en Hungría, y desplegó, como jefe de la misión napolitana, un gran lujo en aquella boda, en cuya realización había tomado tan importante parte (2).

La nodriza de la reina, Nardella, y Sabatino Viola, su marido, fueron, sin duda alguna, a Hungría con la reina; ambos recibieron donaciones de bienes—como lo veremos más adelante—por los servicios prestados a Beatriz en Nápoles y por los que le prestaron en Hungría.

No olvidemos, en fin, que Beatriz encontró un gran número de italianos al llegar a Hungría. Matías recurriría a los servicios de los italianos, a causa de sus múltiples relaciones diplomáticas con Italia y de su predilección por la cultura intelectual de este país; en cuanto se decidió su matrimonio con Beatriz, «tuvo permanentemente consejeros italianos en la corte para ocuparse en los asuntos italianos; forman parte de su corte con el mismo título que los húngaros» (3).

El día que siguió a la coronación, el 13 de Diciembre, un viernes, al amanecer de la fiesta de Santa Lucía, los regios consortes salieron de Szekesfejervar, con los invitados, y todo

(1) Tummulillis: o. c., pág. 227.

(2) Cartas del embajador Luc. Lupus, de Milán, fechadas el 19 de Febrero de 1476 y el 19 de Mayo (*Monum. Hung. Hist.*, II, págs. 307 y siguientes; págs. 347 y siguientes), y su carta del 16 de Junio. (Archivos de Milán.)

(3) D. Csanki: *La corte de Matias* (en húngaro). Szazadok, 1883, página 619.

el mundo partió, en coche o a caballo, para Buda; hubo que hacer dos noches en el camino, lo que permite juzgar de los medios de comunicación de entonces. Entraron por fin con gran pompa, el domingo por la mañana, en la fortaleza de Buda.

A la cabeza del cortejo iban 24 trompeteros a caballo con trajes de damasco, y en el pecho una coraza con los escudos de armas de plata dorada; luego cuatro mil jinetes escogidos, cada grupo de los cuales iba seguido por músicos, después los chambelanes y los pajes del rey—niños éstos en su mayoría,— todos montados en soberbios corceles, suntuosamente enjaezados, con la espada al cinto y vestidos con los colores del rey. Después de los pajes venían los embajadores, los príncipes y los señores, e inmediatamente el rey, que «eclipsaba a todo el mundo» por la brillantez de su traje; estaba cubierto de oro, de perlas y piedras preciosas, desde el tocado hasta el calzado. Tras él—vestido con igual magnificencia—venía su paje, llevando el escudo de oro, el casco de corona y la lanza del rey (1). Luego avanzaba la reina, montada también en un caballo blanco, con la corona ceñida, con su traje azul tejido de oro y su manto de seda amarilla; «se hubiera dicho que toda ella era de oro y piedras preciosas».

A su alrededor cabalgaban señores y caballeros, y en pos ocho carrozas doradas, tiradas cada una por seis caballos blancos, llevaban a las damas.

A medida que el cortejo se acercaba a Buda, los habitantes—la mayoría a caballo—salían a su encuentro para saludarle. La diputación de los judíos llegó la primera; llevaba a su frente un anciano arrogante a caballo, que empuñaba una espada de la que colgaba un vaso lleno de plata; a su lado iba su hijo con una espada y un vaso de plata; seguían 24 jinetes,

---

(1) Según el manuscrito de Dresde (Langenor, pág. 523), llevaba la corona que el Papa le había ofrecido, y con la que se celebró la coronación en Nápoles.

vestidos con trajes de un rojo oscuro y tocados con sombreros con plumas de avestruz; después unos 200 judíos, que llevaban mantos de oración y una bandera encarnada con dibujos simbólicos y de capricho; en el centro los ancianos llevaban, bajo un dosel, los diez mandamientos que presentaron a la reina a manera de saludo, le pidieron su protección al entregarla sus regalos. Cristóbal, príncipe bávaro, organizó de nuevo los torneos ante las murallas de la ciudad, y la caída de los jinetes asustó de tal manera a la reina, que dió un grito de espanto.

La entrada se hizo probablemente por la «Puerta de Viena», porque el cortejo, pasando junto a la iglesia de Nuestra Señora, llegó a la plaza de San Jorge, y de allí al palacio real, que estaba separado entonces de las otras partes de la ciudad por fosos y un puente levadizo. El clero trajo en procesión las principales reliquias a la puerta de la fortaleza; el rey y la reina se apearon y entraron en la iglesia bajo palio para asistir al *Te Deum*. En el terrado del palacio, los reyes se despidieron de todos los huéspedes que no se alojaban allí.

Después de esta feliz llegada, se consagró un día al descanso, y al otro día, martes, el rey recibió de nuevo a sus huéspedes y les ofreció un suntuoso banquete. La fiesta comenzó por una misa con la orquesta de Matías; luego el rey recibió las felicitaciones de los embajadores.

El banquete se sirvió en una sala espléndida. Las paredes estaban tapizadas con seda encarnada, sobre la que lucían las perlas; la pared cercana a la mesa regia ostentaba tapices tejidos de oro, y la mesa puesta más en alto que las otras, estaba cubierta en su longitud por tres tapices de seda, el de en medio con las armas de la reina, los otros dos con las del rey. En ella tomaron asiento los reyes con los huéspedes extranjeros de rango más elevado.

Los embajadores invitados al festín nos describen, con admiración, los objetos preciosos puestos en las mesas y en los trincheros colocados junto a ellas; calculan en cerca de 1.000 el número de piezas de vajilla y de las compoteras de oro y

plata. Solamente el aparador puesto junto a la mesa del rey contenía 560 copas de oro y plata, vasos, bandejas y platos.

En la mesa regia los servidores eran grandes del reino, y los que trinchaban estaban a las órdenes de Hinko (Enrique), duque de Munsterberg; del hijo de Jorge de Podjebrad, rey de Bohemia; de Lorenzo de Ujeaky, hijo del rey de Bosnia y de los duques de Liegnitz y de Ratibor.

Terminado el banquete, «el rey y la reina se lavaron las manos (1)», se quitaron las mesas y empezó el baile. Los bailarines se dividieron en seis círculos; el rey bailó con la reina, así como el palatino, los príncipes extranjeros y los grandes; luego la reina ejecutó una danza especial con su hermano, el duque de Nápoles, durante una hora entera; esta danza era, a lo que parece, desconocida por los otros; el secretario del consejo de Breslau y un escrito de Dresde dicen que era italiana, mientras que el embajador del Palatinado la llama con un nombre alemán, «der Zenner». Matías despidió al fin a sus huéspedes, y acompañó a la reina a sus habitaciones; los embajadores desearon también a la madre del rey una buena noche, y cada cual se retiró a su alojamiento.

Los días siguientes, hasta el domingo anterior a Navidad—día señalado para la boda,—transcurrieron en medio de banquetes y torneos. En esta clase de diversiones, el príncipe bávaro Cristóbal desempeñaba siempre el principal papel; estaba completamente en su casa, en la corte de Matías; el duque de Munsterberg y Nicolás Banffy tomaron parte también con los caballeros que tenían por adversarios. Los torneos se organizaron a la alemana; en general, los contemporáneos vieron mucha influencia alemana en el aparato de las fiestas

---

(1) Carta del embajador del Palatinado, pág. 153.—En Italia era también costumbre lavarse las manos con agua perfumada después de comer, y hasta derramar perfume en la sala. V. la descripción de un banquete ofrecido por el florentino Salutati, el 16 de Febrero de 1476, en Nápoles. Reumont, *L. de M.* II, pág. 425.

y en las ceremonias; por esto algunos pretenden que Matías, al organizar estos festejos, aspiraba a hacerse elegir Jefe del Sacro Imperio romano (1).

El barón Watzlau Sternach, maestro de ceremonias del rey, convocó a los invitados a la boda para el domingo, 22 de Diciembre, a las ocho de la mañana, en la capilla de la fortaleza. El cortejo salió del patio de la fortaleza para ir a la iglesia de Nuestra Señora. El obispo Gabriel ofició en la ceremonia y dió la bendición nupcial; pidió las bendiciones del cielo sobre los esposos, arrodillados ante el altar; éstos bajaron en seguida de su trono y recibieron las felicitaciones de los invitados. Isabel Szilagyi fue la primera en saludar a su hijo y a su nuera; luego el duque de Nápoles. La crónica contemporánea calcula en 100.000 florines el valor de los regalos que recibió Beatriz (2). Las ciudades, sobre todo, la colmaron de presentes, de tal suerte, que «todos los tesoros se llenaron» (3); entre otros de estos regalos, había treinta y nueve copas de oro, seis magníficos caballos y tres halcones de caza «del país de los Rutenos». Beatriz expresó su agradecimiento a los donantes por mediación del intérprete y consejero del rey, Jorge Stein.

Reanudáronse los torneos durante las fiestas de Navidad; representáronse al mismo tiempo parodias divertidas para el pueblo; jóvenes vestidos de polichinelas, con el traje relleno de algodón y montados en pelo a caballo, se picaban y se derribaban, burlándose en cierto modo de los torneos de los señores extranjeros, para divertir al pueblo, que se regocijaba también, mientras que el cortejo recorría la ciudad, cubierta de nieve recientemente caída, en trineos dorados, tirados por caballos blancos con cascabeles: era esta una diversión que

---

(1) Joh. Christ. v. Engel: *Geschichte des ungarischen Reiches*. Wien, 1813, III, pág. 420.

(2) Eschenloer, o. c., pág. 348.

(3) Gaspar Heltai: *Magyar krónika* (en húngaro), vol. II, pág. 150.



Beatriz y los napolitanos no habían ciertamente podido conocer hasta entonces.

Pero el alegre ruido de las fiestas se vió repentinamente interrumpido por fúnebres tañidos: mientras que los huéspedes que el rey había querido retener hasta Reyes se preparaban para un nuevo banquete, la víspera de la fiesta murió—tal vez a causa de las fatigas del viaje a Italia—el enviado de Transylvania, Juan Pongrácz de Dengeleg; era un pariente cercano, por parte de madre, de Matías, al que había representado en Nápoles cerca de Beatriz, y su favorito, y acababa de tomar una parte muy activa en las fiestas imperiales de Szekesfejevar y de Buda.

Todas las diversiones se interrumpieron, pues, por unos días; la corte se puso de luto; y antes de transportar al muerto a su cripta de Gyulafehervar, Matías mandó celebrar una imponente ceremonia fúnebre en la iglesia de Buda.

Después de Año Nuevo reanudáronse las diversiones en la corte, y los invitados no se separaron hasta Reyes. Por este tiempo, Beatriz recibió la noticia de otro acontecimiento que hubo de consternarla más que la muerte de Pongrácz. El segundo día de Navidad, un espantoso regicidio había manchado de sangre la iglesia de San Esteban, mártir, sumiendo en el dolor a la familia Sforza, con la que la dinastía de Nápoles estaba muy ligada por enlaces matrimoniales.

Mario Galeas Sforza, al suceder a su padre Francisco, no había gobernado a su pueblo con arreglo a los sabios principios de éste, sino que había seguido su natural caprichoso y tiránico (1); privó a su madre de toda influencia en el gobierno, sublevó a sus súbditos contra él por sus brutalidades, sus crueldades y sus desenfrenos, hasta tal punto, que el descontento no buscaba más que una ocasión para estallar. Juan Andrés Lampugnani, Jerónimo Olgiali y Carlos Visconti, nobles jóvenes milaneses, conspiraron contra la vida del duque, mo-

---

(1) Muratori: *Annali*, vol. cit., págs. 120 y 121.

vidos también por un deseo de venganza personal, y le mataron en la iglesia a puñaladas. De los asesinos, los unos fueron muertos en el acto, los otros ejecutados (1). Mario Galeas, que era hermano de la duquesa de Calabria, cuñada de Beatriz, no fue llorado por su pueblo; pero su muerte tuvo las más tristes consecuencias; como su hijo era menor de edad, y como Luis, hermano del duque asesinado, ambicionaba el poder, hubo revueltas funestas para Milán, para Nápoles y para Italia entera.

Bajo el golpe de este acontecimiento, Beatriz pudo apreciar en su nueva patria la situación de un soberano que era objeto de una estimación verdadera por parte de sus súbditos, no solamente a causa de sus cualidades de hombre de gobierno, sino también por sus virtudes personales, y cuya vida, a menudo amenazada por la guerra, no lo estaba nunca por el puñal de los asesinos.

## LIBRO TERCERO

### Compañera de reinado.

#### I

Después de las fiestas de la boda, que duraron cerca de un mes, Beatriz pudo al fin estar en condiciones de darse cuenta de su nueva situación y de hacerse una idea del nuevo medio en que iba a vivir.

El papel que el rey su esposo le destinaba, y que no hizo más que aumentar por la pasión cada vez más viva que sentía por ella desde su boda, era brillantísimo y le daba medios para ejercer su influencia en el gobierno y organizar la vida de corte con arreglo a sus gustos.

---

(1) Muratori: *id.*, Passero, o. c., pág. 32. Tumumlillis, o. c., páginas 224 y 225.

El duro aprendizaje de la vida que Matías había hecho durante su reinado de diez y nueve años, no había agotado sus fuerzas; antes bien, las había templado mejor; y aunque había sufrido, sobre todo en lo comienzos, muchas decepciones y hasta reveses, aunque había encontrado a su alrededor perfidia e ingratitud, había concluído, sin embargo, por vencer todos los obstáculos. Hacía valer sus derechos de soberanía sobre Servia y Bosnia; los venecianos no poseían ya sino una pequeña parte de Dalmacia; llevaba—no sin oposición, cierto es—el título de rey de Bohemia, y era dueño de hecho de Silesia y de Moravia. Había logrado a costa de sangrientas luchas rechazar a los turcos; había exterminado las partidas de bandoleros cheques que asolaban el Noroeste, y la muerte le había librado oportunamente de algunos enemigos peligrosos. Había obligado al emperador de Alemania, que se comportaba como rey de Hungría, y afectaba considerarle como vasallo suyo, a restituirle la corona de San Esteban; después, habiéndose hecho coronar, había sofocado todas las tentativas de rebelión. La organización de su ejército era reconocida como ejemplar; por añadidura, regiamente generoso y amigo del fausto, tenía, con razón, fama de protector de las artes y de las ciencias.

En aquel momento, la situación de Matías estaba, no obstante, llena de dificultades y peligros, sobre todo en lo concerniente al exterior. Los turcos no estaban contenidos sino por el rigor del invierno; podíase a cada instante esperar de ellos una invasión. El embajador de Milán escribía ya en Octubre del año anterior que se prevía la marcha de Matías a Semendria inmediatamente después de la boda (1). El horizonte político ensombrecíase igualmente por el lado del Occidente, porque la conducta artificiosa y equívoca del emperador Federico III, sobre todo en la cuestión litigiosa del trono de Bohemia, reservaba a Matías continuas sorpresas.

En el mismo país, la oposición suscitada entre los grandes

---

(1) Monum. Hung. Hist. (M. D. E.), II, pág. 334.

por las miras de Matías y los sacrificios que exigían, no estaba calmada radicalmente; y, al lado de los que, por docilidad de cortesanos, por interés o por lo que le debían, aprobaban todos los designios del rey, había también entre sus más celosos partidarios hombres que, fieles a las tradiciones del antiguo partido nacional, se esforzaban en apartarle de sus empresas contra el imperio de Alemania y en hacer que empleara todas sus fuerzas contra los turcos.

Beatriz tenía la suficiente experiencia en política para ver claro, en el laberinto de estas aspiraciones contradictorias, y formular un juicio razonado sobre la corte y los personajes salientes del reino.

Entre los personajes que influían a veces en las resoluciones del rey figuraba la madre de Matías, Isabel Szilagyi. Era ya anciana; pero ni la edad ni los sufrimientos habían quebrantado su temple de alma. En la creación y conservación de la inmensa fortuna de los Hunyadi, en los sacrificios hechos oportunamente en interés de su familia, en la tenacidad que ponía en práctica cuando se trataba de acrecentar el poder de su casa, reconocemos siempre a la heroica matrona que «prefería ver a su hijo Matías muerto que sin corona». Eneas Silvio, que no era entonces sino cardenal, la alababa en una carta que la escribió (1). Los italianos la llamaban también una *heroica mulier*, y, a causa de su piedad y su talento, «sanctissima et sapientissima donna».

Beatriz tuvo ya en Italia ocasión de conocer la autoridad de que gozaba su suegra, el amor y el respeto que la tenía el pueblo (2).

Es muy probable que la madre de Matías, por respeto a la memoria de su esposo, apoyase en la corte al partido que se

---

(1) Antonio Por: *Aeneas Silvius, papa* (en húngaro, Budapest, 1880), tomo I, págs. 176 y siguientes.

(2) Esta observación característica se encuentra en el manuscrito *Relation del Regno d'Ungaria*, de la Biblioteca Ambrosiana de Milán.

esforzaba en hacer seguir a su hijo la antigua política nacional. Sin embargo, Beatriz debía también encontrar, entre los grandes, numerosas personas que, tanto en esta cuestión como en otras, habían hecho una oposición abierta a Matías; había, incluso enemigos de su familia, antiguos facciosos, a los que en otro tiempo hubo de someter por las armas. Es que Matías, que sabía castigar tan rudamente, sabía también perdonar y olvidar, cuando el interés político lo exigía.

Figuraban entre los resellados: Nicolás Ujlaki, rey de Bosnia; los hermanos de Zapolyai, los riquísimos condes hereditarios de Szepes; Juan y Sigismundo, condes de Szent-Giorgyi; Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, al que Beatriz conocía de su embajada a Nápoles. El favorito de Matías, al que hemos visto figurar a la llegada de la reina como su ayudante, Nicolás Banffy, gobernador de Pozsony y gran copero, procedía también de una familia que no había cesado de rebelarse contra la autoridad de los Hunyadi.

Aunque Matías hubiera tenido que sufrir a menudo los ataques de sus allegados, gustaba, sin embargo, de confiarles cargos importantes; esto es lo que hizo con los Dengelegi Pongrácz, los Laki Thuz y los Gereb (1).

El puesto del más elevado dignatario de la Iglesia estaba a la sazón vacante, porque el alemán Bechenschlager, se había traidoramente pasado al emperador, cerca del cual continuaba sus bajas intrigas contra los proyectos y hasta, según se decía, contra el matrimonio de su antiguo señor (2). Ocupaba la sede arzobispal de Eger el veronés Gabriel Rangoni, del que ya hemos hablado. Beatriz conocía, sin duda de cuando estuvieron en Nápoles, a los obispos de Breslau y de Nagyvarad, así como a Jorge Handó, que no era entonces sino gran pre-

---

(1) Los documentos alemanes contemporáneos le llaman solamente: Johannsen, arzobispo de Strigonia. Fuggar (*Spiegel d'Ehren*, pág. 875), dice de él: «Hijo de un tonelero (Bekenschlager) de Breslau.

(2) Prag: *Anales*, IV, pág. 100.

boste de la diócesis de Bacs. Encontró ocupando todavía el mismo cargo de gran preboste a Urbano Doczy de Nageylucse; que había de hacer, merced a su protección, tan brillante carrera política y eclesiástica.

Como Matías reinaba sobre varias provincias de la corona de Bohemia, así como sobre Bosnia y Servia, Beatriz había de encontrar en la corte, a más de los dignatarios eclesiásticos y civiles y de los generales húngaros, alemanes, checos, moravios y hasta servios. Sobresalían, entre otros, el principal consejero de Matías para los asuntos de Alemania, el alemán Jorge de Stein, al que vimos saludar a la reina y a quien los italianos llamaban Georgins de Lapide; Hasenberg, canciller de Bohemia; Venceslao Boskovitz, gran chambelán; el barón Vatzlan Sternach, maestro de ceremonias; entre los jefes de guerra, al lado de Blas Magyar, Ladislao Egervary, Lorenzo Ujlaky, Esteban Davidhazy, Ladislao Rozgonyi, Tomás Tarczai, figuraban también los alemanes Ulrich, barón de Grafe-neck y Guillermo de Tettanur, Francisco Hag, Ladislao Podenaniezki y Juan Zeleni, el déspota de Servia, Vouk Gregorievich, Brankovich y Demetrio Jaksich, servio también.

De la brillante falange de palatinos que rodeaba a Matías, los más ilustres eran seguramente Esteban Bathori y Pablo Kinizsi, cuyas hazañas debían excitar en el grado más alto la imaginación de la princesa italiana. Lo que aureolaba, en cierto modo con un nimbo ideal a los capitanes húngaros frente a los jefes mercenarios que sin cesar cambiaban, es que habían cogido la mayor parte de sus laureles en la lucha contra los infieles, cada vez más amenazadores. La severidad de sus costumbres estaba, por lo general, de acuerdo con sus sentimientos religiosos. Los de mayor edad, sobre todo, estaban aún bajo el encanto del entusiasmo religioso, que la memoria del gran Hunyadi excitaba en el ejército y que pareció hacerle buscar en las empresas guerreras la gloria de un martirio voluntario. La historia de Pablo Kinizsi tiene algo de milagro: simple molinero, atrae por su talla y su fuerza hercúlea la atención del

general Blas Magyar y, habiéndose hecho soldado, se casa con la hija de su jefe; el favor de Matías le hace conde de Temes, poseedor de inmensos dominios y, a su vez, jefe de ejército: «dux Hercle fortissimus». Hay cierta analogía entre la carrera del primero de los Sforza y la de Kinizsi; el Renacimiento abunda en semejantes hombres, sobre todo, en Hungría e Italia.

El antiguo antagonismo, siempre latente, entre la política nacional y una política imperial, las miras sobre el Oriente y el Occidente, no tardó en estallar de nuevo en cuanto las fiestas del matrimonio cedieron el puesto a los asuntos de Estado. Aunque la mayoría de los consejeros del rey le animase a combatir a los turcos, y fuera resueltamente opuesta a la guerra contra el emperador de Alemania, optó, no obstante, por lo último. He aquí los motivos de esta resolución que Beatriz no hubiera podido comprender sin conocer las causas que la dictaban y que se remontaban muy atrás.

Los Habsburgo pretendían el trono de Hungría desde el reinado del rey Alberto (1437-1439), y el hecho de que el país tenía por primera vez un rey nacional, desde la extinción de la dinastía de Arpad (1301), constituía un peligro para sus pretensiones. He aquí por qué el emperador Federico III se mostraba tan obstinado en impedir la consolidación del trono de Matías, primeramente negándose a reconocerle; después, secretamente, apoyando a los enemigos de Hungría, fomentando revueltas en el país, y hasta suscitando dificultades al matrimonio de Matías (1). Este sabía bien que una monarquía nacional es en sí una gran fuerza; pero le ocurría a veces dudar que pudiera reemplazar al apoyo que un rey que no reina solamente en Hungría, puede encontrar en la posesión de provincias extranjeras. Por esta razón buscó durante mucho tiempo la alianza del emperador, pretendió casarse con una mujer de la

---

(1) Jas. Freich y von Hormayr: Wien, seine Geschitche II, seine Denkwüdigkeiten. Wien, 1823, pág. 32.

familia imperial, se hizo adoptar por Federico, al que veneraba, «como un padre» y, para saciar la codicia del emperador, «llenó de oro húngaro» la corona de Hungría antes de que se le restituyese (1). Pero, como dice el poeta Nicolás Zringi al aludir a estas cosas: «nunca entrarán bajo la misma gorra una cabeza de húngaro y una cabeza de alemán»; la oposición de caracteres o intereses había hecho siempre imposible el establecimiento de una alianza sincera y duradera; y así, para apoyar su poder, se le había ocurrido naturalmente a Matías hacerse elegir jefe del Sacro Imperio romano, y contaba, para alcanzar este fin, con la dignidad de rey de Bohemia—uno de los grandes electores del Imperio,—y esperaba obtenerla con ayuda del Papa. Pero Federico se percató bien pronto del peligro, y abrazó el partido de Ulaszlo (en cheque Wladislas, en polaco Wladislao), hijo del rey de Polonia, al que los Estados husitas de Bohemia acababan de elegir rey, y con el que pactó en Diciembre de 1476 una alianza, por la que Ulaszlo se comprometía a invadir Hungría con su ejército; después le investió como rey de Bohemia. Esto constituía ya el casus belli; además, las relaciones entre los dos príncipes se envenenaron más por las cábalas del tráfuga Bekenschlager. Matías se vió, pues, obligado a declarar la guerra al emperador el 12 de Junio de 1477.

Sin embargo, no quiso renunciar por la guerra a los goces de la vida conyugal; se puso en campaña a mediados de verano, llevándose a su mujer y—como para constituirse un cortejo aún más brillante—a su madre Isabel; de suerte que, según dice un testigo ocular, el obispo de Eger, aquella expedición parecía más bien un cortejo de boda. Ciertamente es que aquella entrada en campaña con séquito de damas, se hizo a petición de Beatriz; había habido ejemplos de esto en su familia; así hizo su hermano, el príncipe de Calabria, con su joven esposa, la

---

(1) Bonfin: Dec. IV, Lib. 429.



campana de Toscana en 1468, en la que, para decir verdad, no vió ninguna batalla (1).

La corte se detuvo primeramente a orillas del Danubio, en Syor; de allí fue a Pozsony (Presburgo), que sirvió bastante tiempo de cuartel general, porque Matías combinaba sus etapas de manera que las princesas pudieran encontrar alojamientos convenientes en una ciudad o una fortaleza en las cercanías del campamento. En Pozsony, estaban con los reyes Isabel Hunyadi (2), y seguramente el príncipe Francisco de Aragón que había ido a Hungría con el fin especial de perfeccionarse en el arte de la guerra.

Mientras que Beatriz visitaba así nuevas ciudades y nuevas comarcas, habituándose a la vida de los campamentos, los embajadores y los correos, que no cesaban de ir y venir, le llevaban las noticias de los interesantes acontecimientos que ocurrían en el círculo de su familia y de su parentesco.

Desde los primeros días, la correspondencia de Beatriz con la familia de su hermana, así como con sus hermanos de Nápoles, acusa un cariño que la ausencia parecía haber aumentado. Habla también con reconocimiento de la ternura que su marido la demuestra (3). La satisfacción que tuvo su familia con aquella boda, hubo de aumentar con los relatos que hicieran los testigos de ella a su regreso a Nápoles a fines de Marzo (4).

La alegría y la esperanza reinaban por entonces en las familias de Este y de Aragón. Alfonso de Este, el heredero de

(1) Reumont: *Lorenzo de Medicis*, I, pág. 256.

(2) Se la menciona en los Archivos de la ciudad, con fecha de Noviembre de 1447; es llamada «reina madre», o la «antigua reina».

(3) Carta de Beatriz al duque Hércules de Ferrara, fechada en Buda el 8 de Enero de 1447. (*Monum. Hung. Hist.* (D. E.) II, pág. 366). Cartas de Alfonso, príncipe de Calabria, al arzobispo de Bari y a Matías de Manfredonia, el 2 de Octubre de 1476, que se refieren a las cartas de Beatriz. *Ibid*, páginas 331, 332 y 349.

(4) Tammulillis, *ob. cit.*, páginas 227 y 228.

los dominios de Hércules, acababa de ser prometido a Ana Sforza, la hija del asesinado Mario Galeazzo y de Buena de Saboya; estos desposorios de niños no pararon en una alianza duradera; sin embargo, las relaciones de familia entre los Este y los Sforza, se restablecieron más adelante de otra manera. Inmediatamente después de los desposorios de su hijo, la duquesa Leonor—hermana mayor de Beatriz—aunque en cinta en aquel momento—marchó a Nápoles por invitación de su padre (1).

Había ciertamente una relación entre este viaje y otro acontecimiento de familia: el príncipe Alfonso había marchado a Barcelona con un brillante séquito para traer a Nápoles a su futura madrastra Juana de Aragón, que iba a casarse, en Setiembre del mismo año, con el rey de Nápoles, a la sazón viudo (2).

Fernando, pues, se había casado en segundas nupcias, en cuanto se casaron sus hijas, con la princesa Juana, hija de su tío el rey de Aragón y de Sicilia; este matrimonio tenía por objeto concluir con los antiguos odios entre las dos ramas de la casa de Aragón, y hacer que el tío reconociera al sobrino como rey de Nápoles, aunque fuese de nacimiento ilegítimo (3).

Matías pasó el verano y el otoño batallando alrededor de Viena, mientras que Beatriz, su suegra y su corte pasaron, a lo que parece, la mayor parte del tiempo en Pozsony, que los autores contemporáneos llaman ya una grande y hermosa ciudad, poblada en su mayor parte de alemanes, pero también de numerosos italianos, notable por su situación sobre el Danubio, en medio de una fértil llanura y por el vasto castillo fuerte que la domina. Más adelante, cuando Matías hubo sometido los alrededores de Viena—Beatriz fue a menudo a su

(1) Muratori: *Antichita Estensi*, pág. 235.

(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 134, y Passero, pág. 32.

(3) Vecchioni, o. c., pág. 74. Muratori: *Annali XLVI*, páginas 122-123.

campamento, y cuando llegó el invierno, invitaba a veladas en el castillo a la burguesía de Pozsony, a las que las autoridades comunales hacía acompañar a la ida y a la vuelta de gentes con linternas (1).

Las ciudades y las fortalezas de los alrededores de Viena: Hainburgo, Trantmanusdorf, Petersdorf (hoy Perchtoldsdorf), Marcheck, Bruck, Baden, Kloosternenburgo, Tulln, Greifenstein y Sanct-Hippolyt (hoy Sanct-Polten), se rindieron, voluntaria o forzosamente, a los ejércitos húngaros; los soldados de Ulaszló se dispersaron; algunos se pasaron al servicio de Matías (2). Las tropas húngaras recorrieron todo el país, asolándolo, y llegaron a las puertas de Linz, con gran espanto del emperador, que residía allí. Viena estaba bloqueada; no es, pues, de extrañar que Federico, cediendo a los consejos de la diplomacia, entablara relaciones, que tropezaron, al principio, con la obstinación de Matías, pero concluyeron, sin embargo, por llegar al principio del invierno a un tratado que era muy ventajoso para el rey de Hungría.

Por este tratado, el emperador anulaba la bula de investidura de Ulaszló como rey de Bohemia, y daba otra por la que reconocía a Matías como rey legítimo de este país. Las otras estipulaciones del tratado, que tenían más bien el carácter de promesas, no tuvieron nunca sino un valor dudoso por la falta de buena fe de Federico.

No poseemos, a la verdad, ninguna prueba escrita en apoyo de la afirmación de Bonfin (3), cuya opinión, compartida por todos los antiguos historiadores, no está desprovista de fundamento, si se consideran las circunstancias del momento y la conducta observada más adelante por Beatriz. Bonfin pre-

(1) Archivos de Pozsony, Cuentas municipales.

(2) Franknoi: *Los Hunyadi y los Jagellon* (en húngaro). Historia de Hungría, IV, pág. 264.

(3) El primer mensaje enviado por Beatriz al emperador Federico, y del que hay prueba, es del 25 de Setiembre de 1478. Fue encargado de él el obispo de Eger.

tende que la reina, de acuerdo en esto con el Papa, influyó sobre el emperador con sus cartas, y sobre Matías con sus ruegos, en interés de la paz lo que nuestro cronista explica por los lazos de parentesco que existían entre la casa de Aragón y Federico (1). Estos esfuerzos de Beatriz, cuya prueba irrefutable proporcionarán los acontecimientos ulteriores, fueron ciertamente debidos a la influencia de su padre y del Papa, igualmente deseosos de ver a Matías volver sus fuerzas contra los turcos, el uno en interés de sus Estados, que aquéllos amenazaban, el otro en el de la cristiandad entera.

Ahora bien; aunque los móviles de Beatriz fuesen completamente distintos, sus deseos estaban aquí de acuerdo con los votos de los mejores de la nación. Ella y su familia debían tener también otro motivo para apresurar el tratado con el emperador, porque uno de los artículos secretos del tratado tendía a un cambio de dinastía, en Milán, en beneficio de la casa de Aragón. El emperador, como soberano del ducado, debía negar la investidura a Juan Galeas, hijo de Galeas Mario Sforza, para que subiera en su lugar, al trono ducal, el hijo segundo del rey de Nápoles, Federico, hermano mayor de Beatriz, el cual se hubiera casado con Cunegunda, hija del emperador (2). Se comprenderá fácilmente que Matías se apresurase a abrazar este proyecto, porque, a causa, sobre todo, de la conducta equívoca de Venecia, le importaba mucho poder apoyarse en Milán, merced a los lazos de parentesco que le hubieran unido a la dinastía reinante. Los que conocen la política napolitana no se sorprenderán al ver a Beatriz y a su padre dispuestos a destronar a los Sforza, a cuya familia pertenecía, sin embargo, la princesa de Calabria, nuera de Fernando. Es que el príncipe Federico acababa precisamente de

---

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. V, pág. 436. Fugger: o. c., pág. 877. Pray: o. c., IV, pág. 114. Hormayr: o. c., pág. 32.

(2) Chemel, o. c., II, pág. 687. Hormayr, o. c. Fraknoi: «El rey Matías», págs. 267 y 276. Tom. Persico, o. c., pág. 213.

volver a Nápoles tras el fracaso de su matrimonio en Borgoña (1); como segundón, no tenía, según todas las previsiones, ninguna probabilidad de subir nunca al trono de Nápoles, y la posesión del ducado de Milán debía parecerle muy seductora; pero no hubo medio de entenderse con el emperador, y el atrevido proyecto fracasó.

Matías encontró pronto el medio de manifestar, de una manera ostensible, su amistad y sus buenas disposiciones por la familia de Beatriz. Proporcionáronle la ocasión las fiestas de la boda de Fernando, que se celebraron en Nápoles, en Setiembre y Octubre del mismo año, y en que dió la bendición nupcial el cardenal Rodrigo Borgia; más adelante, Alejandro VI, que procedió también a la coronación de la nueva reina.

Los cronistas napolitanos mencionan, como uno de los episodios más interesantes de las solemnidades, la llegada de los presentes del rey y de la reina de Hungría, el 9 de Octubre; lleváronlos numerosos enviados, y, en las fiestas, los caballeros húngaros no dejaron de dar a conocer a la corte y al pueblo de Nápoles, ávidos de torneos, su manera de combatir; luchaban cuatro contra cuatro, y como sus sillas eran lisas y no arqueadas, como las que se usaban en los países de Occidente, el choque desarzonaba a los jinetes, que caían al suelo (2).

Los regalos, remitidos al Castello Nuovo en nombre de Matías, consistían en catorce caballos con gualdrapas escarlatas con franjas de oro; llevaban un enorme arcón de plata que contenía un magnífico servicio de mesa del mismo metal, compuesto de noventa y dos piezas. Conociendo algunas obras maestras de la platería húngara, debemos suponer que este soberbio regalo era un producto de la industria nacional, y

---

(1) Tummulillis, o. c., pág. 223.

(2) Relatos concordantes de Notar Giacomo (pág. 140) y de Passero (pág. 38).

que Matías quiso dar con ello una prueba del desarrollo de la industria en su pueblo (1).

Beatríz envió también su regalo aparte: era una carroza dorada con forro de brocado y seis caballos para su servicio. Matías y Beatriz no olvidaron tampoco al duque de Capua y a su hermano Pedro, hijo de Alfonso y nieto de Fernando, que recibieron sendos caballos con sus arreos completos de plata.

Matías y Beatriz mantenían frecuente correspondencia con Alfonso, príncipe de Calabria, quien enviaba de cuando en cuando a uno de sus familiares a hacer de su parte una visita a su hermana y a su cuñado, a veces con mensajes importantes; así fueron a la corte de Matías Luc Synnus y Garzia Bettes (2). Uno de estos mensajeros hubo de llevar la buena nueva de que el papa Sixto IV había elevado al cardenalato, en Diciembre de 1477, al menor de los hermanos de Beatriz, Juan de Aragón, de veinticuatro años de edad a la sazón, que había abrazado la carrera eclesiástica. Al mismo tiempo había conferido la púrpura cardenalicia al obispo de Eger, Gabriel Rangoni, que estaba casi siempre en el campamento de Matías, y enviaba sus boletines de victoria a las cortes italianas (3).

Graves complicaciones ocurridas en Italia atrajeron pronto la atención de los regios consortes, y les pusieron en una situación extremadamente delicada. El 27 de Abril de 1478, la facción de los Pazzi había cometido en la catedral de Florencia, contra Lorenzo y Julián de Médicis, un atentado que costó la vida al último. El pueblo, exasperado, ejecutó en el acto, tras un juicio sumarísimo, a los conjurados de que pudo apo-

---

(1) Vecchioni lo reconoce en el prólogo puesto a la crónica de Passero (pág. 59).

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) II, págs. 363, 367 y 385.

(3) *Ibid.*, págs. 360 y 364. Una carta del 7 de Octubre, al duque Hércules, se encuentra en los Archivos de Módena. (Can. Duc. Post. Est. Nugharia.)

derarse y, entre otros, al arzobispo de Siena, Salviati, al que colgó de una de las ventanas del Palazzo Vecchio; fue también encarcelado el sobrino y legado del Papa, el cardenal Rafael Riario, que se encontraba en la ciudad. La sospecha de que el Papa había intervenido en la conjura por mediación de sus parientes, se vió confirmada por los rigores que desplegó contra los florentinos; puso a la ciudad en entredicho y, de acuerdo con el rey de Nápoles, reñido desde hacía algún tiempo con Florencia, confiscó todos los bienes que los ricos florentinos poseían en Roma y en el reino de Nápoles (1). El ardor de los parientes del Papa y del ambicioso y belicoso Alfonso, heredero del trono de Nápoles, acarreó una declaración de guerra en regla; la liga formada contra Florencia ganó fácilmente a su causa a los sieneses en hostilidad perpetua con la ciudad de los Médicis; tomó también a su servicio las tropas del duque de Urbino. Las oposiciones latentes estallaron cuando Florencia, que buscaba también aliados, los encontró en Venecia, Milán y Ferrara. Encontráronse entonces frente a frente dos huestes armadas, y lo más singular es que Florencia y sus aliados eligieron por jefe al duque Hércules de Ferrara, mientras que Alfonso estaba al frente de los ejércitos de la liga opuesta: dos cuñados, que eran al mismo tiempo los de Matías, iban, pues, a combatir (2).

En tan enojosa coyuntura, la coalición de la que el Papa era el jefe, poseía todas las simpatías de Matías y Beatriz; pero su adhesión a esa liga les enojaba con la corte de Ferrara; así, pues, el rey de Hungría tenía que limitar sus esfuerzos a resolver la contienda. Usó, pues, de paciencia, y cuando Hércules hubo alcanzado algunas ventajas positivas, se dedicó a disolver la liga florentina y, sobre todo a aislar a Venecia, en la que veía siempre y con razón una enemiga secreta. Hasta hu-

---

(1) Muratori: *Annali*, t. cit., págs. 127-130. Para los detalles, véase Reumont: *Lor. de Med.* I, pág. 379 y sig.

(2) *Antichita Estensi*, pág. 226.

biera estado dispuesto a tomar las armas contra la República para conquistar los territorios dálmatas que aquélla arrebató a Hungría.

Sin embargo, las cosas no se precipitaron hasta obligar a Matías a intervenir con las armas en Italia: sus enemigos del Norte y del Oeste le daban bastante que hacer por el momento.

En medio de sus ocupaciones, tan múltiples, de rey y de jefe de ejército, Matías se ingeniaba para estar constantemente al lado de Beatriz, y se dedicaba con tierna solicitud a dar a conocer a su esposa las bellezas naturales de su reino, así como su ejército, del que estaba orgullosísimo. Con este fin, el tiempo que no le retenían las operaciones militares lo empleaba en ejercicios propios para divertir a la reina y excitar su admiración. Bonfin, testigo ocular, hace una encantadora descripción del espectáculo, tan instructivo como divertido, de aquellas maniobras (1). La afirmación del historiador polaco Dlugon (2), hostil a Matías, que pretende que el carácter sanguinario de Beatriz se complacía en el espectáculo de los asaltos mortíferos, carece de fundamento. Además, Matías no le hubiera permitido asistir a semejantes espectáculos, por los peligros a que se hubiera expuesto.

En cuanto se calmaba por algún tiempo el rumor de las armas, el rey hacía viajes con su esposa—parece que hizo dos en el año 1478, en primavera y en invierno—para que visitara las plazas fuertes de la Alta Hungría, tan florecientes por la industria de los colonos alemanes, y que abundaban tanto en hermosos edificios como en todo género de riquezas. Así, visitaron Kassa (Casavia), Kormoczbanga (Cremnitz), Besztercebanga (Bistritz), Selmezbanga (Schamnitz) y hasta O-Zolgan, al decir de Haltai (3), y en todas partes eran recibidos

(1) *Hist. Pam.* Dec. IV. Lib. VIII, pág. 469.

(2) Obra citada, pág. 633.

(3) Son las ciudades que cita Bonfin y, según Kachelmair (*Geschichte d. ung. Bergstadte*, págs. 10 y siguientes), en este orden las visitaron antes de llegar a Selmezbanga.



en triunfo por las poblaciones. En las ciudades mineras visitaron las minas de oro y plata, asistieron a la extracción y laboreo del mineral, cosa que nunca habían visto (1). De todos los productos de Hungría, los de la industria minera eran entonces los únicos que tuviesen importancia desde el punto de vista comercial, y nuestro país era afamado en Italia, sobre todo por sus minas de oro (2).

Poseemos datos precisos sobre la recepción de los reyes en Selmezbanya (3). Los regios huéspedes fueron recibidos con más campaneo que cuando la recepción del rey Segismundo; en la puerta de la ciudad esperaban 28 dominicos, con cirios encendidos, a los soberanos, que llegaron a caballo y que, después de descansar bajo una tienda magnífica, fueron a alojarse en el edificio de la administración. Los reyes organizaron diversiones para los mineros; visitaron las calles, plazas e iglesias de la ciudad, y, no hay que decirlo, las minas y los hornos, y se llevaron como recuerdo algunas muestras de mineral.

Durante el verano de 1479, el menor de los hermanos de Beatriz, el cardenal Juan, a la sazón de veintitrés años, fue a Hungría por primera vez (4). Este joven había dado desde temprana edad pruebas de facultades extraordinarias y mostrado un gusto singular por la instrucción. No tenía más que quince años cuando presentó al nuevo Papa, Sixto IV, el

---

(1) Bonfin: *Hist.*, pasaje citado.

(2) César Cantú: *Storia degli Italiani*, IV, pág. 653. El autor dice, al hablar de esta época: «... cuando escaseó el dinero, no pudo desarrollarse el comercio; no había oro sino en las minas de España y de Hungría». El Ariosto habla también de Hungría, en su *Orlando Furioso*, como de un país productor de oro (canto XLVI, estrofa 136).

(3) Kachelmann, o. c., indica también las fuentes en donde tomó sus datos.

(4) Fraknoi: *El rey Matías*, pág. 329. Aug. Theiner: *Vetera monumenta historica Hungariam sacram illustrantia*. Roma, 1860, t. II, página 466.

homenaje de vasallaje del rey su padre, acompañado de un discurso elocuente; luego dió cuenta públicamente de su misión (1). Ya se ha visto que el Papa le donó, en 1472, la abadía de Monte Casiano, y más adelante le elevó al cardenalato. Se mostró protector de las letras, y el eminente humanista Campano alaba no solamente su saber y sus talentos, sino lo despejado de su frente, el encanto de su rostro, el agrado de su conversación y su modestia. En el momento de que hablamos, el Papa le había enviado de embajada a Hungría y a los países próximos, con la misión de excitar a los príncipes a la lucha contra los turcos.

Está fuera de duda que Matías había ya resuelto, cuando el primer viaje de Juan de Aragón, el donarle la sede arzobispal de Esztergom (Gran) a este hermano de su mujer. Teniendo en consideración las altas dignidades y las importantes misiones de que la Santa Sede había ya investido al príncipe, Matías no había de tener el menor escrúpulo en nombrar a una persona que era digna del puesto desde el punto de vista eclesiástico, y que además pertenecía a una familia real con la que tenía estrechos lazos de parentesco. Pero el principal móvil que le había impulsado a tomar esta resolución fue, seguramente, el deseo de complacer a su mujer, a la que amaba apasionadamente. Llama la atención ver cómo Matías se dedicó desde los primeros tiempos de su matrimonio a colmar de mercedes a la familia y a los parientes de su mujer. Más adelante, en la carta de investidura de Hipólito de Este, declaraba haberse guiado, en el nombramiento de Juan de Aragón como arzobispo de Esztergom, por «el amor que profesaba a su mujer, así como por el afecto a su cuñado y el deseo de agradar al padre de su esposa» (2).

Un agente del Consejo de los Diez, de Florencia, escribe que el rey demuestra respetar mucho a Francisco de Aragón,

---

(1) Jorge Rath, o. c. (*Szazadok*: Los siglos, 1890), págs. 328 y 329.

(2) Archivos de Módena.

de quien tiene en mucho la amistad (1); lo que se ve también confirmado por Bonfin en uno de sus opúsculos, en donde habla de los ricos presentes que Matías hacía a Francisco y Juan (2), y parece igualmente probado por el hecho de que el rey retuvo a Francisco en su corte durante ocho años (3) y le ocupó en su cancillería (4), instruyéndole al mismo tiempo en el arte de la guerra.

Matías no pudo, sin embargo, realizar tan prontamente como hubiera querido su proyecto de colocar a su cuñado Juan en la sede arzobispal de Esztergom. Sostenido y excitado por el emperador, el intrigante Beckenschlager, a quien el rey había ofrecido en vano como compensación el obispado de Győr, no quería renunciar a sus derechos sobre la diócesis que había deslealmente abandonado y, mientras que se veía la causa en la corte de Roma, el príncipe Juan se vió obligado a depositar en manos del capítulo las rentas a las que tenía derecho con arreglo a la real investidura, y que ascendían entonces a unos 30.000 ducados al año (5).

Mientras tanto, Matías logró terminar la cuestión del trono de Bohemia con los dos Jagellon, Casimiro III, rey de Polonia, y su hijo mayor, Ulaszló, pretendiente al trono de Bohemia. Se firmó un tratado por el que Matías y Ulaszló conservaban ambos el derecho de llevar el título de rey de Bohemia, quedándose cada cual con las porciones de territorio bohemio poseídas al firmarse el tratado; pero a la muerte de Matías, Ulaszló

---

(1) Carta sin firma, del 6 de Agosto de 1479, en los Archivos del Estado de Florencia.

(2) *Symposion Trimeron*, págs. 18 y 256.

(3) Notar Giacomo dice que se marchó el 25 de Agosto de 1484 (o. c., página 152).

(4) Un acta de donación real del año 1484, que se encuentra en los Archivos de los condes Fargach (Museo Nacional), lo prueba.

(5) Relación del embajador Leonardo Botta, enviado de Venecia en Milán, el 16 de Octubre de 1479 (*Mon. Hist. Hung.*) (D. E.) II, pág. 392).

o sus herederos tenían el derecho de adquirir por una suma determinada lo poseído por Matías (1).

Al firmarse el tratado, Matías expresó el deseo de que los dos reyes le hicieran una visita, como para ratificar aquél; la entrevista debía celebrarse en Olmutz, a la sazón en su poder, y la fecha se fijó para el 2 de Febrero de 1479. Matías invitó también a los dos príncipes que habían servido de mediadores: el duque Alberto de Sajonia, llamado el valiente, con quien Beatriz mantenía también en aquel tiempo una correspondencia afectuosa, y Otón, conde palatino (2). A causa de numerosos aplazamientos, la entrevista no pudo celebrarse hasta los primeros días de Julio, y esto con la sola participación de Matías, Ulaszló y los príncipes alemanes, porque el rey de Polonia juzgó oportuno abstenerse de concurrir.

No por vanidad seguramente, sino por cálculo político, se esforzó Matías en maravillar a sus huéspedes con el lujo que desplegó en Olmutz y las fiestas que dió en su honor, y lo consiguió por completo. Según testigos oculares y dignos de fe, los grandes días de Olmutz superaron en pompa a cuanto los contemporáneos habían visto hasta entonces (3). Calcúlense en veinte mil el número de caballos que se alojaron durante estos días en las cuadras de la población o de los alrededores. Los trajes, los arneses, el mueblaje, la belleza y el valor de los servicios de mesa, el lujo oriental (4), la cantidad de riquezas expuestas a la vista «equivalían a todo el reino de Bohemia (5),

---

(1) Pray, o. c. pág. 124, Eschenloer, o. c. II, pág. 388.

(2) Fraknoi: *El rey Matías*, pág. 272. Cartas de los duques Ernesto y Alberto, escritas desde Dresde a Beatriz, con fecha de 14 de Noviembre de 1477, y contestación de la reina, fechada en Kornenburg el 5 de Enero de 1478. Archivos Reales de Dresde (sección de Wittenberg), números 110 y 114.

(3) Eschenloer, o. c., e impresiones del duque Alberto relatadas en la obra de Langenn, pág. 127.

(4) Bonfin le llama «persico luxu apparata», Decas IV, pág. 440.

(5) Eschenloer.

y Matías parecía estar «por encima de Asuero, de Alejandro el Magno y de todos los otros reyes de la tierra».

La primera entrevista de los reyes reconciliados se celebró fuera de la ciudad, en una tienda, en presencia de sus ejércitos. Se abrazaron y se besaron tres veces y, tras una deliberación de tres horas, ratificaron el tratado de paz, y le añadieron algunos artículos con el asentimiento de sus consejeros; luego volvieron el uno a la ciudad y el otro a su campamento.

A los tres días, para dar una prueba de confianza a su antiguo enemigo, Matías fué sin armas, pero con una brillante escolta, al campamento de Ulaszló, y le trajo con su séquito a la ciudad, donde le había preparado alojamiento en un palacio situado enfrente del suyo, y le retuvo durante quince días con los otros príncipes y sus séquitos.

Entonces fue cuando Beatriz vió por primera vez al rey de Bohemia, el cual había de serle tan nefasto. Tenía diez y seis años menos que Matías, y un año más que ella; era, al decir de los contemporáneos, un hombre de aventajada estatura «a quien la coraza sentaba mejor que el traje de corte» (1).

Tres testigos oculares de la regia entrevista la han relatado, a saber: el duque Alberto de Sajonia, el prolijo secretario del Consejo de Ciudad de Breslau, a quien se debe además la descripción de la boda de Matías, y Juan Dlugoss, canónigo de Cracovia, el historiador más antiguo de Polonia y el diplomático favorito del rey Casimiro, que asistía a la entrevista de Olmutz a título de antiguo preceptor de Ulaszló, Marzio Galeotto, que hizo de Beatriz un retrato tan elogioso, declara haber asistido también, y allí fué donde vió a la reina por primera vez. Sin embargo, en su relato de las jornadas de Olmutz, se limita a notar que la reina hablaba tan corrientemente con

---

(1) Bonfin. El embajador de Ferrara, Valentini, dice también de él con motivo de la entrevista que se celebró en Iglau siete años después: «e Signor de vella qualita e stature magiore de me presso che tredità». Artículo de Ovari en la revista *Szazadok* (Los Siglos), año 1889, pág. 394.

el rey de Bohemia—en latín probablemente—que causaba la admiración de los que la rodeaban (1).

El arreglo de las fiestas acusaba los gustos de Beatriz. Era entonces costumbre de los príncipes y grandes señores en Italia dar sus comidas y sus fiestas en estrados, alfombrados de telas preciosas, elevados en la plaza pública o en casillas espaciosas y abiertas; en Nápoles poníanse estos estrados para las grandes solemnidades en la Piazza dell'Incoronata. «El gran aparador cuadrado de varios peldaños»—como Halai le llama—(2) puesto en la plaza mayor para los festines que Matías daba en Olmutz, no era sino una tribuna con valiosos tapices; no se daban allí solamente comidas y bailes, sino que el rey recibía los homenajes de sus vasallos, cuya admiración excitaba, así como la de los súbditos de Ulaszló (3). El dón que Matías y Beatriz hicieron a Ulaszló del mobiliario y del servicio de mesa que usó, era también un género de liberalidad del que se encuentran numerosos ejemplos en la Italia de entonces (4).

Matías se había propuesto granjearse la amistad de Ulaszló, cosa que necesitaba grandemente en aquellos momentos, porque estaba resuelto a asestar decisivos golpes al emperador de Alemania, y necesitaba precaverse, por lo menos, contra la hostilidad de los Jagellón. Se dedicó, pues, a aturdir con el ruido de las fiestas al joven rey, que era de un carácter débil, a subyugarle con el mágico encanto que se desprendía de su persona, e hizo entrar en juego los talentos de seducción de su

(1) Galeotti, *De egregie, etc. dictis*.

(2) Ob. cit., III, pág. 170.

(3) Relato anónimo de una persona del séquito del duque de Sajonia. Archivo del Estado de Dresde (sección de Wittenber) fol. 184-186.

(4) En un banquete de Cosme de Médicis, en Florencia, en 1459, el servicio de plata fue igualmente regalado a los invitados. (Ed. Heyck, *Florenz u. die Medicier*, pág. 74. Reumont: *Lorenzo d' Medici*, I, pág. 177. Felipe de Comines recibió también semejantes regalos. (Reumont, I, página 453.)

mujer para ganar la partida entablada contra su huésped. Beatriz bailó en público con Ulaszló, en medio de los aplausos del pueblo; jugó frecuentemente al ajedrez con él en la habitación íntima de su marido, y Matías y ella «bromeaban familiarmente» con su huésped. Dícese que Beatriz fue la que preparó, con su refinado gusto de lujo italiano, el servicio de cama y el mobiliario de las habitaciones de Ulaszló, y que la ropa blanca y los trajes preciosos que el rey de Bohemia recibió como presentes, eran regalos particulares de Beatriz (1).

Cualquiera que conozca el corazón humano, comprenderá fácilmente que Matías—como tantos otros enamorados,—seguro de la posesión del objeto de su ardor, le complacía ver ejercer también sobre otros el encanto y el imperio de aquél. Pero el amor más ciego se hace perspicaz y a menudo receloso, cuando la fidelidad del amante está en juego; no es, por lo tanto probable, que Beatriz y Ulaszló trabasen relaciones amorosas en Olmutz, por decirlo así, a la vista del marido. Sin embargo, si los autores contemporáneos y otros posteriores hacen datar de la entrevista de Olmutz la inclinación vivísima que Beatriz demostró por Ulaszló (2), este hecho halla su explicación en la manera de conducirse la reina a la muerte de Matías, con Ulaszló como pretendiente al trono. Más adelante, tendremos ocasión de hacer luz sobre los móviles de esta conducta, que son bastante ajenos al verdadero amor, al amor desinteresado.

Fue Ulaszló quien, en Olmutz, parecía olvidar y se esforzaba en hacer olvidar que estaba ya unido con Bárbara de Brandeburgo (3), aunque el matrimonio no se hubiera todavía consumado; que hiciera con sus maneras corteses y su afabilidad, una excelente impresión a Beatriz, no es dudoso; pero que la reina cediese a la inclinación que podía él haberle inspirado en-

---

(1) La primera de estas afirmaciones es de Schenloer; la segunda, de Bonfin.

(2) Dubravius, ob. cit., pág. 799. Jubero, o. c., pág. 136-137. Sigis. d. Conti, o. c., pág. 17. Timon, o. c., pág. 186.

(3) Wenzel, o. c., pág. 635.

tablando relaciones amorosas, se halla en contradicción formal con un hecho que los historiadores no habían tenido en cuenta hasta aquí. No habían pasado dos años de la entrevista de Olmutz, cuando Beatriz escribía a su hermana la duquesa Leonor de Ferrara, una carta (1), en la que abogaba por el matrimonio de su sobrina Isabel, la hija mayor, a la sazón de siete años, de los duques de Ferrara, con Ulaszló. La princesita era ya prometida de Francisco de Gonzaga, hijo del marqués de Mantua; pero Beatriz no consideraba esto como un obstáculo insuperable; no había más que ofrecer a Gonzaga, en vez de Isabel, a su hermana menor, Beatriz de seis años de edad.

La duquesa Leonor contestó a esta sorprendente proposición con una larga carta; agradecía a su hermana, en su nombre y en el de su marido, su solicitud y su halagüeña proposición, pero la suplicaba que abandonara un proyecto irrealizable. El marqués de Mantua miraba ya como hija suya a Isabelita, con la que también su hijo se había encariñado; ambas habían ido de visita a Ferrara, y querían a la niña como a la niña de sus ojos. No se podía, pues, romper este matrimonio y sustituirlo con otro. Además, su hija Beatriz ya no era libre: estaba prometida a Ludovico Sforza, que no estaba dispuesto a renunciar a sus derechos, y gozaba de un gran poder como tutor de su sobrino; de suerte que no era prudente ofenderle. No por la negativa era menor el agradecimiento de la duquesa, pero lo que deseaba su hermana era verdaderamente imposible.

Es probable que Beatriz, cuya tenacidad en la ejecución de sus designios es conocida, no cediera desde luego; sin embargo, sabido es que este proyecto no se realizó nunca; pero el hecho de ser concebido por Beatriz, que mostró siempre una viva ter-

---

(1) No poseemos esta carta, pero conocemos su fecha (2 de Mayo de 1481) y el contenido, por una carta de Leonor, de 3 de Junio de 1481, de la que se hablará más adelante. (Archivos de Módena. Canc. Duc. Minuta di lettere a Principi asteri, Ungheria).



nura por la familia de su hermana, debe hacer que se deseche la idea de que tuviera ya designios egoístas sobre el hombre que proponía como esposo para la hija de su hermana, y el que los reyes de Hungría destinaban poco después, según se asegura, a la propia hermanastra de Beatriz (1).

Después de haber hecho Matías espléndidos regalos a todos sus huéspedes de Olmutz, la brillante reunión se dispersó a fines de Julio. Ya era tiempo de que Matías volviese a Hungría, en donde se contaba con su energía para remediar las calamidades públicas, y conjurar el peligro exterior; porque, mientras que la peste y la sequía asolaban el país, los turcos—por instigación de Venecia, en opinión de Matías—habían pasado de Valaquia a Transilvania.

La corte recibió en Buda, a fines de Octubre, la noticia de la gran victoria que los dos generales de Matías, Bathori y Kinizsi, habían alcanzado en Kenyermazo, el 13 de Octubre, con sus ejércitos, tan heroicos como sus jefes, sobre Alí-bey, y que costó la vida a treinta mil turcos. Matías se apresuró a comunicar esta victoria a Roma, así como a su suegro el rey Fernando (2), y Beatriz escribió a su hermano, el príncipe de Calabria, la noticia de este gran acontecimiento (3). Cantáronse *Te Deum* en todos los templos; Matías y Beatriz fueron en persona a dar gracias al Señor de iglesia en iglesia, y a depositar sus ofrendas en los altares (4).

En Diciembre del mismo año, Beatriz tuvo la alegría de volver a ver a su hermano Juan, quien, aunque había llegado a Buda a las ocho de la noche, fue recibido, a pesar del frío y de la hora, por Matías y toda su corte, con la pompa y atenciones debidas a un legado del Papa y a un cardenal.

(1) Carta del príncipe Federico de Sajonia al elector de Sajonia, con fecha 27 de Julio de 1482. *Publicationen aus dan K. preuse. Staats-Archiven*. Leipzig, 1898, LXXI, pág. 208.

(2) *Cartas del rey Matías* (Fraknoi), I (pág. 451).

(3) Teleki V, pág. 125.

(4) Bonfin, Dec. IV, lib. VI.

El príncipe Juan pasó varios meses en Hungría, aunque no hubiera podido obtener aún de Roma su confirmación como arzobispo de Esztargom. Tuvo, pues, tiempo para hacer a la reina y a su hermano Francisco un relato circunstanciado de todo lo ocurrido en Nápoles desde que ellos salieran. Las alegrías habían alternado con las penas en la casa de Aragón. En Enero de 1479 había muerto el rey Juan de Aragón, suegro de Fernando. Su hija, la reina de Nápoles, había dado a luz en Abril una hija que recibió el nombre de Juana, como su madre (1); esta hermanastra de Beatriz, venida tan tarde al mundo, había de ser, por un raro destino, mujer de su sobrino Fernando y, por poco tiempo, reina de Nápoles. Mientras tanto, el hermano mayor de Beatriz, el príncipe Federico, había ido a buscar mujer a Francia y había logrado, con el concurso de Matías, obtener la mano de una princesa francesa, Ana de Saboya, lo que trajo una aproximación entre las casas reales de Nápoles y Francia, enemistadas a causa de las pretensiones de la última al trono de Nápoles. Sin embargo, este matrimonio no fue feliz; la joven esposa de Federico murió poco después de la boda, antes de salir de Francia, y el príncipe, que había salido de Nápoles para casarse, volvió viudo (2).

Un acontecimiento de un alcance más considerable que todos los otros ocurría en Nápoles durante la ausencia del príncipe Juan. El rey sin corona, Lorenzo de Médicis, sintiendo pesar dolorosamente sobre Florencia las consecuencias de la guerra contra la Liga, y aprovechándose de que el invierno había interrumpido las operaciones militares, tomó una resolución tan discreta como viril, y fué a Nápoles a fin de interesar al rey por la causa de la paz. Semejante resolución requería ciertamente gran valor, porque Lorenzo debía saber por numerosos ejemplos, cómo trataba Fernando a los adversarios

---

(1) Passero: pág. 40. Notar Giacomo, pág. 144. Fuscalillo, ed. cit., página 53.

(2) Fuscolillo: pág. 52. Tom. Persico, o. c., pág. 213.

---

que iban benévolamente a ponerse entre sus manos. Pero el corazón, el talento y probablemente el dinero del gran ciudadano de Florencia, apartaron todos los obstáculos y conjuraron todos los peligros. Lorenzo y Fernando se pusieron de acuerdo e hicieron la paz a espaldas del Papa y Venecia (1), lo que produjo la disolución simultánea de las dos Ligas, para bien de Italia y gran satisfacción de Matías y de Beatriz, que veían así terminada la contienda de sus parientes.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

---

(1) Muratori: *Annali*, t. 46, 138 y 139. Pastor, *Gesch*, df. P. 11, página 493.

# DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

---

## El problema práctico

L'homme est périssable.— Il se peut; mais périssons en résistant, et, si le néant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice.

SÉNANCOUR: *Obermann*, lettre XC.

Varias veces, en el errabundo curso de estos ensayos, he definido, a pesar de mi horror a las definiciones, mi propia posición frente al problema que vengo examinando; pero sé que no faltará nunca el lector insatisfecho, educado en un dogmatismo cualquiera, que se dirá: «Este hombre no se decide, vacila; ahora parece afirmar una cosa, y luego la contraria, está lleno de contradicciones; no le puedo encasillar; ¿qué es?» Pues eso, uno que afirma contrarios, un hombre de contradicción y de pelea, como de sí mismo decía Job; uno que dice una cosa con el corazón y la contraría con la cabeza, y que hace de esta lucha su vida. Más claro, ni el agua que sale de la nieve de las cumbres.

Se me dirá que esta es una posición insostenible, que hace falta un cimiento en que cimentar nuestra acción y nuestras obras, que no cabe vivir de contradicciones, que la unidad y

la claridad son condiciones esenciales de la vida y del pensamiento, y que se hace preciso unificar éste. Y seguimos siempre en lo mismo. Porque es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida y le da razón práctica de ser.

O más bien es el conflicto mismo, es la misma apasionada incertidumbre lo que unifica mi acción y me hace vivir y obrar.

Pensamos para vivir, he dicho; pero acaso fuera más acertado decir que pensamos porque vivimos, y que la forma de nuestro pensamiento responde a la de nuestra vida. Una vez más tengo que repetir que nuestras doctrinas éticas y filosóficas en general no suelen ser sino la justificación *a posteriori* de nuestra conducta, de nuestros actos. Nuestras doctrinas suelen ser el medio que buscamos para explicar y justificar a los demás y a nosotros mismos nuestro propio modo de obrar. Y nótese que no sólo a los demás, sino a nosotros mismos. El hombre, que no sabe en rigor por qué hace lo que hace y no otra cosa, siente la necesidad de darse cuenta de su razón de obrar, y la forja. Los que creemos móviles de nuestra conducta no suelen ser sino pretextos. La misma razón que uno cree que le impulsa a cuidarse para prolongar su vida, es la que en la creencia de otro le lleva a éste a pegarse un tiro.

No puede, sin embargo, negarse que los razonamientos, las ideas, no influyan en los actos humanos, y aun a las veces los determinen por un proceso análogo al de la sugestión en un hipnotizado, y es por la tendencia que toda idea — que no es sino un acto incoado o abortado — tiene a resolverse en acción. Esta noción es la que llevó a Fouillée a lo de las ideas-fuerzas. Pero son de ordinario fuerzas que acomodamos a otras más íntimas y mucho menos concientes.

Mas dejando por ahora todo esto, quiero establecer que la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro final destino, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, pueden ser base de moral.

El que basa o cree basar su conducta—interna o externa, de sentimiento o de acción—en un dogma o principio teórico que estima incontrovertible, corre riesgo de hacerse un fanático, y, además, el día en que se le quebrante o afloje ese dogma, su moral se relaja. Si la tierra que cree firme vacila, él, ante el terremoto, tiembla, porque no todos somos el estoico ideal a quien le hieren impávido las ruinas del orbe hecho pedazos. Afortunadamente, le salvará lo que hay debajo de sus ideas. Pues al que os diga que si no estafa y pone cuernos a su más íntimo amigo, es porque teme al infierno, podéis asegurar que, si dejase de creer en éste, tampoco lo haría, inventando entonces otra explicación cualquiera. Y esto en honra del género humano.

Pero al que cree que navega, tal vez sin rumbo, en balsa movible y anegable, no ha de inmutarle el que la balsa se le mueva bajo los pies y amenace hundirse. Este tal cree obrar, no porque estime su principio de acción verdadero, sino para hacerlo tal, para probarse su verdad, para crearse su mundo espiritual.

Mi conducta ha de ser la mejor prueba, la prueba moral de mi anhelo supremo; y si no acabo de convencerme, dentro de la última e irremediable incertidumbre, de la verdad de lo que espero, es que mi conducta no es bastante pura. No se basa, pues, la virtud en el dogma, sino éste en aquélla, y es el mártir el que hace la fe más que la fe el mártir. No hay seguridad y descanso—los que se pueden lograr en esta vida, esencialmente insegura y fatigosa—sino en una conducta apasionadamente buena.

Es la conducta, la práctica, la que sirve de prueba a la doctrina, a la teoría. «El que quiera hacer la voluntad de él—de Aquel que me envió, dice Jesús—conocerá si es la doctrina de Dios o si hablo por mí mismo» (Juan, VII, 17); y es conocido aquello de Pascal de: empieza por tomar agua bendita, y acabarás creyendo. En esta misma línea pensaba Juan Jacobo Moser, el pietista, que ningún ateo o naturalista tiene dere-

cho a considerar infundada la religión cristiana mientras no haya hecho la prueba de cumplir con sus prescripciones y mandamientos (v. Ritschl, *Geschichte des Pietismus*, lib. VII, 43).

¿Cuál es nuestra verdad cordial y antirracional? La inmortalidad del alma humana, la de la persistencia sin término alguno de nuestra conciencia, la de la finalidad humana del Universo. ¿Y cuál su prueba moral? Podemos formularla así: obra de modo que merezcas a tu propio juicio y a juicio de los demás la eternidad, que te hagas insustituible, que no merezcas morir. O tal vez así: obra como si hubieses de morirte mañana, pero para sobrevivir y eternizarte. El fin de la moral es dar finalidad humana, personal, al Universo; descubrir la que tenga—si es que la tiene—y descubrirla obrando.

Hace ya más de un siglo, en 1804, el más hondo y más intenso de los hijos espirituales del patriarca Rousseau, el más trágico de los sentidores franceses, sin excluir a Pascal, Sénancour, en la carta XC de las que constituyen aquella inmensa monodia de su *Obermann* escribió las palabras que van como lema a la cabeza de este ensayo: «El hombre es perecedero. Puede ser, mas perezcamos resistiendo, y si es la nada lo que nos está reservado, no hagamos que sea esto justicia.» Cambiad esta sentencia de su forma negativa en la positiva diciendo: «Y si es la nada lo que nos está reservado, hagamos que sea una injusticia esto», y tendréis la más firme base de acción para quien no pueda o no quiera ser un dogmático.

Lo irreligioso, lo demoniaco, lo que incapacita para la acción o nos deja sin defensa ideal contra nuestras malas tendencias, es el pesimismo aquel que pone Goethe en boca de Mefistófeles cuando le hace decir: «Todo lo que nace merece hundirse» (*denn alles was entsteht ist wert dass es zugrunde geht*). Este es el pesimismo que los hombres llamamos malo, y no aquel otro que ante el temor de que todo al cabo se aniquile, consiste en deplorarlo y en luchar contra ese temor. Mefistófeles afirma que todo lo que nace merece hundirse, aniquilarse, pero no que se hunda o se aniquile, y nosotros afirmamos que

todo cuanto nace merece elevarse, eternizarse, aunque nada de ello lo consiga. La posición moral es la contraria.

Sí, merece eternizarse todo, absolutamente todo, hasta lo malo mismo, pues lo que llamamos malo, al eternizarse perdería su maleza, perdiendo su temporalidad. Que la esencia del mal está en su temporalidad, en que no se endereza a fin último y permanente.

Y no estaría acaso de más decir aquí algo de esa distinción, una de las más confusas que hay, entre lo que suele llamarse pesimismo y el optimismo, confusión no menor que la que reina al distinguir el individualismo del socialismo. Apenas cabe ya darse cuenta de qué sea eso del pesimismo.

Hoy precisamente acabo de leer en *The Nation* (número de Julio 6, 1912) un editorial titulado «Un infierno dramático» (*A dramatic Inferno*), referente a una traducción inglesa de obras de Strindberg, y en él se empieza con estas juiciosas observaciones: «Si hubiera en el mundo un pesimismo sincero y total, sería por necesidad silencioso. La desesperación que encuentra voz es un modo social, es el grito de angustia que un hermano lanza a otro cuando van ambos tropezando por un valle de sombras que está poblado de camaradas. En su angustia, atestigua que hay algo bueno en la vida, porque presupone simpatía... La congoja real, la desesperación sincera, es muda y ciega; no escribe libros ni siente impulso alguno a cargar a un universo intolerable con un monumento más duradero que el bronce.» En este juicio hay, sin duda, un sofisma, porque el hombre a quien de veras le duele, llora y hasta grita, aunque esté solo y nadie le oiga, para desahogarse, si bien esto acaso provenga de hábitos sociales. Pero el león aislado en el desierto, ¿no ruge si le duele una muela? Mas aparte esto, no cabe negar el fondo de verdad de esas reflexiones. El pesimismo que protesta y se defiende, no puede decirse que sea tal pesimismo. Y desde luego no lo es, en rigor, el que reconoce que nada debe hundirse aunque se hunda todo, y lo es el que declara que es debe hundir todo aunque no se hunda nada.



El pesimismo, además, adquiere varios valores. Hay un pesimismo eudemonístico o económico, y es el que niega la dicha; le hay ético, y es el que niega el triunfo del bien moral; y le hay religioso, que es el que desespera de la finalidad humana del Universo, de que el alma individual se salve para la eternidad.

Todos merecen salvarse, pero merece ante todo y sobre todo la inmortalidad, como en mi anterior ensayo dejé dicho, el que apasionadamente y hasta contra razón la desea. Un escritor inglés que se dedica a profeta—lo que no es raro en su tierra,—Wells, en su libro *Anticipations*, nos dice que «los hombres activos y capaces de toda clase de confesiones religiosas de hoy en día tienden en la práctica a no tener para nada en cuenta (*to disregard... altogether*) la cuestión de la inmortalidad». Y es por lo que las confesiones religiosas de esos hombres activos y capaces a que Wells se refiere, no suelen pasar de ser una mentira, y una mentira sus vidas si quieren basarlas sobre religión. Mas acaso en el fondo no sea eso que afirma Wells tan verdadero como él y otros se figuran. Esos hombres activos y capaces viven en el seno de una sociedad empapada en principios cristianos, bajo unas instituciones y unos sentimientos sociales que el cristianismo fraguó y la fe en la inmortalidad del alma es en sus almas como un río soterráneo, al que ni se ve ni se oye, pero cuyas aguas riegan las raíces de las acciones y de los propósitos de esos hombres.

Hay que confesar que no hay, en rigor, fundamento más sólido para la moralidad que el fundamento de la moral católica. El fin del hombre es la felicidad eterna, que consiste en la visión y goce de Dios por los siglos de los siglos. Ahora, en lo que marra es en la busca de los medios conducentes a ese fin, porque hacer depender la consecución de la felicidad eterna de que se crea o no que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no sólo de Aquél, o de que Jesús fue Dios y todo lo de la unión hipostática, o hasta siquiera de que haya Dios, resulta, a poco que se piense en ello, una monstruosidad.

Un Dios humano—el único que podemos concebir—no rechazaría nunca al que no pudiese creer en El con la cabeza, y no en su cabeza, sino en su corazón, dice el impío que no hay Dios, es decir, que no quiere que le haya. Si a alguna creencia pudiera estar ligada la consecución de la felicidad eterna, sería a la creencia en esa misma felicidad y en que sea posible.

¿Y qué diremos de aquello otro del emperador de los pedantes, de aquello de que no hemos venido al mundo a ser felices, sino a cumplir nuestro deber? (*Wir sind nicht auf der Welt, um glücklich zu sein, sondern um unsere Schuldigkeit zu tun.*) Si estamos en el mundo *para* algo—*um etwas*,—¿de dónde puede sacarse ese *para*, sino del fondo mismo de nuestra voluntad, que pide felicidad y no deber como fin último? Y si a ese *para* se le quiere dar otro valor, un valor objetivo que diría cualquier pedante saduceo, entonces hay que reconocer que la realidad objetiva, la que quedaría aunque la humanidad desapareciese, es tan indiferente a nuestro deber como a nuestra dicha, se le da tan poco de nuestra moralidad como de nuestra felicidad. No sé que Júpiter, Urano o Sirio se dejen alterar en su curso, porque cumplamos o no con nuestro deber, más que por que seamos o no felices.

Consideraciones éstas que habrán de parecer de una ridícula vulgaridad y superficialidad de diletante, a los pedantes esos. (El mundo intelectual se divide en dos clases: diletantes de un lado y pedantes del otro.) ¡Qué le hemos de hacer! El hombre moderno es el que se resigna a la verdad y a ignorar el conjunto de la cultura, y si no, véase lo que al respecto dice Windelband en su estudio sobre el sino de Hölderlin (*Praeludien*. I). Sí, esos hombres culturales se resignan, pero quedamos unos cuantos pobrecitos salvajes que no nos podemos resignar. No nos resignamos a la idea de haber de desaparecer un día, y la crítica del gran Pedante no nos consuela.

Lo sensato, a lo sumo, es aquello de Galileo Galilei, cuando decía: «Dirá alguien acaso que es acerbísimo el dolor de la pérdida de la vida, mas yo diré que es menor que los otros;

pues quien se despoja de la vida, prívase al mismo tiempo de poder quejarse no ya de esa, mas de cualquier otra pérdida.» Sentencia de un humorismo, no sé si conciente o inconciente en Galileo, pero trágico.

Y volviendo atrás, digo que si a alguna creencia pudiera estar ligada la consecución de la felicidad eterna, sería a la creencia en la posibilidad de su realización. Mas en rigor, ni aun esto. El hombre razonable dice en su cabeza: «No hay otra vida después de ésta», pero sólo el impío lo dice en su corazón. Mas aun a este mismo impío, que no es acaso sino un desesperado, ¿va un Dios humano a condenarle por su desesperación? Harta desgracia tiene con ella.

Pero de todos modos, tomemos el lema calderoniano en su *La vida es sueño*:

que estoy soñando y que quiero  
obrar bien, pues no se pierde  
el hacer bien aun en sueños.

¿De veras no se pierde? ¿Lo sabía Calderón?

Y añadía:

Acudamos a lo eterno  
que es la fama vividora  
donde ni duermen las dichas  
ni las grandezas reposan.

¿De veras? ¿Lo sabía Calderón?

Calderón tenía fe, robusta fe católica; pero al que no puede tenerla, al que no puede creer en lo que D. Pedro Calderón de la Barca creía, le queda siempre lo de Obermann.

Hagamos que la nada, si es que no está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino, y aun sin esperanza de victoria; peleemos contra él quijotesicamente.

Y no sólo se pelea contra él anhelando lo irracional, sino obrando de modo que nos hagamos insustituíbles, acuñando en los demás nuestra marca y cifra, obrando sobre nuestros

prójimos para dominarlos; dándonos a ellos, para eternizarnos en lo posible.

Ha de ser nuestro mayor esfuerzo el de hacernos insustituibles, el de hacer una verdad práctica el hecho teórico—si es que esto de hecho teórico no envuelve una contradicción *in adiecto*—de que es cada uno de nosotros único e irreemplazable, de que no pueda llenar otro el hueco que dejemos al morirnos.

Cada hombre es, en efecto, único e insustituible; otro yo no puede darse; cada uno de nosotros—nuestra alma, no nuestra vida—vale por el Universo todo. Y digo el espíritu y no la vida, porque el valor, ridículamente excesivo, que conceden a la vida humana los que no creyendo en realidad en el espíritu, es decir, en su inmortalidad personal, peroran contra la guerra y contra la pena de muerte, v. gr., es un valor que se lo conceden precisamente por no creer de veras en el espíritu, a cuyo servicio está la vida. Porque sólo sirve la vida en cuanto a su dueño y señor, el espíritu, sirve, y si el dueño perece con la sierva, ni uno ni otra valen gran cosa.

Y el obrar de modo que sea nuestra aniquilación una injusticia, que nuestros hermanos, hijos y los hijos de nuestros hermanos y sus hijos, reconozcan que no debimos haber muerto, es algo que está al alcance de todos.

El fondo de la doctrina de la redención cristiana, es que sufrió pasión y muerte el único hombre, esto es, el Hombre, el Hijo del Hombre, o sea el Hijo de Dios, que no mereció por su inocencia haberse muerto, y que esta divina víctima propiciatoria se murió para resucitar y resucitarnos, para librarnos de la muerte aplicándonos sus méritos y enseñándonos el camino de la vida. Y el Cristo que se dió todo a sus hermanos en humanidad sin reservarse nada, es el modelo de acción.

Todos, es decir, cada uno puede y debe proponerse dar de sí todo cuanto puede dar, más aún de lo que puede dar, excederse, superarse a sí mismo, hacerse insustituible, darse a los demás para recogerse de ellos. Y cada cual en su oficio, en su

vocación civil. La palabra oficio, *officium*, significa obligación, deber, pero en concreto, y eso debe significar siempre en la práctica. Sin que se deba tratar acaso tanto de buscar aquella vocación que más crea uno que se le acomoda y cuadra, cuanto de hacer vocación del menester en que la suerte o la Providencia o nuestra voluntad nos han puesto.

El más grande servicio acaso que Lutero ha rendido a la civilización cristiana, es el de haber establecido el valor religioso de la propia profesión civil, quebrantando la noción monástica y medieval de la vocación religiosa, noción envuelta en nieblas pasionales e imaginativas y engendradora de terribles tragedias de vida. Si se entrara por los claustros a inquirir qué sea eso de la vocación de pobres hombres a quienes el egoísmo de sus padres les encerró de pequeñitos en la celda de un noviciado, y de repente despiertan a la vida del mundo, si es que despiertan alguna vez! ¡O los que en un trabajo de propia sugestión se engañaron! Y Lutero, que lo vió de cerca y lo sufrió, pudo entender y sentir el valor religioso de la profesión civil que a nadie liga por votos perpetuos.

Cuanto respecto a las vocaciones de los cristianos nos dice el Apóstol en el capítulo IV de su Epístola a los Efesios, hay que trasladarlo a la vida civil, ya que hoy entre nosotros el cristiano—sépallo o no y quiéralo o no—es el ciudadano, y en el caso en que él, el Apóstol, exclamó: «¡soy ciudadano romano!», exclamaríamos cada uno de nosotros, aun los ateos: ¡soy cristiano! Y ello exige *civilizar* el cristianismo, esto es, hacerlo civil deseclesiastizándolo, que fue la labor de Lutero, aunque luego él, por su parte, hiciese iglesia.

*The right man in the right place*, dice una sentencia inglesa: el hombre que conviene en el puesto que le conviene. A lo que cabe replicar: ¡zapatero, a tus zapatos! ¿Quién sabe el puesto que mejor conviene a uno y para el que está más apto? ¿Lo sabe él mejor que los demás? ¿Lo saben los demás mejor que él? ¿Quién mide capacidades y aptitudes? Lo religioso es, sin duda, tratar de hacer que sea nuestra vocación el puesto

en que nos encontramos, y en último caso, cambiarlo por otro.

Este de la propia vocación, es acaso el más grave y más hondo problema social, el que está en la base de todos ellos. La llamada por antonomasia cuestión social, es acaso, más que un problema de reparto de riquezas, de productos del trabajo, un problema de reparto de vocaciones, de modos de producir. No por la aptitud—casi imposible de averiguar sin ponerla antes a prueba y no bien especificada en cada hombre, ya que para la mayoría de los oficios el hombre no nace, sino que se hace,—no por la aptitud especial, sino por razones sociales, políticas, rituales, se ha venido determinando el oficio de cada uno. En unos tiempos y países, las castas religiosas y la herencia; en otros, las gildas y gremios; luego, la máquina, la necesidad casi siempre, la libertad casi nunca. Y llega lo trágico de ello a esos oficios de lenocinio en que se gana la vida vendiendo el alma, en que el obrero trabaja a conciencia no ya de la inutilidad, sino de la perversidad social de su trabajo, fabricando el veneno que ha de ir matándole, el arma acaso con que asesinarán a sus hijos. Este, y no el del salario, es el problema más grave.

En mi vida olvidaré un espectáculo que pude presenciar en la ría de Bilbao, mi pueblo natal. Martillaba a sus orillas no sé qué cosa, en un astillero, un obrero, y hacía a desgana, como quien no tiene fuerzas o no va sino a pretextar su salario, cuando de pronto se oyó un grito de una mujer: «¡Socorro!» Y era que un niño cayó a la ría. Y aquel hombre se transformó en un momento, y con una energía, presteza y sangre fría admirables, se alijó de ropa y se echó al agua a salvar al pequeño.

Lo que da acaso su menor ferocidad al movimiento socialista agrario es que el gañán del campo, aunque no gane más ni viva mejor que el obrero industrial o minero, tiene una más clara conciencia del valor social de su trabajo. No es lo mismo sembrar trigo que sacar diamantes de la tierra.

Y acaso el mayor progreso social consiste en una cierta in-

diferenciación del trabajo, en la facilidad de dejar uno para tomar otro, no ya acaso más lucrativo, sino más noble—porque hay trabajos más y menos nobles.—Mas suele suceder con triste frecuencia, que ni el que ocupa una profesión y no la abandona suele preocuparse de hacer vocación religiosa de ella, ni el que la abandona y va en busca de otra lo hace con religiosidad de propósito.

Y, ¿no conocéis, acaso, casos en que uno, fundado en que el organismo profesional a que pertenece y en que trabaja está mal organizado y no funciona como debiera, se hurta al cumplimiento estricto de su deber, a pretexto de otro deber más alto? ¿No llaman a este cumplimiento ordenancismo y no hablan de burocracia y de fariseísmo de funcionarios? Y ello suele ser a las veces como si un militar inteligente y muy estudioso, que se ha dado cuenta de las deficiencias de la organización bélica de su patria, y se las ha denunciado a sus superiores y tal vez al público—cumpliendo en ello su deber,—se negara a ejecutar en campaña una operación que se le ordenase, por estimarla de escasísima probabilidad de buen éxito, o tal vez de seguro fracaso mientras no se corrigiesen aquellas deficiencias. Merecía ser fusilado. Y en cuanto a lo de fariseísmo...

Y queda siempre un modo de obedecer mandando, un modo de llevar a cabo la operación que se estima absurda, corrigiendo su absurdidad, aunque sólo sea con la propia muerte. Cuando en mi función burocrática me he encontrado alguna vez con alguna disposición legislativa que por su evidente absurdidad estaba en desuso, he procurado siempre aplicarla. Nada hay peor que una pistola cargada en un rincón, y de la que no se usa; llega un niño, se pone a jugar con ella y mata a su padre. Las leyes en desuso son las más terribles de las leyes, cuando el desuso viene de lo malo de la ley.

Y esto no son vaguedades, y menos en nuestra tierra. Porque mientras andan algunos por acá buscando yo no sé qué deberes y responsabilidades ideales, esto es, ficticios, ellos mismos no ponen su alma toda en aquel menester inmediato y

concreto de que viven, y los demás, la inmensa mayoría, no cumplen con su oficio sino para eso que se llama vulgarmente cumplir—*para cumplir*, frase terriblemente inmoral,—para salir del paso, para hacer que se hace, para dar pretexto y no justicia al emolumento, sea de dinero o de otra cosa.

Aquí tenéis un zapatero que vive de hacer zapatos, y que los hace con el esmero preciso para conservar su clientela y no perderla. Ese otro zapatero vive en un plano espiritual algo más elevado, pues que tiene el amor propio del oficio, y por pique o pundonor se esfuerza en pasar por el mejor zapatero de la ciudad o del reino, aunque esto no le dé ni más clientela ni más ganancia, y sí sólo más renombre y prestigio. Pero hay otro grado aún mayor de perfeccionamiento moral en el oficio de la zapatería, y es tender a hacerse para con sus parroquianos el zapatero único e insustituible, el que de tal modo les haga el calzado que tengan que echarlo de menos cuando se les muera—«se *les* muera», y no sólo «se muera»,—y piensen ellos, sus parroquianos, que no debía haberse muerto, y esto así porque les hizo calzado pensando en ahorrarles toda molestia y que no fuese el cuidado de los pies lo que les impidiera vagar a la contemplación de las más altas verdades; les hizo el calzado por amor a ellos y por amor a Dios en ellos, se lo hizo por religiosidad.

Adrede he escogido este ejemplo, que acaso os parezca pedestre. Y es porque el sentimiento, no ya ético, sino religioso, de nuestras respectivas zapaterías, anda muy bajo.

Los obreros se asocian, forman sociedades cooperativas y de resistencia, pelean muy justa y noblemente por el mejoramiento de su clase; pero no se ve que esas asociaciones influyan gran cosa en la moral del oficio. Han llegado a imponer a los patronos el que éstos tengan que recibir al trabajo a aquellos que la sociedad obrera respectiva designe en cada caso, y no a otros; pero de la selección técnica de los designados se cuidan bien poco. Ocasiones hay en que apenas si le cabe al patrono rechazar al inepto por su ineptitud, pues defienden



ésta sus compañeros. Y cuando trabajan, lo hacen a menudo, no más que por cumplir, por pretextar el salario, cuando no lo hacen mal aposta para perjudicar al amo, que se dan casos de ello.

En aparente justificación de todo lo cual cabe decir que los patronos por su parte, cien veces más culpables que sus obreros, maldito si se cuidan ni de pagar mejor al que mejor trabaja, ni de fomentar la educación general y técnica del obrero, ni mucho menos de la bondad intrínseca del producto. La mejora de este producto que debía ser en sí, aparte de razones de concurrencia industrial y mercantil, en bien de los consumidores, por caridad, lo capital, no lo es ni para patronos ni para obreros, y es que ni aquéllos ni éstos sienten religiosamente su oficio social. Ni unos ni otros quieren ser insustituibles. Mal que se agrava con esa desdichada forma de sociedades y empresas industriales anónimas, donde con la firma personal, se pierde hasta aquella vanidad de acreditarla que sustituya al anhelo de eternizarse. Con la individualidad concreta, cimiento de toda religión, desaparece la religiosidad del oficio.

Y lo que se dice de patronos y obreros, se dice mejor de cuantos a profesiones liberales se dedican y de los funcionarios públicos. Apenas si hay servidor del Estado que sienta la religiosidad de su menester oficial y público. Nada más turbio, nada más confuso entre nosotros que el sentimiento de los deberes para con el Estado, sentimiento que oblitera aún más la Iglesia católica, que por lo que al Estado hace es, en rigor de verdad, anarquista. Entre sus ministros no es raro hallar quienes defiendan la licitud moral del matute y del contrabando, como si el que matuteando o contrabandeando desobedece a la autoridad legalmente constituída que lo prohíbe no pecara contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, que al mandar honrar padre y madre, manda obedecer a esa autoridad legal en cuanto ordene que no sea contrario, como no lo es el imponer esos tributos a la ley de Dios.

Son muchos los que, considerando el trabajo como un casti-

go, por aquello de «comerás el pan con el sudor de tu frente», no estiman el trabajo del oficio civil sino bajo su aspecto económico-político, y a lo sumo bajo su aspecto estético. Para estos tales—entre los que se cuentan principalmente los jesuitas—hay dos negocios: el negocio inferior y pasajero de ganarnos la vida, de ganar el pan para nosotros y nuestros hijos de una manera honrada—y sabido es la elasticidad de la honradez,—y el gran negocio de nuestra salvación, de ganarnos la gloria eterna. Aquel trabajo inferior o mundano no es menester llevarlo sino en cuanto sin engaño ni grave detrimento de nuestros prójimos, nos permita vivir decorosamente a la medida de nuestro rango social; pero de modo que nos vaque el mayor tiempo posible para atender al otro gran negocio. Y hay quienes elevándose un poco sobre esa concepción, más que ética, económica, del trabajo de nuestro oficio civil, llegan hasta una concepción y un sentimiento estéticos de él, que se cifran en adquirir lustre y renombre en nuestro oficio, y hasta en hacer de él arte por el arte mismo, por la belleza. Pero hay que elevarse aún más, a un sentimiento ético de nuestro oficio civil que deriva y descende de nuestro sentimiento religioso, de nuestra hambre de eternización. El trabajar cada uno en su propio oficio civil, puesta la vida en Dios, por amor a Dios, lo que vale decir por amor a nuestra eternización, es hacer de ese trabajo una obra religiosa.

El texto aquel de «comerás el pan con el sudor de tu frente», no quiere decir que condenase Dios al hombre al trabajo, sino a la penosidad de él. Al trabajo mismo no pudo condenarle, porque es el trabajo el único consuelo práctico de haber nacido. Y la prueba de que no le condenó al trabajo mismo está, para un cristiano, en que al ponerle en el Paraíso, antes de la caída, cuando se hallaba aún en su estado de inocencia, dice la Escritura que le puso en él para que lo guardase y lo labrase (Génesis, II. 15). Y de hecho, ¿en qué iba a pasar el tiempo en el Paraíso si no lo trabajaba? ¿Y es que acaso la visión beatífica misma no es una especie de trabajo?

Y aun cuando el trabajo fuese nuestro castigo, deberíamos tender a hacer de él, del castigo mismo, nuestro consuelo y nuestra redención, y de abrazarnos a alguna cruz, no hay para cada uno otra mejor que la cruz del trabajo de su propio oficio civil. Que no nos dijo el Cristo «toma mi cruz y sígueme», sino «toma tu cruz y sígueme»; cada uno la suya, que la del Salvador él solo la lleva. Y no consiste, por lo tanto, la imitación de Cristo en aquel ideal monástico que resplandece en el libro que lleva el nombre vulgar del Kempis, ideal sólo aplicable a un muy limitado número de personas, y, por lo tanto, anticristiano, sino que imitar a Cristo es tomar cada uno su cruz, la cruz de su propio oficio civil, como Cristo tomó la suya, la de su oficio, civil también a la par que religioso, y abrazarse a ella y llevarla puesta la vista en Dios y tendiendo a hacer una verdadera oración de los actos propios de ese oficio. Haciendo zapatos y por hacerlos, se puede ganar la gloria si se esfuerza el zapatero en ser como zapatero perfecto como es perfecto nuestro Padre celestial.

Ya Fourier, el soñador socialista, soñaba con hacer el trabajo atrayente en sus falansterios por la libre elección de las vocaciones y por otros medios. El único es la libertad. El encanto del juego de azar, que es trabajo, ¿de qué depende sino de que se somete uno libremente a la libertad de la Naturaleza, esto es, al azar? Y no nos perdamos en un cotejo entre el trabajo y el deporte.

Y el sentimiento de hacernos insustituibles, de no merecer la muerte, de hacer que nuestra aniquilación, si es que nos está reservada, sea una injusticia, no sólo debe llevarnos a cumplir religiosamente, por amor a Dios y a nuestra eternidad y eternización, nuestro propio oficio, sino a cumplirlo apasionadamente, trágicamente si se quiere. Debe llevarnos a esforzarnos por sellar a los demás con nuestro sello, por perpetuarnos en ellos y en sus hijos, dominándolos, por dejar en todo imperecedera nuestra cifra. La más fecunda moral es la moral de la imposición mutua.

Ante todo, cambiar en positivos los mandamientos que en forma negativa nos legó la Ley Antigua. Y así donde se nos dijo: ¡no mentirás!, entender que nos dice: ¡dirás siempre la verdad, oportuna o inoportunamente! aunque sea cada uno de nosotros, y no los demás, quien juzgue en cada caso de esa oportunidad. Y donde se nos dijo: ¡no matarás!, entender: ¡darás vida y la acrecentarás! Y donde: ¡no hurtarás!, que dice: ¡acrecentarás la riqueza pública! Y donde: ¡no cometerás adulterio!, esto: ¡darás a tu tierra y al cielo hijos sanos, fuertes y buenos! Y así todo lo demás.

El que no pierda su vida, no la logrará. Entrégate, pues, a los demás, pero para entregarte a ellos domínalos primero. Pues no cabe dominar sin ser dominado. Cada uno se alimenta de la carne de aquel a quien devora. Para dominar al prójimo, hay que conocerlo y quererlo. Tratando de imponerle mis ideas, es como recibo las suyas. Amar al prójimo, es querer que sea como yo, que sea otro yo, es decir, es querer yo ser él; es querer borrar la divisoria entre él y yo, suprimir el mal. Mi esfuerzo por imponerme a otro, por ser y vivir yo en él y de él, por hacerle mío—que es lo mismo que hacerme suyo,—es lo que da sentido religioso a la colectividad, a la solidaridad humana.

El sentimiento de solidaridad parte de mí mismo; como soy sociedad, necesito adueñarme de la sociedad humana; como soy un producto social, tengo que socializarme y de mí voy a Dios—que soy yo proyectado al Todo—y de Dios a cada uno de mis prójimos.

De primera intención protesto contra el inquisidor, y a él prefiero el comerciante que viene a colocarme sus mercancías; pero si recojido en mí mismo lo pienso mejor, veré que aquél, el inquisidor, cuando es de buena intención, me trata como a un hombre, como a un fin en sí, pues si me molesta es por el caritativo deseo de salvar mi alma, mientras que el otro no me considera sino como a un cliente, como a un medio, y su indulgencia y tolerancia no es en el fondo sino la más absoluta

indiferencia respecto a mi destino. Hay mucha más humanidad en el inquisidor.

Como suele haber mucho más humanidad en la guerra que no en la paz. La no resistencia al mal implica resistencia al bien, y aun fuera de la defensiva, la ofensiva misma es lo más divino acaso de lo humano. La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor; es la guerra la que, por el choque y la agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos, y les ha hecho conocerse y quererse. El más puro y más fecundo abrazo de amor que se den entre sí los hombres, es el que sobre el campo de batalla se dan el vencedor y el vencido. Y aun el odio depurado que surge de la guerra es fecundo. La guerra es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio; Caín se redime como general de ejércitos. Y si Caín no hubiese matado a su hermano Abel, habría acaso muerto a manos de éste. Dios se reveló sobre todo en la guerra; empezó siendo el Dios de los ejércitos, y uno de los mayores servicios de la cruz es el de defender en la espada la mano que esgrime ésta.

Fue Caín el fratricida, el fundador del Estado, dicen los enemigos de éste. Y hay que aceptarlo y volverlo en gloria del Estado, hijo de la guerra. La civilización empezó el día en que un hombre, sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajos de lujo. Fue la esclavitud lo que permitió a Platón especular sobre la república ideal, y fue la guerra la que trajo la esclavitud. No en vano es Atena la diosa de la guerra y de la ciencia. Pero, ¿será menester repetir una vez más estas verdades tan obvias, mil veces desatendidas y que otras mil vuelven a renacer?

El precepto supremo que surge del amor a Dios y la base de toda moral es éste: entrégate por entero; da tu espíritu para salvarlo, para eternizarlo. Tal es el sacrificio de vida.

Y el entregarse supone, lo he de repetir, imponerse. La verdadera moral religiosa es en el fondo agresiva, invasora.

El individuo en cuanto individuo, el miserable individuo

que vive preso del instinto de conservación y de los sentidos, no quiere sino conservarse, y todo su hipo es que no penetren los demás en su esfera, que no le inquieten, que no le rompan la pereza, a cambio de lo cual, o para dar ejemplo y norma, renuncia a penetrar él en los otros, a romperles la pereza, a inquietarles, a apoderarse de ellos. El «no hagas a otro lo que para ti no quieras», lo traduce él así: yo no me meto con los demás; que no se metan los demás conmigo. Y se achica y se engurruña y perece en esta avaricia espiritual y en esta moral repulsiva del individualismo anárquico: cada uno para sí. Y como cada uno no es él mismo, mal puede ser para sí.

Mas así que el individuo se siente en la sociedad, se siente en Dios, y el instinto de perpetuación le enciende en amor a Dios y en caridad dominadora, busca perpetuarse en los demás, perennizar su espíritu, eternizarlo, desclavar a Dios, y sólo anhela sellar su espíritu en los demás espíritus y recibir el sello de éstos. Es que se sacudió de la pereza y de la avaricia espirituales.

La pereza, se dice, es la madre de todos los vicios, y la pereza, en efecto, engendra los dos vicios, la avaricia y la envidia, que son a su vez fuente de todos los demás. La pereza es el peso de la materia, de suyo inerte, en nosotros, y esa pereza, mientras nos dice que trata de conservarnos por el ahorro, en realidad no trata sino de amenguarnos, de anonadarnos.

Al hombre o le sobra materia o le sobra espíritu, o mejor dicho, o siente hambre de espíritu, esto es, de eternidad, o hambre de materia, resignación a anonadarse. Cuando le sobra espíritu y siente hambre de más de él, lo vierte y derrama fuera, y al derramarlo, se le acrecienta con lo de los demás; y, por el contrario, cuando, avaro de sí mismo, se recoge en sí pensando mejor conservarse, acaba por perderlo todo, y le ocurre lo que al que recibió un solo talento: lo enterró para no perderlo, y se quedó sin él. Porque al que tiene, se le dará; pero al que no tiene sino poco, hasta eso poco le será quitado.

Sed perfectos como vuestro Padre Celestial lo es, se nos dijo, y este terrible precepto —terrible porque la perfección infinita del Padre nos es inasequible— debe ser nuestra suprema norma de conducta. El que no aspire a lo imposible, apenas hará nada hacedero que valga la pena. Debemos aspirar a lo imposible, a la perfección absoluta e infinita, y decir al Padre: ¡Padre, no puedo; ayuda a mi impotencia! Y Él lo hará en nosotros.

Y ser perfecto es serlo todo, es ser yo y ser todos los demás, es ser humanidad, es ser universo. Y no hay otro camino para ser todo lo demás sino darse a todo, y cuando todo sea en todo, todo será en cada uno de nosotros. La apocatástasis es más que un ensueño místico, es una norma de acción, es un faro de altas hazañas.

De donde la moral invasora, dominadora, agresiva, inquisidora, si queréis. Porque la caridad verdadera es invasora, y consiste en meter mi espíritu en los demás espíritus, en darles mi dolor como pábulo y consuelo a sus dolores, en despertar con mi inquietud sus inquietudes, en aguzar su hambre de Dios con mi hambre de Él. La caridad no es brezar y adormecer a nuestros hermanos en la inercia y modorra de la materia, sino despertarles en la zozobra y el tormento del espíritu.

A las catorce obras de misericordia que se nos enseñó en el Catecismo de la doctrina cristiana, habría que añadir a las veces una más, y es la de despertar al dormido. A las veces por lo menos, y desde luego cuando el dormido duerme al borde de una sima, el despertarle es mucho más misericordioso que enterrarle después de muerto, pues dejemos que los muertos entierren a sus muertos. Bien se dijo aquello de «quien bien te quiera, te hará llorar», y la caridad suele hacer llorar. «El amor que no mortifica, no merece tan divino nombre», decía el encendido apóstol portugués Fr. Thomé de Jesús (*Trabalhos de Jesus*, parte primera); el de esta jaculatoria: «¡Oh fuego infinito, oh amor eterno, que si no tienes donde abrazes y te alargues y muchos corazones a que quemes, lloras!» El que ama

al prójimo, le quema el corazón, y el corazón, como la leña fresca, cuando se quema, gime y destila lágrimas.

Y el hacer eso es generosidad, una de las dos virtudes madres que surgen cuando se vence a la inercia, a la pereza. Las más de nuestras miserias vienen de avaricia espiritual.

El remedio al dolor, que es, dijimos, el choque de la conciencia en la inconciencia, no es hundirse en ésta, sino elevarse a aquélla y sufrir más. Lo malo del dolor se cura con más dolor, con más alto dolor. No hay que darse opio, sino poner vinagre y sal en la herida del alma, porque cuando te duermas y no sientas ya el dolor, es que no eres. Y hay que ser. No cerréis, pues, los ojos a la Esfinge acongojadora, sino miradla cara a cara, y dejad que os coja y os masque en su boca de cien mil dientes venenosos y os trague. Veréis qué dulzura cuando os haya tragado, qué dolor más sabroso.

Y a esto se va prácticamente por la moral de la imposición mutua. Los hombres deben tratar de imponerse los unos a los otros, de darse mutuamente sus espíritus, de sellarse mutuamente las almas.

Es cosa que da en qué pensar eso de que hayan llamado a la moral cristiana moral de esclavos, ¿quiénes? ¡Los anarquistas! El anarquismo sí que es moral de esclavos, pues sólo el esclavo canta a la libertad anárquica. ¡Anarquismo, no!, sino *panarquismo*; no aquello de ni Dios ni amo, sino todos dioses y amos todos, todos esforzándose por divinizarse, por inmortalizarse. Y para ello dominando a los demás.

¡Y hay tantos modos de dominar! A las veces, hasta pasivamente, al parecer al menos, se cumple con esta ley de vida. El acomodarse al ámbito, el imitar, el ponerse uno en lugar de otro, la simpatía, en fin, además de ser una manifestación de la unidad de la especie, es un modo de expansionarse, de ser otro. Ser vencido, o por lo menos aparecer vencido, es muchas veces vencer; tomar lo de otro, es un modo de vivir en él.

Y es que al decir dominar, no quiero decir como el tigre.



También domina el zorro por la astucia, y la liebre huyendo, y la víbora por su veneno, y el mosquito por su pequeñez, y el calamar por su tinta con que oscurece el ámbito y huye. Y nadie se escandalice de esto, pues el mismo Padre de todos, que dió fiereza, garras y fauces al tigre, dió astucia al zorro, patas veloces a la liebre, veneno a la víbora, pequeñez al mosquito y tinta al calamar. Y no consiste la nobleza o innobleza en las armas que se use, pues cada especie, y hasta cada individuo, tiene las suyas, sino en cómo se las use, y, sobre todo, en el fin para que uno las esgrima.

Y entre las armas de vencer hay también la de la paciencia y la resignación apasionadas, llenas de actividad y de anhelos anteriores. Recordad aquel estupendo soneto del gran luchador, del gran inquietador puritano Juan Milton, el secuaz de Crómwell y cantor de Satanás, el que al verse ciego y considerar su luz apagada e inútil en él aquel talento cuya ocultación es muerte, oye que la Paciencia le dice: «Dios no necesita ni de obra de hombre ni de sus dones; quienes mejor llevan su blando yugo, le sirven mejor; su estado es regio; miles hay que se lanzan a su señal y corren sin descanso tierras y mares, pero también le sirven los que no hacen sino estarse y aguardar.»

*They also serve who only stand and wait.* Sí, también le sirven los que sólo se están aguardándole, pero es cuando le aguardan apasionadamente, hambrientamente, llenos de anhelo de inmortalidad en El.

Y hay que imponerse, aunque sólo sea por la paciencia. «Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso»—decía un poeta egoísta y de un pueblo de avaros. No, en mi vaso beben todos, quiero que todos beban de él; se lo doy, y mi vaso crece, según el número de los que en él beben, y todos, al poner en él sus labios, dejan allí algo de su espíritu. Y bebo también de los vasos de los demás, mientras ellos beben del mío. Porque cuanto más soy de mí mismo, y cuanto soy más yo mismo, más soy de los demás; de la plenitud de mí mismo me

vierto a mis hermanos, y al verterme a ellos, ellos entran en mí.

«Sed perfectos como vuestro Padre», se nos dijo, y nuestro Padre es perfecto porque es El, y es cada uno de sus hijos que en El viven, son y se mueven. Y el fin de la perfección, es que seamos todos una sola cosa (Juan, XVII. 21), todos un cuerpo en Cristo (Rom., XII. 5), y que, al cabo, sujetas todas las cosas al Hijo, el Hijo mismo se sujete a su vez a quien le sujetó todo para que Dios sea todo en todos. Y esto es hacer que el Universo sea conciencia; hacer de la Naturaleza sociedad, y sociedad humana. Y entonces se le podrá a Dios llamar Padre a boca llena.

Ya sé que los que dicen que la ética es ciencia, dirán que todo esto que vengo exponiendo no es más que retórica; pero cada cual tiene su lenguaje y su pasión. Es decir, el que la tiene, y el que no tiene pasión, de nada le sirve tener ciencia.

Y a la pasión que se expresa por esta retórica, le llaman egotismo los de la ciencia ética, y el tal egotismo es el único verdadero remedio del egoísmo, de la avaricia espiritual, del vicio de conservarse y ahorrarse, y no de tratar de perennizarse dándose.

«No seas, y podrás más que todo lo que es», decía nuestro Fr. Juan de los Angeles en uno de sus *Diálogos de la conquista del reino de Dios* (Dial., III. 8); pero ¿qué quiere decir eso de no seas? ¿No querrá, acaso, decir paradójicamente, como a menudo en los místicos sucede, lo contrario de lo que tomado a la letra y a primera lección dice? ¿No es una inmensa paradoja, un gran contrasentido trágico, más bien, la moral toda de la sumisión y del quietismo? La moral monástica, la puramente monástica, ¿no es un absurdo? Y llamo aquí moral monástica a la del cartujo solitario, a la del eremita, que huye del mundo—llevándolo acaso consigo—para vivir sólo y a solas con un Dios sólo también y solitario; no a la del dominico inquisidor, que recorre la Provenza a quemar corazones de albigenses.

«¡Que lo haga todo Dios!»—dirá alguien;—pero es que si el hombre se cruza de brazos, Dios se echa a dormir.

Esa moral cartujana y la otra moral científica, la que sacan de la ciencia ética—¡oh la ética como ciencia! ¡la ética racional y racionalista! ¡pedantería de pedanterías y todo pedantería!,—eso sí que puede ser egoísmo y frialdad de corazón.

Hay quien dice aislarse con Dios para mejor salvarse, para mejor redimirse; pero es que la redención tiene que ser colectiva, pues que la culpa lo es. «Lo religioso es la determinación de totalidad, y todo lo que está fuera de esto es engaño de los sentidos, por lo cual el mayor criminal es, en el fondo, inocente y un hombre bondadoso un santo.» Así Kierkegaard (*Afsluttende*, etc., II, II, cap. IV, sect. II., A.)

¿Y se comprende, por otra parte, que se quiera ganar la otra vida, la eterna, renunciando a ésta, a la temporal? Si algo es la otra vida, ha de ser continuación de ésta, y sólo como continuación, más o menos depurada, de ella la imagina nuestro anhelo, y si así es, cuál sea esta vida del tiempo será la de la eternidad.

«Este mundo y el otro son como dos mujeres de un solo marido, que si agradas a la una, mueves a la otra a envidia»—dice un pensador árabe, citado por Windelband (*Das Heilige*, en el vol. II de *Präludien*);—mas tal pensamiento no ha podido brotar sino de quien no ha sabido resolver en una lucha fecunda, en una contradicción práctica, el conflicto trágico entre su espíritu y el mundo. «Venga a nos el tu reino», nos enseñó el Cristo a pedir a su Padre, y no «vayamos al tu reino», y según las primitivas creencias cristianas, la vida eterna había de cumplirse sobre esta misma tierra, y como continuación de la de ella. Hombres y no ángeles se nos hizo, para que buscásemos nuestra dicha a través de la vida, y el Cristo de la fe cristiana no se angelizó, sino que se humanó, tomando cuerpo real y efectivo, y no apariencia de él para redimirnos. Y según esa misma fe, los ángeles, hasta los más encumbrados, adoran

a la Virgen, símbolo supremo de la Humanidad terrena. No es, pues, el ideal angélico un ideal cristiano, y desde luego no lo es humano, ni puede serlo. Es, además, un ángel algo neutro, sin sexo y sin patria.

No nos cabe sentir la otra vida, la vida eterna, lo he repetido ya varias veces, como una vida de contemplación angélica; ha de ser vida de acción. Decía Goethe que «el hombre debe creer en la inmortalidad; tiene para ello un derecho conforme a su naturaleza». Y añadía así: «La convicción de nuestra perduración me brota del concepto de la actividad. Si obro sin tregua hasta mi fin, la Naturaleza está obligada—*so ist die Natur verpflichtet*—a proporcionarme otra forma de existencia, ya que mi actual espíritu no puede soportar más.» Cambiad lo de Naturaleza por Dios, y tendréis un pensamiento que no deja de ser cristiano, pues los primeros padres de la Iglesia no creyeron que la inmortalidad del alma fuera un dón natural—es decir, algo racional,—sino un dón divino de gracia. Y lo que es de gracia suele ser, en el fondo, de justicia, ya que la justicia es divina y gratuita, no natural. Y agregaba Goethe: «No sabría empezar nada con una felicidad eterna, si no me ofreciera nuevas tareas y nuevas dificultades a que vencer.» Y así es, la ociosidad contemplativa no es dicha.

Mas, ¿no tendrá alguna justificación la moral eremítica, cartujana, la de la Tebaida? ¿No se podrá, acaso, decir que es menester se conserven esos tipos de excepción para que sirvan de eterno modelo a los otros? ¿No crían los hombres caballos de carrera, inútiles para todo otro menester utilitario, pero que mantienen la pureza de la sangre y son padres de excelentes caballos de tiro y de silla? ¿No hay, acaso, un lujo ético, no menos justificable que el otro? Pero, por otra parte, ¿no es esto, en el fondo, estética y no moral, y mucho menos religión? ¿No es que será estético y no religioso, ni siquiera ético, el ideal monástico contemplativo medieval? Y al fin los de entre aquellos solitarios que nos han contado sus coloquios a solas con Dios, han hecho una obra eternizadora, se han metido

en las almas de los demás. Y ya sólo con eso, con que el claustro haya podido darnos un Eckart, un Suso, un Taulero, un Ruisbroquio, un Juan de la Cruz, una Catalina de Siena, una Angeles de Foligno, una Teresa de Jesús, está justificado el claustro.

Pero nuestras Órdenes españolas son, sobre todo, la de Predicadores, que Domingo de Guzmán instituyó para la obra agresiva de extirpar la herejía, la Compañía de Jesús, una milicia en medio del mundo, y con ello está dicho todo, la de las Escuelas Pías, para la obra también invasora de la enseñanza... Ciertamente es que se me dirá que también la reforma del Carmelo, Orden contemplativa que emprendió Teresa de Jesús, fue obra española. Sí, española fue, y en ella se buscaba libertad.

Era el ansia de libertad, de libertad interior, en efecto, lo que en aquellos revueltos tiempos de Inquisición llevaba a las almas escojidas al claustro. Encarcelábanse para ser mejor libres. «¿No es linda cosa que una pobre monja de San José pueda llegar a enseñorear toda la tierra y elementos?» decía en su *Vida Santa* Teresa. Era el ansia pauliniana de libertad, de sacudirse de la ley externa, que era bien dura, y, como decía el Maestro Fray Luis de León, bien cabezuda entonces.

¿Pero lograron libertad así? Es muy dudoso que la lograsen, y hoy imposible. Porque la verdadera libertad no es esa de sacudirse de la ley externa; la libertad es la conciencia de la ley. Es libre no el que se sacude de la ley, si no el que se adueña de ella. La libertad hay que buscarla en medio del mundo que es donde vive la ley, y con la ley la culpa, su hija. De lo que hay que libertarse es de la culpa, que es colectiva.

En vez de renunciar al mundo para dominarlo—¿quién no conoce el instinto colectivo de dominación de las órdenes religiosas cuyos individuos renuncian al mundo?—lo que habría que hacer es dominar al mundo para poder renunciar a él. No buscar la pobreza y la sumisión, sino buscar la riqueza para emplearla en acrecentar la conciencia humana, y buscar el poder para servirse de él con el mismo fin.

Es cosa curiosa que frailes y anarquistas se combatan entre sí, cuando en el fondo profesan la misma moral y tienen un tan íntimo parentesco unos con otros. Como que el anarquismo viene a ser una especie de monacato ateo, y más una doctrina religiosa que ética o económico social. Los unos parten de que el hombre nace malo, en pecado original, y la gracia le hace luego bueno, si es que le hace tal, y los otros de que nace bueno y la sociedad le pervierte luego. Y en resolución, lo mismo da una cosa que otra, pues en ambas se opone el individuo a la sociedad, y como si precediera, y, por lo tanto, hubiese de sobrevivir, a ella. Y las dos morales son morales de claustro.

Y el que la culpa es colectiva no ha de servir para sacudirme de ella sobre los demás, sino para cargar sobre mí las culpas de los otros, las de todos; no para difundir mi culpa y anegarla en la culpa total, sino para hacer la culpa total mía; no para enajenar mi culpa, sino para ensimismarme y apropiarme, adentrándomela, la de todos. Y cada uno debe contribuir a curarla, por lo que otros no hacen. El que la sociedad sea culpable, agrava la culpa de cada uno. «Alguien tiene que hacerlo, ¿pero por qué he de ser yo?, es la frase que repiten los débiles bien intencionados. Alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no yo?, es el grito de un serio servidor del hombre que afronta cara a cara un serio peligro. Entre estas dos sentencias median siglos enteros de evolución moral.» Así dijo Mrs. Annie Besant, en su autobiografía. Así dijo la teósofa.

El que la sociedad sea culpable, agrava la culpa de cada uno, y es más culpable el que más siente la culpa. Cristo, el inocente, como conocía mejor que nadie la intensidad de la culpa, era en un cierto sentido el más culpable. En él llegó a conciencia la divinidad de la humanidad y con ella su culpabilidad. Suele dar que reír a no pocos el leer de grandísimos santos que por pequeñísimas faltas, por faltas que hacen sonreírse a un hombre de mundo, se tuvieron por los más grandes pecadores. Pero la intensidad de la culpa no se mide por el acto externo, sino por la conciencia de ella, y a uno le causa

agudísimo dolor lo que a otro apenas si un ligero cosquilleo. Y en un santo puede llegar la conciencia moral a tal plenitud y agudeza, que el más leve pecado le remuerda más que al mayor criminal su crimen. Y la culpa estriba en tener conciencia de ella, está en el que juzga y en cuanto juzga. Cuando uno comete un acto pernicioso creyendo de buena fe hacer una acción virtuosa, no podemos tenerle por moralmente culpable, y cuando otro cree que es mala una acción indiferente o acaso beneficiosa, y la lleva a cabo, es culpable. El acto pasa, la intención queda, y lo malo del mal acto es que malea la intención, que haciendo mal a sabiendas se predispone uno a seguir haciéndolo, se oscurece la conciencia. Y no es lo mismo hacer el mal que ser malo. El mal oscurece la conciencia, y no sólo la conciencia moral, si no la conciencia general, la psíquica. Y es que es bueno cuanto exalta y ensancha la conciencia, y malo lo que la deprime y amengua.

Y aquí acaso cabría aquello que ya Sócrates, según Platón, se proponía, y es si la virtud es ciencia. Lo que equivale a decir si la virtud es racional.

Los eticistas, los de que la moral es ciencia, los que al leer todas estas divagaciones dirán: ¡retórica, retórica, retórica!, creerán, me parece, que la virtud se adquiere por ciencia, por estudio racional, y hasta que las matemáticas nos ayudan a ser mejores. No lo sé, pero yo siento que la virtud, como la religiosidad, como el anhelo de no morir nunca—y todo ello es la misma cosa en el fondo—se adquiere más bien por pasión.

Pero y la pasión ¿qué es? se me dirá. No lo sé; o, mejor dicho, lo sé muy bien, porque la siento, y, sintiéndola, no necesito definírmela. Es más aún: temo que si llego a definirla, dejaré de sentirla y de tenerla. La pasión es como el dolor, y, como el dolor, crea su objeto. Es más fácil al fuego hallar combustible que al combustible fuego.

Vaciedad y sofistería habrá de aparecer esto, bien lo sé. Y se me dirá también que hay la ciencia de la pasión, y que

hay la pasión de la ciencia, y que es en la esfera moral donde la razón y la vida se aúnan.

No lo sé, no lo sé, no lo sé... Y acaso esté yo diciendo en el fondo, aunque más turbiamente, lo mismo que esos, los adversarios que me finjo para tener a quien combatir, dicen, sólo que más claro, más definida y más racionalmente. No lo sé, no lo sé... Pero sus cosas me hielan y me suenan a vaciedad afectiva.

Y volviendo a lo mismo, ¿es la virtud ciencia? ¿Es la ciencia virtud? Porque son dos cosas distintas. Puede ser ciencia la virtud, ciencia de saber conducirse bien, sin que por eso toda otra ciencia sea virtud. Ciencia es la de Maquiavelo, y no puede decirse que su *virtú* sea virtud moral siempre. Sabido es, además, que no son mejores ni los más inteligentes, ni los más instruídos.

No, no, no; ni la fisiología enseña a digerir, ni la lógica a discurrir, ni la estética a sentir la belleza o a expresarla, ni la ética a ser bueno. Y menos mal si no enseña a ser hipócrita; porque la pedantería, sea de lógica, sea de estética, sea de ética, no es en el fondo sino hipocresía.

Acaso la razón enseñe ciertas virtudes burguesas, pero no hace ni héroes ni santos. Porque santo es el que hace el bien no por el bien mismo, sino por Dios, por la eternización.

Acaso, por otra parte, la cultura, es decir, la Cultura—¡oh, la cultura!,—obra sobre todo de filósofos y de hombres de ciencia, no la han hecho ni los héroes ni los santos! Porque los santos se han cuidado muy poco del progreso de la cultura humana; se cuidaron más bien de la salvación de las almas individuales de aquellos con quienes convivían. ¿Qué significa, por ejemplo, en la historia de la cultura humana nuestro San Juan de la Cruz, aquel frailecito incandescente, como se le ha llamado culturalmente—y no sé si cultamente,—junto a Descartes?

Todos esos santos, encendidos de religiosa caridad hacia sus prójimos, hambrientos de eternización propia y ajena, que



iban a quemar corazones ajenos, inquisidores acaso; todos esos santos, ¿qué han hecho por el progreso de la ciencia de la ética? ¿Inventó acaso alguno de ellos el imperativo categórico, como lo inventó el solterón de Kœnisberg, que si no fue santo mereció serlo?

Quejábame un día el hijo de un gran profesor de ética, de uno a quien apenas si se le caía de la boca el imperativo ese, que vivía en una desoladora sequedad de espíritu, en un vacío interior. Y hube de decirle:—Es que su padre de usted, amigo mío, tenía un río soterráneo en el espíritu, una fresca corriente de antiguas creencias infantiles, de esperanzas de ultratumba; y cuando creía alimentar su alma con el imperativo ese o con algo parecido, lo estaba en realidad alimentando con aquellas aguas de la niñez. Y a usted le ha dado la flor acaso de su espíritu, sus doctrinas racionales de moral, pero no la raíz, no lo soterráneo, no lo irracional.

¿Por qué prendió aquí, en España, el krausismo y no el hegelianismo o el kantismo, siendo estos sistemas mucho más profundos, racional y filosóficamente, que aquél? Porque el uno nos le trajeron con raíces. El pensamiento filosófico de un pueblo o de una época es como su flor, es aquello que está fuera y está encima; pero esa flor, o si se quiere fruto, toma sus jugos de las raíces de la planta, y las raíces, que están dentro y están debajo de tierra, son el sentimiento religioso. El pensamiento filosófico de Kant, suprema flor de la evolución mental del pueblo germánico, tiene sus raíces en el sentimiento religioso de Lutero, y no es posible que el kantismo, sobre todo en su parte práctica, prendiese y diese flores y frutos en pueblos que ni habían pasado por la Reforma ni acaso podían pasar por ella. El kantismo es protestante, y nosotros, los españoles, somos fundamentalmente católicos. Y si Krause echó aquí algunas raíces—más que se cree, y no tan pasajeras como se supone,—es porque Krause tenía raíces pietistas, y el pietismo, como lo demostró Ritschl en la historia de él (*Geschichte der Pietismus*), tiene raíces específicamente católicas, y signi-

fica en gran parte la invasión, o más bien la persistencia del misticismo católico en el seno del racionalismo protestante. Y así se explica que se krausizaran aquí hasta no pocos pensadores católicos.

Y puesto que los españoles somos católicos, sepámoslo o no lo sepamos, queriéndolo o sin quererlo, y aunque alguno de nosotros presuma de racionalista o de ateo, acaso nuestra más honda labor de cultura y lo que vale más que de cultura, de religiosidad—si es que no son lo mismo,—es tratar de darnos clara cuenta de ese nuestro catolicismo subconciente, social o popular. Y esto es lo que he tratado de hacer en estos ensayos.

Lo que llamo el sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos es por lo menos nuestro sentimiento trágico de la vida, el de los españoles y el pueblo español, tal y como se refleja en mi conciencia, que es una conciencia española, hecha en España. Y este sentimiento trágico de la vida es el sentimiento mismo católico de ella, pues el catolicismo y mucho más el popular, es trágico. El pueblo aborrece la comedia. El pueblo, cuando Pilato, el señorito, el distinguido, el esteta, racionalista si queréis, quiere darle comedia y le presenta al Cristo en irrisión diciéndole: ¡He aquí el hombre!, se amotina y grita: ¡crucifícale! ¡crucifícale! No quiere comedia, sino tragedia. Y lo que el Dante, el gran católico, llamó comedia divina, es la más trágica tragedia que se haya escrito.

Y como he querido en estos ensayos mostrar el alma de un español y en ella al alma española, he escatimado las citas de escritores españoles prodigando, acaso en exceso, las de los de otros países. Y es que todas las almas humanas son hermanas.

Y hay una figura, una figura cómicamente trágica, una figura en que se ve todo lo profundamente trágico de la comedia humana, la figura de Nuestro Señor Don Quijote, el Cristo español, en que se cifra y encierra el alma inmortal de este mi pueblo. Acaso la pasión y muerte del Caballero de la Triste Figura es la pasión y muerte del pueblo español. Su muerte y

su resurrección. Y hay una filosofía, y hasta una metafísica quijotesca, y una lógica y una ética quijotescas también, y una religiosidad—religiosidad católica española—quijotesca. Es la filosofía, es la lógica, es la ética, es la religiosidad que he tratado de esbozar y más de sugerir que de desarrollar en estos ensayos. Desarrollarlas racionalmente no; la locura quijotesca no consiente la lógica científica.

Y ahora, antes de concluir y despedirme de mis lectores, quédame hablar del papel que le está reservado a Don Quijote en la tragi-comedia europea moderna.

Vamos a verlo en un último ensayo de éstos.

MIGUEL DE UNAMUNO



# La organización de la Marina de Inglaterra al concluir el siglo XVIII

## SU COMPARACION CON LA DE ESPAÑA (1)

---

La Marina británica, cuando Inglaterra se empeñó con España, Portugal y el Reino de las Dos Sicilias, en guerra contra la República francesa que acababa de guillotinar a Luis XVI y María Antonieta, debía estar gobernada por un gran Almirante, y no habiéndole, como entonces no le había, por el *Almirantazgo*, por lo que aún lleva el nombre, para la Gran Bretaña glorioso, el cual se hallaba compuesto de siete lores, de los que tres, a lo menos, habían de ser oficiales de Marina. El primero, que en aquel tiempo lo era Lord Chatam, equivalía á Secretario del despacho.

A más de este Tribunal, que tenía sus oficinas respectivas, había otro que se llamaba *Junta de la Armada*, compuesto de once sujetos, de los que, el presidente había de ser capitán de navío, y lo mismo los tres residentes en los tres departamentos principales. Esta Junta tenía a su cargo todo lo político y económico, y la provisión de cuanto se necesitaba para la subsistencia de la Armada. Cada miembro estaba encargado de un ramo particular, y tenía a sus órdenes el número de dependientes necesarios, aunque no formaban cuerpo ni vestían uniforme.

---

(1) Del libro inédito: *Trafalgar*, escrito por el autor por mandato de la Real Academia de la Historia.

### Departamentos.

Había seis departamentos en Inglaterra: los tres principales, mandados por Almirantes (Capitanes generales). Estos eran Portsmouth, Plymouth y Chatam, en los cuales estaba el mayor número de navíos; los otros eran Delford, Woolvich y Chernef, que servían para la construcción.

*Plymouth*, situado a la entrada del canal, tenía cinco diques, uno de ellos doble, a más de un varadero, con tres gradas, sin almacenes particulares, pues todos los pertrechos se hallaban en los generales, aunque con distinción.

Se había hecho últimamente una magnífica *cordelería*, y se trabajaba con mucho empeño en el aumento de edificios con proporción al grande incremento que en los últimos años había tomado tan gran Marina.

En el parque de Artillería no había mucho orden ni cosa particular, pero sí carronadas de todos calibres, en bastante número; y a fines de Agosto de 1793 había catorce navíos de tres puentes, dos de a ochenta cañones, diez de a setenta y cuatro y diez y nueve de sesenta y cuatro, con quince fragatas desde 32 a 20. El Hospital era magnífico.

En este departamento, así como en los demás de Inglaterra, no había más oficiales que el Almirante que mandaba y los de la dotación del buque en que tenía su insignia, tripulado con un tercio de gente; todos los demás estaban en sus casas; concurrían cuando se les llamaba para embarco, y se volvían luego que se verificaba el desarme.

*Portsmouth* contenía los edificios más esenciales, y se trabajaba en aumentarlos con empeño, por la misma razón del fomento de la Marina. Todos tenían tres altos, y estaban aislados, lo cual no sólo servía en precaución de fuego, sino también para la mejor ventilación.

Tampoco había almacenes particulares para los pertrechos de cada buque; pero éstos estaban colocados con separación en los generales.

Cada embarcación conservaba a bordo su arboladura; mas para las piezas de respeto había las correspondientes naves; y eran muy espaciosas las que se utilizaban para las lanchas y botes, aunque no eran tan grandes como las nuestras.

Había cuatro diques en este Arsenal: uno de ellos doble, y se estaba construyendo otro mayor de la propia forma.

Tenía varias gradas, herrería para fabricar anclas, y una cordelería de una nave y de largo proporcionado.

La artillería y sus pertrechos estaban en su parque, pero sin colocación metódica.

En la extensión del Arsenal había muchas cabrias para poder embarcar y desembarcar con facilidad cualquier peso.

Comprendía en su recinto la Academia de Guardias Marinas, en que sólo se les daban los primeros rudimentos, pues para embarcarse no necesitaban haber hecho examen alguno.

*Chatam* era el tercer departamento: no tenía la extensión ni edificios que los anteriores, y por esta razón estaba destinado más para la construcción y carenas que para contener gran número de buques.

*Voolwich, Delford y Chernef* se hallaban dentro del Támesis, y destinados a la construcción: no eran arsenales propiamente dichos, sino más bien astilleros.

### **Gobierno y mando en los arsenales.**

En cada departamento había un *Commisioner*, Capitán de navío, que era como un Inspector y Comandante. Su mando en todo lo económico era absoluto, y se extendía a todos los oficiales civiles, fábricas, obradores, almacenes y pertrechos, sus acopios y distribución y toda la gente de maestranza.

### **Constructores y construcción.**

Sostenía la Marina un cuerpo de ingenieros y muchos maestros constructores, de los cuales había varios en los departa-

mentos que construían según los planos aprobados por el Almirantazgo. Mas por no existir un sistema fijo, cada cual construía como mejor le parecía, aproximándose más en este carácter a nuestra antigua construcción, llamada inglesa, que a la que por aquel tiempo poseía ya España. Acabado de construir en 1792 el navío *Brunswick*, apenas botado al agua, el Capitán de navío de la Real Armada Española, D. José de Mendoza, recibió órdenes del Gobierno de Madrid, de pasar a inspeccionarlo, a estudiarlo, a remitir sus planos, y a hacer sobre su construcción cuantas observaciones creyera convenientes, por haberse introducido modificaciones en el cruzamen de las vergas. De su informe sobre este particular tomamos las notas siguientes:

«Las molduras de popa y proa, decía, son todas diferentes y de mucho gasto, y aunque esto es inútil, aquello puede ser muy conducente para poder desfigurar cualquier buque que convenga, lo cual no cabe ejecutar cuando hay uniformidad, que hace indicar necesariamente su pertenencia.

»Los navíos ingleses son, en general, más alterosos que los nuestros, y los más tienen un embono de cuatro o cinco pulgadas, que principia desde el mismo número de pies debajo del agua y termina en el canto alto de la cinta.

»Es general en los fondos el uso de la cabillería de madera, y sólo aplican en las cabezas de la tablazón pernos de cobre. Para el resto del buque, aun en obras muertas, también se sirven de cabillería.

Para el arrastre de maderas y otros grandes pesos, tienen caballerías por contrata, mediante no haber presidio en los Arsenales, pues aunque los hubo anteriormente, se quitaron por el convencimiento de que un confinado cuesta más que un peón, trabajando mucho menos.

### **Buques desarmados.**

Todos los navíos en estado de poderse armar estaban a la gira en el canal del puerto amarrados con cadenas de hierro.

Los que tenían necesidad de carenas estaban en los caños amarrados en cuatro. Y cada uno de aquéllos tenía para su custodia y limpieza constantemente uno o dos ranchos con un oficial de mar.

Tenían todos arbolados sus palos y sus masteleros y vergas a bordo con el resguardo de unas cubiertas que se formaban a un lado y otro del combés. Sin duda se usaba de este medio, por carecer de naves a propósito, las cuales se habían quemado el año 76.

Conservaban todo su lastre, el forro de cobre y los timonés calados, y la artillería la tenían en el Parque.

### Cuerpos muertos.

En todo el espacio, desde el puerto de Portsmouth hasta la rada de Spithead, que es de más de una legua, había cuerpos muertos, así para servir de amarraderos como para espiarse.

### Buques armados.

Todos tenían su reglamento, y ningún Capitán podía apartarse de él.

Las anclas y cables eran iguales en los de cada rango.

La arboladura, en lo general, no tenía tanta guinda como en nuestros buques antiguos, pero sí más cruzamen, según se usaba en los de la construcción moderna. Los masteleros disminuían muy poco para el cuello, y lo mismo las vergas en los penoles, y así podían hacerse con más seguridad esfuerzos de vela, supuesto el aumento de calceses.

Toda vela menuda era muy cumplida, y, en general, se usaba de cangreja, con grande utilidad, porque daba mucho arranque.

En todos los buques se llevaban unos pescantes cabrias para suspender las anclas, y era uso tan ventajoso, que, facilitando mucho la faena, proporcionaba poder velejear más



pronto, y evitaba el roce de la uña contra el forro de cobre y el costado.

Artillaban los navíos de ciento a ciento diez cañones, con piezas de 48 a 42 en la primera batería; de 24, en la segunda, de 12, en la tercera, y de 9, en el alcázar y castillo; los de noventa a noventa y ocho cañones tenían también tres puentes; los de setenta y cuatro, llevaban calibres de 32, 18 y 9; los de cincuenta, de 18 y 12; y las fragatas, el de a 12, excepto algunas de cuarenta que los llevaban de a 18. Estas solían llevar además seis carronadas de más calibre.

Sobre la ventaja o inutilidad de estas piezas, existían diferentes opiniones entre los oficiales; los jóvenes las pedían, pero los viejos no las querían, por recelo a sus fuertes sacudidas; pero lo cierto era que en los alcázares y castillos casi todos las llevaban, y en general, las embarcaciones pequeñas, en las cuales era innegable la ventaja y sin riesgo alguno.

Hacia 1790 empezaron los ingleses a usar otras piezas, las cuales, guardando los mismos calibres de las carronadas, tenían la ventaja de mayor largo. Venían a ser una especie de obuses montadas, como éstas, pero con pinzote.

### Fundiciones.

La Marina real no tenía a fin del siglo XVIII fábrica peculiar, y se surtía de las particulares del Reino y de la que el rey tenía de bronce en Woolvich, que se hallaba bajo la dirección del ministro de la Guerra. Era un establecimiento magnífico sobre el Támesis y a siete millas de Londres. Se fundía en todas partes en sólido, y la prueba se hacía con tres tiros del peso de la bala sobre polines. Los cartuchos los hacían con un papel de nuevo invento, como de estraza, muy resistente e incombustible. La dotación del establecimiento de Woolvich correspondía a su magnificencia.

Toda la artillería que había en los buques ingleses, tenían una llave de quita y pon de mucha utilidad, pues habiendo de

disparar el mismo que apunta, en el momento que se le presentaba el objeto, se conseguía así mayor acierto; cuando por el método ordinario, el intermedio entre la puntería y el disparo hacía casual el acierto con el continuo movimiento del buque, siendo el nuevo método tanto más ventajoso cuanto que aun en el caso de inhabilitación de la llave, quedaba el arbitrio del uso actual de la mecha, que siempre debería estar pronta.

Sobre la metralla, tenían los ingleses distintos métodos, pues algunos la usaban en saquillos como los nuestros; otros, en tubos de hojadelata con barretas de hierro cortantes, y varios unían el cartucho al saco y a éste un taco de madera, cuyo medio era muy del caso para hacer el fuego con viveza y utilidad, especialmente para obuses y artillería de corto calibre.

En general, las Porterías eran más rasgadas que las nuestras antiguas, y por consiguiente, ventajosas para poder ronzar y embicar los cañones como convenga.

El fogón era todo de hierro, aislado, de menos volumen y peso que los antiguos y más resguardados del fuego.

### Jarcias.

No usaban los ingleses en sus barcos más que una clase de jarcia después de extraída la estopa, y sólo se diferenciaba en la mena y el colche; aquélla era menor que la nuestra en toda la cabullería de labor y casi ninguna en escotas, amuras, escotines y chafaldetes, por cuyo modo se hacían las faenas de su uso con menos gente y más facilidad, y aguantaban, aunque no les durasen tanto como las colchadas.

### Velas y lonas.

No había igualdad en el velamen; poco alunamiento en las gávias y mucho en los juanetes para que no rozasen con el estay cuando se cazaban llevando aquellas con un rizo, como su-

cedía cuando iban de bolina, porque ellas portarían mal de otra manera, a causa de ser faldonas, y, por tanto, necesitar rizados.

Las lonas no tenían la calidad de las nuestras, como los mismos oficiales lo confesaban, y su ancho era sólo de dos pies, lo cual parecía del caso para dar mayor resistencia a la vela.

### **Anclas.**

En buques de aquel porte eran las anclas inglesas de mayor peso que las nuestras, y, de consiguiente, los cables de mayor mena, lo cual podía provenir de la inferioridad de su jarcia.

### **Lanchas y botes.**

En general, las lanchas y botes de los buques ingleses eran muy chicos y aligerados de madera; aquéllas eran sólo capaces de un anclote y para hacer aguada; y de éstas llevaban cuatro, cuya utilidad era muy visible, particularmente para maniobrar con presteza en tiempo de guerra.

En lugar de guindola, llevaban a la popa un botecito pendiente de dos pescantes, siempre pronto para dejarlos caer luego que se oía la voz de «hombre al agua» o para cualquiera otra urgencia.

### **Cabrestantes.**

Los cabrestantes viraban con más facilidad que los nuestros, y esta ventaja provenía de que era mayor el diámetro del sombrerete y de que las barras lo eran también.

### **Provisión de efectos.**

Surtíase la Marina inglesa de géneros por contrata; pero después se dispuso plantear fábricas u obradores en los Arsenalles, y para esto se construyeron edificios grandes, aunque nun-

ca como los que necesitaba una Marina tan considerable; bien que tampoco era preciso en un país donde con tanta facilidad y prontitud se podía sacar la provisión que fuera menester de los almacenes de las compañías y fábricas particulares, y que de los puertos del Norte traían la madera de construcción, perchería, cáñamo, betunes y bastante hierro.

### **Tripulaciones.**

Toda la gente que tripulaban las embarcaciones inglesas era voluntaria o de leva, o reclutada por enganchamiento. En tiempo de paz se votaban por el Parlamento de 18 a 20.000 marineros para los buques armados en los Departamentos; los de las escuadrillas de las Indias orientales y occidentales; en Gibraltar y en los repartidos en las costas de los tres Reinos que compone la Inglaterra.

Para el armamento también tenía votado el Parlamento 45.000 marineros, y para su adquisición se llevaba a cabo crecidos enganches y rigurosas levas, por no existir matrícula ni rol alguno; por lo cual, para principiar un armamento, se valían de la gente que recogían en el Támesis, y aunque llegaba al número de 10 ó 12.000 hombres, era mala. A pesar de este procedimiento y del alto enganche que se daba, en 1792 no pudieron armar desde Noviembre hasta Abril 26 navíos, lo cual probaba que no eran suficientes estos medios para formar una grande escuadra sin mucho retardo, sin embargo de hacer la leva con tanto rigor, que las embarcaciones mercantes que llegaban a Inglaterra estaban expuestas a perderse antes de dar fondo, porque les quitaban la gente.

### **Tropa destinada para los buques de guerra.**

Había dos regimientos, que eran como los de Ejército, en los Arsenales para su guarnición y la de los buques desarmamento en tiempo de paz. En el de guerra duplicaban su fuer-

za, y por no ser suficiente, agregaban tropa de tierra; sin embargo de embarcarse en menor número que en nuestra Armada. Sus oficiales no entraban en la sucesión del mando hasta después del último guardia marina, y no llevaban los buques artillero alguno.

### **Surtimiento de ropa a la marinería.**

El maestro de víveres de cada embarcación estaba encargado del vestuario de que se surtía por contrata.

A cada marinero se le daba el que necesitase, según el destino, y se le cargaban en su asiento, no debiendo pasar su importe del goce de un mes, y devengado éste, se le daba más si lo pedía o necesitaba.

Con esto, no sólo se conseguía la debida decencia, sino que se precavían los malos efectos que causan en la salud la desnudez y la falta de aseo.

Dábaseles también coi con manta y colchoneta, cargándolo al marinero, y con él se formaba un salchichón para parapetos en caso de zafarrancho, cubriéndolos con un encerado.

### **Hospitales.**

Eran magníficos los de Plymouth y Portsmouth, y capaces el de aquel Departamento para 12.000 enfermos, y el de éste para 2.000. Aunque toda la fábrica formaba cuerpo, estaba dividido por manzanas aisladas; así por precaución en el caso de fuego, como para la mayor posible ventilación. Era grande el aseo, y la asistencia la más puntual y esmerada. Tenían patios y portales para paseo de los convalecientes, los cuales tenían además un prado cercado para ese fin.

Era maravilloso el hospital de Greenwich, establecido en 1694 por el rey Guillermo y la reina María para los individuos de Marina que quedaban estropeados en los combates o en

faenas a bordo, o que después de cierto número de campañas no podían servir por sus achaques.

Estaba situado este majestuoso edificio sobre el Támesis y a cinco millas de Londres, y en él se daba la mejor asistencia posible, con total mantenimiento de los individuos que, después de servir a su patria, tenían aquel asilo para pasar cómoda y descansadamente el resto de su vida.

### Pilotos.

No había Cuerpo formal, ni, por consiguiente, Academia de ellos. Pero en todos los buques iba un *Master*, que, a más del pilotaje, estaba encargado del detall. No tenía graduación militar; pero sí intervención en todo lo que se refería a derrota y manejo de la embarcación.

### Oficialidad.

Los jefes principales de la Armada británica eran en 1792 el primer lord y demás lores del Almirantazgo. Los Generales, jefes y oficiales gozaban las siguientes graduaciones:

<i>Almirante</i> ,		equivalente a nuestro Capitán general.
<i>Vicealmirante</i> ,	»	Teniente general.
<i>Contralmirante</i> ,	»	Jefe de Escuadra.
<i>Capitán de navío</i> ,	»	Capitán de navío.
<i>Mester en Comender</i> ,	»	Capitán de fragata.
<i>Luistenant</i> ,	»	Teniente de navío.
<i>Michiman</i> ,	»	Guardia marina.

Los Generales se distinguían además por las Escuadras a que pertenecían; esto es, de la primera, segunda o tercera, señaladas con los colores blanco, azul y rojo.

El Almirante más antiguo se titulaba de la Armada, que equivalía a nuestro Director general.

**Número de generales en 1793.**

<i>Almirantes</i> .....	16
<i>Vicealmirantes</i> .....	25
<i>Contralmirantes</i> .....	22
<i>Idem graduados o con medio sueldo</i> .....	15
<b>TOTAL</b> .....	<b>78</b>

**Comodoros.**

Era título de mera distinción para los Capitanes de navío, que mandaban divisiones sueltas.

**Capitanes de navío.**

Los había de primera y de segunda clase, y se diferenciaban en que aquéllos, que eran en cierto número, por antigüedad, tenían mayor sueldo.

El total de esta clase y de las sucesivas en el mes de Marzo de 1793 era:

<i>Capitanes de navío</i> .....	430
<i>Idem graduados</i> .....	20
<i>Mesters en Comenders</i> .....	163
<i>Tenientes de navío</i> .....	1.435
<b>TOTAL GENERAL, comprendidos los 78 Almirantes.</b>	<b>2.126</b>

Además había gran número de *Mesters*, cuya clase se ha indicado.

**Michiman o guardias marinas.**

No había número fijo y eran de diferentes clases: la primera, que eran los propiamente guardias marinas, hacían de segundos en las guardias. Los demás servían como marineros, y entre todos habría como mil.

Los hijos de los Lores del Almirantazgo, de los Almirantes, Lores y personas de favor, servían unos siete años como guardias marinas; pasaban a tenientes, y al año eran hechos Capitanes de navío; así es que había muchos de diez y ocho a veinticuatro años de edad. Luego seguían la antigüedad rigurosamente.

### Mesas a bordo.

Los Almirantes tenían su mesa aparte, y para lo cual se les pasaba sobre el sueldo entero, una buena gratificación, y además un crecido número de criados. A los Almirantes con mando, cincuenta, y treinta sin él; a los Vicealmirantes veinte, y quince a los Contralmirantes, y de ellos se les permitía un cierto número con plaza de *marinero*.

Igualmente tenían su mesa aparte los Capitanes, y a más de sus sueldos de embarcados, con gratificación proporcionada al *número* de cañones que montaba el buque, se les concedía para criados el cuatro por ciento de la tripulación. Y proporcionalmente estaban en el mismo caso los oficiales que comían arranchados.

### Insignias.

En esto se hallaban en el mismo caso que nosotros por la nueva Ordenanza, esto es, banderas cuadras en los tres topes para las tres clases de Generales.

De la lista de los buques de la Marina Real, con expresión de sus portes, años, paraje de su construcción y destino, sacamos el dato siguiente:

### Navíos.

Del primer rango: de 100 a 110 cañones.....	5
Del segundo: de 90 a 98.....	19
Del tercero: de 64 a 80.....	108
Del cuarto: de 50 a 60.....	22
	<hr/>
	154



*Fragatas.*

De dos baterías y porte de 44 cañones.....	19
De 36 a 40.....	16
De 32 a 34.....	47
De 28.....	27
	<hr/>
	109
Buques menores del porte de 8 hasta 24 cañones.....	115
	<hr/>
<i>Total de buques</i> .....	378
	<hr/>

Según el número de navíos que hay con destino a pontones, hospitales, cuarteles, presidios y con necesidad de gran carena, puede suponerse que el número de los útiles quedaba reducido a unos 115.

**Buques en grada en los astilleros reales.**

*Navíos.*

De 100 cañones.....	2
De 98 .....	5
De 80 .....	2
De 74 .....	3
De 50 .....	3
	<hr/>
<i>Total</i> .....	15
	<hr/>

*Fragatas.*

De 32 .....	4
De 18 .....	1
De 16 .....	1
	<hr/>
<i>Total</i> .....	6
	<hr/>

Las construcciones en Inglaterra se ejecutaban con lentitud para dar lugar a que se curasen las maderas.

### Conocimientos científicos.

En general, la Marina inglesa no era tan científica como la nuestra. No tenían Academias, sino una en Portsmouth, donde sólo se enseñaba a los guardias marinas rudimentos de Matemáticas y pilotaje, y muchos se embarcaban aun sin estos principios.

No tenían Observatorios ni establecimiento alguno científico; y, como además, en tiempo de paz todos los oficiales estaban en sus casas, o donde les acomodaba, hasta que les tocaba embarcar, tenían muy escasos conocimientos de las ciencias que conciernen a la Marina. Así es que en su idioma no se hallan de aquel tiempo obras de navegación, maniobra, táctica, pilotaje, estiva, etc.

Solían, sí, ser buenos marineros y duros para el trabajo: primero, porque estaban acostumbrados a navegar en mares muy fuertes y tempestuosos, como son los de sus costas; y segundo, porque estando al cargo de la Marina Real el resguardo de éstas, había todos los años un armamento de treinta fragatas y corbetas con este objeto, a más de las escuadrillas de América y de Gibraltar; esto proporcionaba tener en ejercicio una gran parte de la oficialidad, por lo cual sobresalían más en la maniobra que en la ciencia.

### Señales.

Poco adelantada estaba la Marina inglesa en esta materia; aun usaba en 1793 de las decimales, y eran muy sucintas y con poquísima explicación, tanto en las de maniobras generales, como en las de táctica.

### Ordenanzas.

Teníanlas muy reducidas, contenidas en un tomo, y trataban, más que de la disciplina militar de los buques, de la cuenta y razón de pertrechos y demás artículos de Real Hacienda, con sólo una indicación de los objetos que abrazaba.

De las noticias aquí contenidas, resulta que la Marina inglesa era muy superior a la nuestra, así en el número de buques, como en la fuerza de éstos, al concluir el siglo XVIII, según se demuestra en los resúmenes que preceden, de los que había existentes y de los que se hallaban en construcción en 1793; pero como de los primeros habían de rebajarse los destinados en los puertos para los usos indicados, y los que, a causa de sus malas propiedades, no se les daban ya las carenas que necesitaban, podía prudencialmente inferirse que de todos, quedarían en aptitud de armarse de 90 a 95 navíos, con igual número de fragatas y corbetas, lo cual se vió demostrado en la última guerra, sin embargo de los extraordinarios esfuerzos que se hicieron.

De esto resulta que, aunque nosotros sólo teníamos setenta y siete navíos desde 112 a 60 cañones, y cincuenta y seis fragatas desde 40 a 34, como por el continuo trabajo de carenas, era muy raro el buque que no pudiese armarse, según en la práctica se evidenció en El Ferrol en este mismo año, lo que acaso no podía suceder en ningún otro arsenal de Europa, así no quedaba tan gran superioridad de su parte, como aparecía a primera vista, sin embargo de ser tan excedente la del número. Podía, además, reflexionarse que para que los ingleses llegasen a verificar dicho armamento necesitaban dos años, euando menos, tanto porque no estaban tan prevenidos de pertrechos como nosotros, como por la falta de gente a los principios; de lo que podía concluirse que, verificados los armamentos con la prontitud que se ejecutaron para la empresa de Tolón en 1793, España demostraría una grande superioridad sobre Inglaterra en el primer momento, pues entonces pudimos poner treinta navíos con igual número de fragatas en la mar cuando los ingleses no pudieron echar ni la mitad; así, sirviéndonos de los buques veleros, repartidos en cruceros convenientes, si la guerra hubiera sido contra Inglaterra en vez de serlo contra la República francesa, hubiera podido hacérsele un considerable daño, no sólo en el comercio, sino retardando considera-

blemente su armamento por la gente que se les hubiera apresado.

En cuanto a la calidad de los buques de todas clases, les aventajábamos también mucho. Nuestros navíos de tres puentes tenían más fuerza y eran de más vela que los suyos: los de 74 les aventajaban igualmente en esta propiedad, particularmente los de construcción moderna, y las fragatas también andaban más, según los informes de los Comandantes que las montaban.

En la Artillería, nada les teníamos que envidiar, cuando todos los buques estaban surtidos de la fundida en la Cavada, desde que esta fábrica corrió por Marina, pues era más corta y manejable que la que armaban los buques ingleses.

Sobre calibres, como nuestra libra con la suya estaba en razón de 8 a 9, le llevábamos también ventaja, a más de tenerla igualmente en que los navíos de 90 a 96 artillaban con piezas de a 32, 18 y 12, siendo de a 36 en las primeras baterías de los nuestros, del propio rango, y aun de los de a 80.

Ninguna ventaja nos llevaban tampoco en las armas blancas y de chispa, pues de éstas sólo usaban de más unos que llamaban *órganos*, compuestos de diez o doce bocas como las de nuestros *trabucos* o *esmeriles*, y aquéllas eran como las que usábamos antiguamente.

Su cureñaje era en lo único que se mostraban con superioridad sobre nosotros; pues siendo sus ruedas de más diámetro y perfectamente ajustadas, tenían que ser mucho más manejables, y, por consiguiente, hacer fuego con más viveza, sin pedir su manejo tanta gente; puntos, a la verdad, muy esenciales.

También en aparejo, la Marina española tenía superioridad, sobre todo los del último Reglamento; pues mirado este importante punto en aquel tiempo con la escrupulosidad y atención con que tanto se habían fomentado todos los ramos de nuestra Armada, habíamos llegado a perfeccionarlo de manera que, hallándose los ingleses como estaban en la última gue-

rra, en que tuvieron tanta ventaja, la ganamos nosotros, al punto de poderse decir, sin exageración, que equipados los buques según las últimas providencias, ninguno había de las otras potencias en mejor estado de guerra.

La calidad de nuestras lonas y jarcias era tan considerablemente mejor, que los mismos oficiales ingleses lo confesaban. Ellos daban poco colche a la que había de servir para cabullería, y era muy del caso para la facilidad mayor en las faenas.

La forma de sus anclas era mejor que las nuestras, y así les faltaban menos. El Capitán de navío graduado, don José de Mendoza, al mandar un modelo para construirlas a la inglesa, habló de esta ventaja.

En cuanto a Arsenales, nada les teníamos que desear, siendo superior nuestro método de almacenes particulares para trabajar en tiempo de armamento, sin la confusión que precisamente causa la unión de pertrechos de varios buques en un solo depósito, a más de que los nuestros estaban entonces mejor provistos.

Aunque había en 1793 en nuestros buques de guerra mucho más aseo que en otros tiempos, no era posible igualar al de los ingleses, pues entre éstos tenían ya por tradición y carácter aquella cualidad, el albañil, el pintor, el carpintero, etc., entre nosotros eran todos éstos todavía muy desaseados, de modo que sólo a fuerza de un extremado cuidado se podía conseguir la limpieza, y nunca en aquel grado.

En cuanto al método de proveer los Arsenales y de distribuir caudales, su constitución era muy diferente de la nuestra y en nada adaptable a ésta.

Aunque se hacía difícil averiguar el orden de administración de la Hacienda de la Marina británica en aquel tiempo, nuestros marinos sostenían que el nuestro era más económico y ventajoso, pues aunque era muy superior el número de los navíos ingleses, no tenían los grandes gastos de sostenimiento de los Cuerpos de *Ingenieros*, *Guardias Marinas*, *Cirujanos*, *Pilotos*, *Artillería*, *Batallones*, y los ministros de las

provincias y sus subdelegados, sino dar media paga a sus oficiales. Pero, sin embargo, su gasto ordinario en tiempo de paz, regulado por el quinquenio de 86 a 90, fue de 226.158.097 reales 26 maravedises, a cuya partida había de agregarse todo lo extraordinario, y la suma consignada para pago de deudas contraídas en el ramo. Hecho, pues, el cotejo de atenciones, se comprobaban los menores dispendios que proporcionalmente ejecutamos en España, a pesar de las grandes ventajas que ofrecía la abundancia de recursos que tenían con las fábricas particulares en el Reino para su gran comercio, y el precio más equitativo a que les podían salir los géneros fabricados por su mismos connacionales.

No obstante de que en tiempo de profunda paz era mucho ahorro el carecer de los cuerpos referidos, en el de armamentos les era de una suma falta y les ocasionaba gastos de la mayor consideración. Además, con su mucha navegación se servían de pilotos particulares, y de los muchos y magníficos hospitales que había en Londres y sus contornos, sacaban cirujanos: una cosa y otra era impracticable entre nosotros. Pero sobre que de haber tropa para la custodia de los Arsenales y también personas que cuiden de la constante conservación de la artillería y los pertrechos que han de servir para su manejo a bordo, resulta muy conocidamente ventajoso el tener establecidos los dos cuerpos que sirven con tanta utilidad, especialmente en un armamento.

La matrícula era entonces un establecimiento de que dependía toda la ventaja que puede sacar nuestra Marina a los principios de aquella guerra, y que nos envidiaban, por conocerlo así, los ingleses mismos, que varias veces habían pensado imitarlo; pero no pudieron, por no ser esto adaptable a su constitución, y así lo suplen, aunque con gran retardo y enorme dispendio, por medio de crecidos enganchamientos.

Por el conocimiento, pues, de la utilidad de este precioso tesoro del Estado, de tanto valor para quien lo considera comparativamente con la práctica trabajosa de la Inglaterra, ha-

cen presente ser en realidad del mayor interés el procurar por cuantos medios quepan el fomento de que este ramo es susceptible, sea por medio de privilegios y exenciones bien sostenidas, sea también socorriéndolos con hospitalidad en sus enfermedades que les imposibilitan de ganar el sustento, o con los auxilios de médico y botica a lo menos; pudiéndose verificar con la intervención del ministro o subdelegado de la provincia o partido, y con asistencia del profesor respectivo; pues con seguridad sería éste un aliciente que había de traer mucha gente a esta clase de milicia, tanto en España como en América, pasando anualmente sus revistas.

Tal era el método de la organización de la Marina inglesa, cuando la nuestra fué con ella a Tolón. Después, Napoleón se encargó de anular la nuestra, ya que no pudo hacerse nunca con la de su rival.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN



# PROEZAS POLICIACAS DE TOM SAWYER

---

## CAPITULO PRIMERO

Era la primavera última, cuando Tom Sawyer y yo acabábamos de devolver la libertad a nuestro antiguo negro Jinn, que había sido cargado de cadenas en la granja del tío Silas (el tío de Tom), en Arkansas, por haber dejado escapar un esclavo. La Naturaleza germinaba, el aire iba haciéndose tibio, y nos acercábamos a la época en que iba a poder pasearse con los pies descalzos; la época del juego de bolos, del trompo, del aro, de la cometa, se aproximaba, y después el verano, con sus alegres baños al aire libre. Un muchacho que piensa en todas estas diversiones y que ve el verano tan lejos todavía, debe sentirse fatalmente invadido por el tedio. Suspira, anhela, y no puede explicarse de dónde procede su malestar. A pesar de todo, concluye por acomodarse, quieras que no, pero permanece melancólico y soñador. Por lo general, un rincón solitario en lo alto de una montaña, junto a un bosque; una vez allí, deja que su mirada vague a lo lejos, a millas y millas, sobre el inmenso Mississipi y el horizonte de bosques que se pierden en la lejanía formando una línea incierta; está entonces todo tan tranquilo, tan solemne, que se cree desaparecidos para siempre aquellos a quienes se ama; apodérase al mismo tiempo de uno un vehemente deseo de estar muerto, de concluir con la existencia.



¿No conocéis esta sensación? Es lo que se puede llamar «la fiebre de la primavera». Cuando os penetra, quisierais... En realidad, no sabéis lo que queréis; pero vuestro corazón sufre y le invaden aspiraciones mal definidas; se os antoja estar poseídos del deseo de iros muy lejos, de abandonar las cosas que os molestan, que os desagradan, para descubrir nuevos horizontes. Quisierais marchar, visitar, visitar países extranjeros, en donde todo es misterioso, encantador y novelesco.

Si esto es superior a vuestros medios, os contentaréis con mucho menos; iréis adonde *podáis*, nada más que por cambiar, dándoos por hartos satisfechos con la distracción que se os ofrezca.

Pues bien, Tom Sawyer y yo teníamos, y bien acentuada, esa fiebre de la primavera. Pero Tom no podía pensar en marcharse, a causa de su tío Polly; decía que éste no le permitiría nunca dejar la escuela y vagabundear hecho un bodoque, en vez de aprovechar el tiempo.

Estábamos muy fastidiados.

Una tarde, al ponerse el sol, estábamos sentados en las escaleras de la casa, charlando de nuestras contrariedades, cuando llegó tía Polly con una carta en la mano.

—Tom—dijo ella,—creo que vas a ir a Arkansas. Te solicita tu tía Sally.

Con gusto hubiera yo saltado de gozo al oír aquellas palabras; esperaba ver a Tom lanzarse sobre su tía y estrecharla entre sus brazos, con riesgo de ahogarla: creedme si queréis; se quedó sentado como un marmolillo, y no contestó una palabra. Yo hubiese llorado de rabia al verle tan apático ante una ocasión única como aquella. Nos exponíamos a dejarla escapar si continuaba permaneciendo mudo y no demostraba más alegría, más entusiasmo. No; estaba allí plantado, reflexionando; yo no sabía qué hacer; por fin contestó, con tono tan tranquilo, que de buena gana lo hubiera matado:

—De veras lo siento, tía Polly; pero creo que habrá que excusarme por esta vez.

Su tía Polly quedó tan asombrada, tan estupefacta ante semejante insolencia, que al pronto no pudo proferir una palabra; lo aprovechó para dar un codazo a Tom, murmurándole al oído:

—¿Te has vuelto loco? ¿Perder tan buena ocasión?

No se movió siquiera, y refunfuñó en voz baja:

—Huck Jinn, ¿crees que sea tan tonto que vaya a dejarle ver que deseo irme? Si lo sospechase ella, imaginaría una profusión de enfermedades, de peligros, de objeciones; bien sabes que se negaría. Déjame hacer, yo la entiendo, créeme.

Jamás se me hubiera ocurrido a mí todo esto; en el fondo, tal vez tenía razón. Desde luego, Tom Sawyer tiene siempre razón; es el cerebro mejor organizado que conozco; está dotado de una calma imperturbable, y siempre dispuesto a hacer frente a todo. Mientras tanto, tía Polly había recobrado el habla; volvió a la carga:

—¡Excusarte! ¿Qué, quieres excusarte? En verdad que es inaudito. ¡Permitirte hablar así, a mí, a tu tía! Vete de ahí, y haz tus preparativos; y si vuelvo a oír hablar de excusas o no excusas, te prometo que yo te excusaré a varazos.

Le pegó en la cabeza con el dedal, mientras que nos esquivábamos; él subió lloriqueando la escalera. Una vez en su cuarto, en donde entró de un salto, me abrazó impetuosamente; la alegría de la marcha le trastornaba.

—Antes de que nos hayamos marchado—me dijo—sentirá su permiso, pero ya no sabrá arreglarlo. Después de lo que ha dicho, su amor propio le impedirá volverse atrás.

Tom había terminado en diez minutos todos sus preparativos; faltaban los que su tía y Mary tenían que hacer por sí; esperamos otros diez minutos para darle tiempo de serenarse y hacerse amable. Tom calculaba que su tía necesitaba, por lo menos, diez minutos para calmar su enojo, cuando éste era a medias; requería el doble después de las grandes crisis. Esta había sido terrible, y al bajar íbamos muy ansiosos por conocer el contenido de la carta.

Su tía estaba sentada, sumida en una profunda meditación, con la carta en las rodillas.

—Tienen muchas contrariedades allí—nos dijo;—y esperan que tu presencia y la de Huck será una distracción para ellos, al mismo tiempo que un consuelo. Estoy segura de que la llevaréis un verdadero alivio. Su vecino, Brace Dunlap, quiere desde hace tiempo casarse con Benny, y como ellos le han despachado, ha tenido que renunciar; pero se ha incomodado, y les está dando muchos disgustos. Yo creo que ellos prefieren tenerle por aliado que por adversario, porque han tomado al pillo de su hermano para ayudar en la granja, sin duda con objeto de no tener a Brace por enemigo declarado; no tenía necesidad de aumento de gastos, y menos ganas todavía de tener a ese pillo con ellos. ¿Conocéis a los Dunlap?

—Habitan a cosa de una milla de casa del tío Silas, tía Polly (todos los colonos habitan a esa distancia); Brace Dunlap, mucho más rico que los otros, posee todo un equipo de negros. Es viudo, sin hijos, tiene treinta y seis años, está muy orgulloso de su fortuna, es muy autoritario y se impone a todo el mundo. Creía, a lo que imagino, que podría casarse con la primera muchacha cuya mano pidiese, y ha debido de mortificarle mucho la negativa de Benny. Esta, mucho más joven que él, es la criatura más deliciosa que... pero usted la conoce. ¡Pobre tío Silas! Es verdaderamente lamentable verle tan desgraciado, tan abatido y tratando de congraciarse con su vecino, al emplear a ese granuja de Júpiter.

—¡Qué nombre! ¡Júpiter! ¿De dónde lo ha sacado?

—Es un apodo. Me figuro que su verdadero nombre se ha olvidado desde hace mucho tiempo. Tiene ahora veintisiete años, y en su primera lección de natación le bautizaron con el nombre de Júpiter. El profesor, al verle desnudo, reparó en su pierna izquierda un lunar del tamaño de una moneda de 25 céntimos, rodeado de otros cuatro más pequeños; pretendió que estas señales le recordaban a Júpiter con sus cuatro planetas. A los otros niños les hizo gracia la cosa, y le pusieron

el apodo que ha conservado. Es corpulento, falso, cobarde, pero buen muchacho; es imberbe, pero lleva el pelo largo; no tiene un céntimo, y Brace le da albergue; le viste con lo que desecha y le desprecia profundamente. Por añadidura, Júpiter tiene un hermano gemelo.

—¿Qué clase de individuo es ese gemelo?

—Idéntico a Júpiter, o, por lo menos, se dice; pero no se le ha visto desde hace siete años. Tenía diez y nueve o veinte cuando le metieron en la cárcel por robo, se escapó y huyó hacia el Norte, a lo que se cree. De vez en cuando, oíase hablar de sus robos o de sus asesinatos, pero ya hace años de esto. Ahora se le cree muerto, o, por lo menos, no se tienen noticias suyas.

—¿Cómo se llama?

—Jake.

La tía se calló; parecía reflexionar. Después dijo:

—Lo que más preocupa a tu tía Sally, es que Júpiter pone a tu tío en estados espantosos.

Tom estaba asombrado, yo también.

—¿Qué estados?—preguntó Tom.—¿Es una broma? Jamás lo hubiera creído en tío Silas.

—Le pone en cóleras violentas—según afirma la tía Sally;—se pone como loco, y a veces, teme ella que mate a Júpiter.

—Es extraordinario le que cuenta usted, tía Polly; nuestro tío es apacible como un cordero.

—Todo lo que quieras, pero tu tía está preocupadísima; dice que a Silas le están acabando todos esos disgustos. Los vecinos murmuran, y por supuesto, censuran a tu tío, porque siendo pastor de su distrito, no debería reñir y dar ejemplo de desorden. Tu tía dice que ya no sube él al púlpito sino de mala gana, que sus exhortaciones no son ya apreciadas y que sus feligreses le hacen el vacío.

—¿Qué raro es todo eso, tía Polly! ¡Él siempre tan bueno y tan afable, de carácter tan igual y tan afectuoso, un verdadero santo! ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Se lo puede usted figurar?

## CAPITULO II

¡Qué suerte tuvimos! Dimos con uno de esos barcos de ruedas que vienen del Norte y descienden lentamente hacia la Luisiana; tomamos pasaje en él, y sin tener las molestias de un trasbordo en San Luis, bajamos el Mississipí y llegamos a la plantación de Arkansas. Habíamos así recorrido unas mil millas de un tirón.

En el barco faltaba animación; no había más que unos cuantos pasajeros, todos viejos, sentados a respetable distancia los unos de los otros, dormitando y muy tranquilos. Necesitamos cuatro días para salir del río alto porque el barco hizo varias paradas; pero a nosotros, muchachos que viajábamos por gusto, no nos pareció el tiempo largo.

Desde la partida, Tom y yo habíamos sospechado que el camarote de lujo, próximo al nuestro, debía de estar ocupado por un enfermo a quien le llevaban todas las comidas. Despierta así nuestra curiosidad, hicimos preguntas, y un mozo confió a Tom que, en efecto, iba allí un pasajero, pero que no parecía enfermo.

—Quizá lo esté sin embargo.

—Pudiera ser, lo ignoro; pero me parece a mí que está representando una comedia.

—¿Qué es lo que se lo hace sospechar a usted?

—Que si estuviera verdaderamente enfermo, se desnudaría algunas veces, mientras que éste no se quita nunca la ropa; se acuesta con zapatos.

—¡Qué idea! ¿Cómo puede gustarle dormir con zapatos?

—Así es, sin embargo.

Un misterio era siempre pan bendito para Tom Sawyer. Si le dábais a elegir entre un misterio y un pastel, no vacilaba en decidirse; mi naturaleza me llevaba a tomar el pastel, Tom elegía el misterio. Cada cual es libre de escoger lo que le agrada, y cada cual es feliz. Tom preguntó, pues:

—¿Cómo se llama ese individuo?

—Phillips.

—¿Dónde embarcó?

—Creo que en Alejandría, en el límite del territorio de Jona.

—¿Qué piensa usted que hace en su camarote?

—A la verdad, nunca me ha preocupado.

—Este es uno—me dije—que prefiere el pastel al misterio.

—¿Qué particularidad de lenguaje o de maneras ha observado usted en él?

—Ninguna, salvo que parece asustado de todo; se encierra noche y día en su camarote, y no deja entrar a nadie, sin haberle examinado bien por la puerta entreabierta.

—¡Ah! La cosa se hace interesante. Tengo muchas ganas de verle. Diga usted: la primera vez que entra en su camarote, ¿deja la puerta entornada?

—No es posible. Siempre está avizor y comprendería lo que se quiere.

Tom reflexionó, luego dijo:

—Tengo algo mejor; escuche: présteme su delantal; le llevaré su almuerzo. Le prometo a usted una buena propina.

El mozo hubiera aceptado gustosamente la combinación, si se lo permitiese el mayordomo.

Tom logró arreglárselas con este último. Tomó tan bien sus disposiciones, que cada uno recibimos un delantal para obrar de concierto.

Durmió poco, agitado por la idea de descubrir la clave del misterio; además, se perdió en conjeturas toda la noche, trabajo bien inútil por cierto, a mi entender; en efecto, ¿para qué tratar de adivinar cosas que no son? Se desperdician fuerzas y nada más. Por mi parte, no perdí un minuto de sueño, diciéndome que no daría un paso por conocer la historia de aquel Phillips.

Al día siguiente, nos pusimos nuestros delantales y cogimos las bandejas; Tom llamó a la puerta. El hombre entre-

abrió la puerta, nos examinó, abrió y volvió a cerrar rápidamente. Atónitos al verle, estuvimos a punto de dejar caer las bandejas.

—¡Cómo!—exclamó Tom.—¿Usted, Júpiter Dunlap? ¿De dónde viene usted así?

El hombre, no hay qué decirlo, se quedó sorprendido; al pronto, no supo si debía asustarse o alegrarse, o las dos cosas a la vez; por fin demostró su contento, y su cara, al principio lívida, recobró poco a poco los colores; hablamos con él mientras que almorzaba.

—No soy Júpiter Dunlap—nos dijo.—Si juráis ser mudos, hasta os diré en seguida que no soy ni Júpiter ni Phillips.

—Pues bien—contestó Tom,—seremos mudos, pero es inútil que nos diga su nombre, si no es usted Júpiter Dunlap.

—¿Por qué?

—Porque si no es usted Júpiter, es usted su hermano gemelo, Jake. Su parecido lo pregona.

—Está bien, sí; soy Jake. Pero, ¿cómo nos conocéis a Júpiter y a mí?

Tom le contó las aventuras que tuvimos el verano último en casa de su tío Silas, y cuando le dijo que conocíamos la historia de su familia—y la suya, por consiguiente,—que no nos quedaba nada por saber, empezó a hablarnos con toda franqueza. Nos habló sin circunloquios y sin artificios, y nos dijo que había sido un sujeto poco manejable, que todavía era lo mismo y que, sin duda, lo seguiría siendo hasta el fin de sus días. Añadió que la vida a la que se había lanzado era peligrosa, azarosa y que... Se calló bruscamente y se puso a escuchar. En el profundísimo silencio que reinaba en aquel momento, no percibíamos más que el crujido de la madera y el ruido de la máquina.

Por fin pareció tranquilizarse; le hablamos de los suyos, de la muerte de la mujer de Braca, de la negativa de Benny a casarse con él, de la entrada de Júpiter al servicio del tío Silas, de sus disgustos. Entonces él se explayó por completo.

—¡Oh! da gusto oír hablar de los buenos tiempos antiguos —dijo,—y todas esas historias me alegran el corazón. Hace siete años que estoy privado de ellas; ¿qué dicen de mí ahora?

—¿Quiénes?

—Los colonos y la familia.

—Nunca hablan de usted; quizá, alguna que otra vez, una alusión, pero nada más.

—Y ¿cómo es eso?—preguntó él sorprendido.

—Por qué le creen a usted muerto desde hace ya mucho tiempo.

—¿De veras? ¿Es así?

Y se puso a saltar de contento.

—Así es. Todo el mundo lo cree muerto.

—¡Qué suerte, entonces! ¡Salvado, salvado, estoy salvado! Voy a poder volver. Me ocultarán y podré vivir; juradme no decir nada; juradlo; jurad que no hablaréis de mí nunca. ¡Oh, muchachos!, sed buenos con un pobre diablo perseguido noche y día, que no se atreve a asomar la punta de la nariz. Yo no os he hecho nunca daño alguno; no os lo haré nunca, tan cierto como que Dios es Dios; jurad que me ayudaréis a salvar la existencia.

Nos daba tanta lástima, que juramos cuanto quiso; no sabía cómo demostrarnos su agradecimiento, su ternura, ¡el pobre diablo! Un poco más, y nos hubiera besado.

Mientras que hablábamos, nos rogó que volviésemos la cabeza, y abrió misteriosamente un saquito de mano. Cuando nos permitió volvernos, estaba transformado con sus anteojos azules, patillas y bigotazo que parecían muy naturales. Su madre misma no le hubiera reconocido; nos preguntó si se parecía aún a su hermano Júpiter.

—No—dijo Tom—excepto en lo largo del pelo.

—Muy bien; me afeitaré la cabeza al llegar; Braca y él guardarán el secreto, y me haré pasar por un extranjero; nunca me reconocerán los vecinos; ¿qué os parece?

Tom reflexionó un instante, y replicó:



—Queda entendido que Huck y yo seremos mudos, pero si no lo es usted, puede haber una sombra de peligro. Si habla usted, su voz le venderá, en efecto; y las gentes que le creen muerto se acordarán tal vez del hermano gemelo de Júpiter, preguntándose si es que no estaba sencillamente oculto bajo un nombre falso.

—¡Eres listo, caramba! Ciertamente que tienes razón. Tengo que hacerme el sordomudo ante los extraños. Si hubiera descuidado este detalle... En realidad, yo no pensaba volver a casa; buscaba el primer rincón para librarme de esas gentes que me persiguen, pero con este nuevo aspecto y otro traje...

Saltó a la puerta, y con el oído puesto en la cerradura escuchó, pálido y anheloso.

—Están cargando un fusil. ¡Señor, qué existencia!

Y flaqueó desfallecido, enjugándose el rostro bañado de sudor.

### CAPITULO III

A partir de este momento, pasábamos todo el tiempo al lado de Jake, ocupando alternativamente una de las literas de su camarote. Habíase visto tan abandonado, que nuestra compañía era para él una grata novedad, y parecía contentísimo de contarnos sus vicisitudes. Ardíamos en deseos de conocer su secreto; pero Tom afirmaba que había que acallar nuestra curiosidad, sin hacer ninguna pregunta que le hubiera hecho desconfiar; nuestra reserva le llevaría a hacernos confidencias. Así ocurrió. Era fácil observar que no podía resolverse a guardar silencio, pero una especie de vacilación parecía contenerle en el momento de ir a abordar el delicado asunto.

He aquí cómo procedió. Nos empezó por preguntar acerca de los pasajeros; nuestras contestaciones no le satisficieron; no eran, a su parecer, lo suficiente precisas. Nos pidió detalles más circunstanciados; Tom se los dió, y mientras que describía a uno de los pasajeros, uno de los más vulgares y peor trajeados, Jake, se estremeció y exclamó:

E. M.—*Octubre 1912.*

—¡Oh, señor! Es uno de ellos. Tenía la seguridad de que estaban a bordo; ¡y yo que esperaba haberlos burlado! Pero, continúa:

Luego, cuando Tom hubo descrito a otro pasajero mal vestido, Jake volvió a estremecerse.

—¡Es él!—gritó.—¡Es el otro! Si estallara una buena tormenta en una noche sombría, podría escaparme. Ya veis que me espían. Han obtenido el permiso de venir a beber al bar; lo aprovechan para hacer que me vigilen las gentes. Si consiguiera huir, a la hora estarían informados.

Y se puso a dar vueltas por el camarote; al cabo de un instante, llegó a la esperada confidencia.

—Era una jugarreta—dijo,—una broma que queríamos dar a un joyero de San Luis. Había expuesto dos brillantes soberbios, gruesos como avellanas, que todo el mundo admiraba. Nos habían alegrado la vista. Muy elegantemente vestidos, decidimos dar el golpe en pleno día. Encargamos que llevasen aquellas joyas a nuestro hotel para examinarlas, y al devolverlas, con pretexto de que el agua no era lo suficiente pura para doce mil dólares, las sustituímos por dos brillantes falsos, que teníamos a prevención.

—¡Doce mil dólares!—exclamó Tom;—¿valían realmente tanto dinero?

—Ni un céntimo menos.

—¿Y se marcharon ustedes con el botín?

—Sin ninguna dificultad. Hasta creo que el joyero no debe sospechar la estafa. Pero como hubiera sido imprudente permanecer en San Luis, tomamos el partido de alejarnos. Echamos a suertes hacia dónde habíamos de dirigirnos, y salió el Mississipi Alto. Envolvimos los brillantes, escribimos nuestros nombres en el paquete, y, al confiárselos al dueño del hotel, le hicimos jurar que no los entregaría a ninguno de nosotros en particular, sino que había de esperar a que los tres nos presentásemos juntos. Luego salimos a dar una vuelta por la pobla-

ción, cada cual por su lado; creo que los tres teníamos el mismo propósito.

—¿Qué propósito?—Preguntó Tom.

—Robar a los otros dos.

—¿Cómo? ¿Robarse lo que ya habían robado juntos?

—Sencillamente.

Tom Sawyer estaba asqueado; jamás había oído nada tan bajo y repugnante. Pero Jake aseguró que esta manera de proceder era corriente en la profesión que ejercía, que en este oficio cada cual cuidaba de sus propios intereses sin ocuparse del vecino: cada cual por sí.

—Pero ya ves la dificultad. No podíamos dividir dos brillantes en tres ¡si hubieran sido tres!... Discurrí por las calles más apartadas, madurando planes. Me decía: me desembarazaré de los brillantes a la primera ocasión, tendré un disfraz preparado, me largaré sin despedidas por supuesto, y luego que mis compañeros me encuentren si pueden. Compré, pues, las patillas, las gafas azules, este traje, y lo guardé todo en un saco de mano; pero al pasar frente a una tienda, una especie de bazar, vi en ella uno de mis compañeros. Era Bud Dixon. Comprende mi alegría; era para mí convenientísimo ver lo que compraba. Me oculté y observé. Pues bien, adivinad lo que escogió.

—¿Unas patillas?—pregunté yo.

—No.

—¿Unas gafas azules?

—No.

—Cállate, Huck Jinn; ya ves que no aciertas. ¿Qué compró, Jake?

—Jamás lo adivinaríais: un destornillador, un destornillador pequeñísimo, insignificante.

—Pero ¿qué iba a hacer con él?

—Eso es lo yo me preguntaba. Era tan extraordinario, que me quedé con la boca abierta. ¿Qué era lo que podía hacer con un destornillador? Me recaté para dejarle salir, y le seguí has-

ta la tienducha de un trapero, en donde compró una camisa de de franela roja y otras prendas usadas; las que habéis descrito, las que lleva ahora. Bajé al muelle, y escondí mis efectos en el barco que habíamos elegido, luego volví a la población, y tuve la repetida buena suerte de ver a nuestro otro compañero haciendo, también él, su provisión de pingos. Recogimos nuestros brillantes y nos embarcamos.

Pero a bordo la situación se complicaba. ¿Cómo hacer para acostarnos, puesto que debíamos vigilarnos el uno al otro? Era muy fastidioso; había entre nosotros aquel acuerdo desde hacía unas semanas, y nuestra buena amistad no databa más que desde el asunto de los brillantes. La situación era crítica, porque de dos piedras no podíamos hacer tres partes.

Empezamos por comer, luego nos paseamos por cubierta fumando durante una parte de la noche; bajamos después a un camarote, y después de haber echado el cerrojo, y comprobado la presencia de los brillantes en el paquete, los pusimos enfrente de nosotros, bien a la vista. Esperábamos; pasaban las horas, y nos costaba mucho trabajo permanecer con los ojos abiertos. Bud Dixon fue el primero en dormirse. En cuanto inclinó la cabeza sobre el pecho y su ronquido se hizo regular, Hal Clayton hizo hacia los brillantes y la puerta un gesto explícito que percibí rápidamente. Cogí el paquete y permanecí inmóvil. Bud seguía roncando: abrí cuidadosamente, y salimos de puntillas, volviendo a cerrar la puerta con la misma precaución.

No había nadie que nos molestase; el barco se deslizaba rápido y silencioso por las tranquilas aguas en las que cabrilleaba la luna medio velada. Sin decir palabra, fuimos a sentarnos al extremo de la cubierta; sin decir palabra, nos comprendíamos perfectamente, el uno al otro; temíamos el despertar de Bud Dixon que, furioso contra nosotros, no vacilaría en venir a pedirnos cuenta de nuestros actos; no nos quedaría otro remedio que tirarle por la borda o hacernos matar por él. Yo no soy tan valiente como otras personas, y me sentía es-

tremecer de miedo; esperaba que el barco atracaría pronto y que podríamos huir sin correr el riesgo de que nos matara Bud Dixon, que tenía malas pulgas; pero con una carraca como aquel barco, no estábamos próximos a desembarcar.

Mientras tanto, pasaba el tiempo; amaneció, y nuestro compañero seguía sin parecer.

«¿Qué significa esto?—me dije;—me parece raro.»—«¿No cree usted que se burla de nosotros?—me preguntó Hal.—Veamos el paquete.»—Le abrí y ¡estupefacción! ¡No contenía más que dos terroncitos de azúcar! ¡Por eso dormía tan tranquilamente! Había cambiado un paquete por otro, ¡y eso ante nuestros ojos!

Nos quedamos contrariadísimos; pero necesitábamos tomar un partido. Volvimos a envolver el paquete, y decidimos ponerlo en donde lo habíamos cogido, sin aparentar que nos habíamos percatado del engaño. Le vigilaríamos de cerca, y en la primera ocasión le haríamos beber más de lo razonable para registrarle y coger los brillantes. Pero yo no tenía sino una leve esperanza de lograrlo. Sabía, sí, que Bud estaba siempre dispuesto a beber; pero ¿y después? Podríamos estarle registrando un año, y quizá no encontraríamos nada.

En aquel mismo momento, se me ocurrió una idea que me devolvió la esperanza. No sé si os he dicho que yo me había quitado las botas para descansar; al coger una, mis ojos se fijaron maquinalmente en el tacón. ¿Os habéis olvidado del famoso destornillador que tanto me intrigara?

—Seguramente que no—contestó Tom muy excitado.

—Pues bien; al examinar ese tacón, comprendí de pronto, la idea me cruzó como un rayo, en dónde había escondido los brillantes. Mirad bien; examinad esta tapita de acero sujeta por unos tornillos minúsculos; comprendí inmediatamente para qué había de servirle su destornillador.

—¡Diablo!—dijo Tom.—¡Estupenda idea!

Me calcé, volvimos al camarote y pusimos el paquete con los terrones de azúcar en el sitio de donde lo quitamos; luego,

sin hacer ruido, fuimos a sentarnos y a oír roncar al querido Bud. Hal Clayton no tardó en dormirse. Yo no tenía ningún sueño; nunca me había sentido más despierto. Con los ojos medio ocultos por las anchas alas de mi sombrero, trataba de descubrir por el suelo un pedacito de cuero del tacón revelador. La cosa me llevó tiempo, mucho tiempo; empezaba a desesperar cuando logré mi objeto.

Vi junto a la pared un pedacito de cuero del grosor de la yema del dedo pequeño, que apenas se destacaba sobre la alfombra, y no me dejó duda alguna; había descubierto el escondite de los brillantes. Antes de mucho había de ser mío el triunfo.

No había sido mala la audacia de aquel bandido. Había preparado bien el golpe, previendo con exactitud lo que haríamos, y nosotros habíamos caído en el lazo como dos imbéciles.

Había tenido la paciencia de abrir unos agujeros en sus tacones, escondiendo en ellos los brillantes y atornillando las chapitas luego. Había pensado que nos apoderaríamos del paquetito, el del azúcar, y que le esperaríamos toda la noche, como así lo hicimos, en efecto. La idea era soberbia.

—¡Famoso golpe! ¡Magnífico!—replicó Tom, lleno de admiración.

#### CAPITULO IV

—Todo el día nos pasamos vigilándonos mutuamente, y la tarea era particularmente para dos de nosotros, os lo aseguro. Por la noche hicimos escala en uno de esos pueblecillos del Missouri, cerca de Jona, y comimos en la posada. Habíamos tomado un cuarto con dos camas, pero dejé mi saco debajo de una mesa, en el vestíbulo; luego seguí a los compañeros, a quienes guiaba el posadero, alumbrándonos. Nos trajeron una provisión de whisky, y, mientras que jugábamos a las cartas, vigilábamos a Bud; en cuanto le vimos suficientemente ebrio,

dejamos de beber y seguimos sirviéndole a él whisky en abundancia. Bebió de tal manera, que acabó por rodar de su silla, sin poderse levantar.

Nos dispusimos a la acción. Aconsejé a Hal que hiciera lo que yo, que se quitara las botas y le descalzase también a Bud, sin hacer ruido, para registrarle en seguida concienzudamente. Dicho y hecho. Yo había cuidado de poner mis botas junto a las de Bud, para mayor comodidad. Luego le desnudamos, pero el registro de sus bolsillos, de sus calcetines, del interior de sus botas y de los forros de su traje, no nos reveló nada. ¡No estaban los brillantes! No encontramos más que el destornillador. «¿Para qué lo querría?»—preguntó Hal.—Contesté que lo ignoraba, pero no me vió guardármelo. Por fin, Hal, desalentado, declaró que estábamos burlados, que había que darnos por vencidos. Lo esperaba, objeté:

—Hay un sitio que no hemos registrado.

—¿Cuál?

—Su estómago.

—¡Qué horror! No lo hubiera pensado nunca. ¿Y qué vamos a hacer?

—Espere—le dije.—Quédese aquí un momento; voy a una botica, y que me ahorquen si no traigo una droga capaz de hacer que los brillantes salgan de las profundidades de su escondite.

Comprendió mi razonamiento, y, a su vista, me puse, en vez de mis botas, las de Bud, sin que Hal lo notase. Eran algo grandes para mí, pero más valía esto que lo contrario. Cogí mi saco al atravesar el vestíbulo, y, en un instante, marchaba por una callejuela obscura, que bajaba al río. Iba a un paso de cinco millas por hora. Los brillantes no me molestaban en modo alguno para andar. Después de haber trotado un cuarto de hora y recorrido más de una milla, creí llegado el momento de respirar. Reanudé prontamente la marcha, para devorar el espacio, pensando que Hal debía preguntarse qué era de mí y parecerle el tiempo largo. A los pocos instantes, tenía dos mi-

llas y media detrás de mí. Hal debía de empezar a jurar, a impacientarse.

A los cuarenta minutos de ausencia, debía de estar inquieto. Al cabo de una hora, tendría ciertamente la clave del enigma. Supondría que yo habría descubierto los brillantes, huído con ellos y seguramente saldría en mi persecución. Buscaría mi pista en el polvo, sin saber en qué sentido habría que recorrer el río para encontrarme. En el mismo instante, vi llegar un hombre montado en un mulo, y sin pensarlo, instintivamente, me metí en la maleza. ¡Era estúpido! Cuando me hubo pasado, se paró y esperó a que yo saliese de mi escondite; luego siguió su camino. Pero me sentía inquieto. Aquel hombre me hacía el efecto de una amenaza. ¡Si hubiera él encontrado a Hal Clayton!

A eso de las tres de la mañana, llegué a Alejandría; al ver este barco me sentí en seguridad y más tranquilo. Amanecía; subí a bordo y tomé este camarote; dejé los efectos que veis y subí al puente desde donde podía acechar; juzgaba, por lo demás, inútil esta precaución. Me puse a jugar con mis brillantes en espera de la salida de este barco que seguía sin moverse. Estaban arreglando la máquina, pero yo no lo sospechaba, por mi desconocimiento de los barcos de vapor.

«En resumidas cuentas, que no zarpamos hasta bien de día; yo hacía tiempo que estaba metido en mi camarote, porque había visto a un hombre cuyo aspecto me pareció el de Hal Clayton, y me eché a temblar. Si ha adivinado que estoy aquí, pensé, estoy cogido como en una ratonera. No tiene que hacer más que vigilarme, esperar mi salida, seguirme, abordarme en donde le plazca y hacer que devuelva los brillantes. Después... ¡oh! bien sé lo que hará de mí. ¡Es espantoso! ¡Y pensar que el otro está también a bordo! Confesad que tengo la suerte negra. ¡Oh, muchachos! ¡Sed buenos con un desdichado cuya vida está amenazada, y salvadme, salvadme! Besaré el suelo que piséis.

Tratamos de consolarle, de tranquilizarle, diciéndole que



le ayudaríamos: cuando se calmó un poco, destornilló sus tacones y nos enseñó sus brillantes, exponiendo sus luces y contemplándolos amorosamente. Eran de aguas límpidas y despedían un brillo deslumbrador. Todo esto no me impidió pensar que Jake era un imbécil. Yo en su lugar hubiera dado aquellas piedras a mis compañeros para desembarazarme de ellos; pero no estábamos hechos de la misma madera. Contestó que no podía soportar la idea de abandonar semejante fortuna.

Dos veces paramos, a causa de la máquina, en medio de la noche que a él no le pareció lo bastante oscura para saltar por la borda; por tercera vez se presentó la ocasión, mejor ahora. Estábamos a unas 40 millas del tío Silas, frente a una granja, era aproximadamente la una de la madrugada; el tiempo estaba oscuro y tempestuoso. Jake quiso aprovecharlo. Acabábamos de parar para cargar madera; empezó a llover copiosamente y a ventear de firme. Cada pasajero se había encapillado una especie de funda que le cubría por completo; cogimos una para Jake. Se deslizó con su saco en la mano, y desembarcó como los demás; al verle pasar a la luz de las teas y desaparecer luego en las sombras de la noche, cobramos ánimo y confianza. Pero esta seguridad no debía durar mucho. Alguien había evidentemente dado el alerta, porque a los cinco minutos, vi surgir a los dos compañeros que saltaron a tierra y echaron a correr. Estábamos palpitantes de emoción; nos amanejó esperando la vuelta de aquellos dos hombres, pero no volvieron.

Desolados y abatidos, no nos quedaba más que una esperanza: tal vez Jake se había adelantado lo bastante para tener tiempo de llegar a casa de su hermano y esconderse.

Debía costear el río y nos había rogado que nos enterásemos si estaban solos en su casa Braca y Júpiter; al anocheecer se lo haríamos saber. Nos había dado cita en un bosquecillo de sicomoros, a espaldas de los tabacos del tío Silas, un rincón perdido, en donde no nos exponíamos a ningún encuentro enojoso.

Discutimos largo tiempo las probabilidades, y Tom pensó que Jake se libraría, si los dos bandidos remontaban el río en vez de bajarlo; pero, ¿sabrían de dónde era? En este caso, le perseguirían todo el día, aguardando a la noche para matarle y quitarle las botas. El asunto nos tenía muy inquietos.

## CAPITULO V

La máquina tardó mucho en quedar arreglada, y anoche-  
cía ya cuando llegamos a la casa; así es que no dimos ningún  
rodeo. Sin embargo, atravesamos el bosque de sicomoros para  
explicar a Jake la causa de nuestro retraso, y decirle que es-  
perara allí hasta que supiésemos de Braca y Júpiter. La no-  
che nos sorprendió al llegar al bosque, abrumados de cansan-  
cio por lo rápido de la carrera; en aquel momento precipitá-  
banse también dos hombres en el bosque y a poco oyéronse  
gritos agudos demandando socorro. «¡Pobre Jake! Seguramen-  
te le han matado.» Llenos de espanto, atravesamos la planta-  
ción de tabaco y nos acurrucamos temblorosos, cuando entra-  
ron dos hombres a toda carrera; otros dos les perseguían y les  
hicieron salir del campo; los cuatro siguieron corriendo des-  
esperadamente por la carretera.

El miedo y la debilidad nos tenían allí clavados; aguzába-  
mos el oído a los menores sonos, pero estábamos aturdidos por  
los precipitados latidos de nuestros corazones.— Pensábamos  
con terror en el cadáver del pobre Jake perdido en el bosque;  
nos parecía que iba a aparecer su espíritu, y nos sobrecogía un  
estremecimiento glacial. La luna salía por encima del bosque,  
y tras la cortina de árboles su cara redonda y brillante daba  
formas extrañas a cuanto nos rodeaba. Aquí y allí, grandes  
regueros de luz y manchas inmensas de sombra daban un as-  
pecto espantoso al paisaje circundante; aquella calma, aque-  
lla tranquilidad de la noche (tranquilidad de cementerio) au-  
mentaba todavía nuestros locos terrores.

—Mira—murmuró Tom.—¿Ves allí abajo?

—Calla—le dije;—no me asustes, estoy muerto de miedo; no me asustes más.

—Pero, mira... ¿qué es lo que sale de los sicomoros?

—Cállate, Tom, te lo suplico.

—¡Dios! ¡qué alto es!

—¡Oh, Señor, Señor! ¡Huyamos!

—No te muevas; viene hacia aquí.

Estaba él tan excitado, que le faltaba la respiración; apenas podía hablar. Yo, a mi pesar, miraba. Echados boca abajo, permanecíamos anhelantes. El espectro seguía avanzando; oculto por la sombra del bosque, le veíamos confusamente; por fin llegó muy cerca de nosotros, y se detuvo en una zona luminosa; no podíamos más; era efectivamente el espíritu de Jake Dunlap; pero no teníamos fuerzas para hablar ni para movernos. Al cabo de un instante desapareció el espíritu, y recobramos el uso de la palabra.

—Por lo general, son transparentes, y afectan la forma de una neblina—me dijo Tom;—pero este es diferente.

—En efecto, he visto muy claramente unas gafas azules y las patillas.

—Sí, y los colores de su traje de fiesta, sus pantalones escoceses, negros y verdes...

—Su chaleco de terciopelo de cuadros encarnados y amarillos.

—Los tirantes de cuero de sus pantalones, uno de los cuales le caía a lo largo de la pierna.

—Y el sombrero.

—¡Qué sombrero para un espíritu!

(Hay que recordar que estaban de moda aquellos tubos de chimenea muy altos y puntiagudos en forma de sorbetes.)

—¿Has observado si el pelo del espectro se parecía bien al de Jake?—me preguntó Tom.

—No, no he visto bien.

—Yo tampoco, pero le he visto arrastrar su saco; en cuanto a esto, estoy completamente seguro.

—Yo también. Dí, Tom, ¿cómo puede manejar un saco un espíritu?

—Cállate. En tu lugar, Huck, no me atrevería a hacer semejantes preguntas. Todo lo que posee un espíritu es vaporoso como él; visten como todo el mundo. Ya has visto que su traje era vaporoso; ¿por qué no había de serlo también su saco? Esto es de sentido común.

Era, en efecto, muy lógico, y no tuve nada que replicar, Bill Wither y su hermano Jack pasaron cerca de nosotros, y oímos preguntar a Jack:

—¿Qué crees que llevaba?

—No sé nada, pero parecía bastante pesado.

—Sí, parecía no poder más. Probablemente, algún negro que robaba el grano del viejo pastor Silas, me figuro.

—Sí, y le confieso que me guardaría bien de impedirlo.

—Lo mismo digo.

Los dos interlocutores se echaron a reír, alejándose. Allí teníamos la prueba de la impopularidad creciente del tío Silas; jamás se hubiera permitido a un negro robar a un propietario que no fuera aquel pobre tío, sin hacérselo pagar bien caro inmediatamente.

Oímos acercarse otras voces, y la conversación parecía mezclada con alegres carcajadas. Eran Lem Bube y Jim Lane.

—¿Quién?—decía Jim.—¿Júpiter Dunlap?

—Sí.

—¡Oh! no se nada, pero es posible. Le he visto cavando, hace cosa de una hora, al atardecer; estaba con el pastor. Decía que no tenía ganas de salir esta noche, y que nos dejaría su perro si le queríamos.

—Estaba muy cansado.

—¡Caramba! Es que trabaja de firme.

—Así es.

Charlando de esta manera pasaron a nuestro lado. Tom

manifestó deseos de dejar nuestro escondite y seguirlos, puesto que llevaban el mismo camino que debíamos tomar nosotros; así no correríamos ya el riesgo de topar a solas con el espíritu. Adoptamos este plan, y llegamos sanos y salvos.

Era un sábado, 2 de Setiembre, día que no se me olvidará en mi vida. Pronto sabréis por qué.

## CAPITULO VI

Seguimos a Jim y Lem hasta la cabaña en que el viejo Jim estaba prisionero cuando le pusimos en libertad; los perros se pusieron a ladrar para darnos la bienvenida; pero como no veíamos luz en la casa, no nos sentíamos muy animosos. En el momento de entrar, me dijo Tom:

—Espera, aguardemos un instante.

—¿Qué hay de nuevo?—pregunté.

—Algo muy serio—contestó.—¿Crees que debemos ser los primeros en contar a la familia los acontecimientos de esta noche, el crimen de los sicomoros, la conducta de los bandidos que han dado el golpe, la historia de los brillantes, etc.? ¿Eres de parecer que les ofrezcamos las primicias de nuestro relato, haciendo valer nuestro mérito de estar mejor informados que nadie?

—Ciertamente; no serías Tom Sawyer si perdieras tan buena ocasión, y pienso que sabrás hacerte valer en esta circunstancia.

—Pues bien—me dijo él con la mayor sangre fría;—¿qué dirás si te anuncio que no pienso decir palabra de todo esto?

Me asombró semejante salida.

—Diré que mientes, que no obras de buena fe, Tom Sawyer.

—Verás, amigo mío. El aparecido, ¿iba descalzo?

—No; ¿y qué?

—Espera un poco; ¿iba calzado?

—Sí; vi sus botas perfectamente.

—Júralo.

—Lo juro.

—Yo también. ¿Has comprendido ahora la cosa?

—Nada, absolutamente.

—Eso significa que los ladrones no se han apoderado de los brillantes.

—¡Caramba! ¿Qué es lo que te lo hace suponer?

—Es más que una suposición. Es una certeza; ¿no recuerdas que los pantalones, las gafas, las patillas, el saco del espectro, todo estaba transformado en vapor? Esto prueba que si sus botas eran vaporosas también, es porque las llevaba aún puestas cuando le perseguían; lo que afirmo es ciertamente una prueba irrefutable de que los miserables no pudieron apoderarse de esas botas, o no sé lo que me digo.

Os aseguro que jamás he dado con un cerebro mejor organizado que el suyo. También yo tenía ojos, de los que me servía para mirar, pero no sacaba ninguna conclusión. Tom Sawyer era completamente distinto. En cuanto observaba una cosa, ésta parecía hablarle a los ojos, y explicarle el porqué y el cómo de todo. ¡Qué cabeza, Dios mío!

—Tom —le dije, —te repetiré lo que te he dicho muy a menudo: no soy digno de limpiarte las botas. Dios sabe bien lo que hace. Nos ha creado a todos, a unos con ojos para ver, a otros con ojos para no ver, y no tenemos que escrutar sus designios. Todo lo que hace está bien, o no lo hubiera hecho. Sigue, amigo mío. Tú afirmas ahora que los ladrones no han cogido los brillantes. Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque fueron perseguidos por los otros dos individuos antes de haber podido quitar las botas al cadáver.

—Comprendo, comprendo. Pero dime, Tom, ¿por qué callarnos? ¿Por qué no decir todo lo que sabemos?

—¡Qué tonto eres! Trata de comprender, Huck Jinn; mira lo que va a suceder. En seguida empezará el sumario. Esos dos individuos contarán que fueron atraídos por unos gritos, y que llegaron a tiempo de... no impedir el crimen. El Jurado bus-

cará indefinidamente, después el veredicto explicará que la víctima recibió un tiro o cualquier otra cosa en la cabeza, y que murió por la gracia de Dios. Le enterrarán, luego venderán sus efectos en subasta para cubrir los gastos; aquí intervendremos nosotros.

—¿Cómo eso, Tom?

—Comprando las botas por dos dólares.

Yo estaba palpitante.

—¡Dios mío, Tom! ¿Entonces tendremos los brillantes?

—Seguramente. Algún día ofrecerán una buena prima, tal vez mil dólares, a quien los encuentre, y esa prima será para nosotros. Vamos, entremos a ver a la familia, y sobre todo no olvides la recomendación: ni una palabra de crimen, de los brillantes, de los ladrones. Ya lo sabes.

Quedé contrariado, porque la combinación aquella no me agradaba sino a medias. Yo hubiera vendido los brillantes en su precio de doce mil dólares; pero no me atreví a decir nada. ¿Para qué? Me permití solamente esta reflexión:

—¿Qué vamos a decir a tía Sally para explicar nuestro retraso, puesto que ya hace mucho tiempo que deberíamos haber llegado?

—¡Oh! En cuanto a eso, te dejo el cuidado de decirla lo que te sugiera tu imaginación.

Tom era siempre tan escrupuloso, que no hubiera mentido bajo ningún pretexto.

Al cruzar el patio, mirábamos a derecha e izquierda; cada objeto parecía darnos la bienvenida; bajo la bóveda que unía la casa-habitación con la cocina, todo estaba como antaño, colgado de la pared, hasta el traje viejo de trabajo del tío Silas; reconocimos con gusto su capuchón y la gran pieza blanca de la espalda que hubiera sido un soberbio blanco para pedreas. Por fin, levantamos el pestillo y entramos. Tía Sally estaba ocupada, los niños estaban en un rincón y el viejo se entretenía en otro haciendo no sé qué, para lo que pedía ayuda de vez en cuando. La buena tía se sobresaltó de gozo; al

vernos, las lágrimas brotaron de sus ojos, y, con una mezcla de capirotaos y caricias, nos expresó su alegría.

—Pero ¿qué habéis hecho, pícaros, para llegar tan tarde?— preguntó.—Me tenéis llena de zozobra hace mucho tiempo; he mandado hacer cuatro veces vuestra cena para que la encontrárais caliente y buena; pero había perdido la paciencia, y os declaro que sentía un deseo loco de desollaros vivos. ¡Pobres muchachos! Debéis estar muertos de hambre; vamos, a la mesa, no perdamos más tiempo.

¡Dios mío! ¡qué agradable sensación es ver alrededor todo lo que se puede desear en este mundo! El tío Silas nos contó una de sus fanfarronadas de sus buenos tiempos, y mientras que los niños le abrumaban a preguntas en los intervalos de su relato, yo buscaba en mi cerebro una excusa plausible para explicar nuestro retraso. Cuando nuestros platos estuvieron llenos, ella me preguntó de nuevo por qué habíamos tardado tanto.

—Verá usted, señora—le dije un poco turbado.

—¿Qué es eso Huck Jinn? ¿Desde cuándo soy yo *señora* para ti? ¿Te he escatimado los halagos y los mimos desde el día en que, al recibirte aquí, te consideré como hijo de la casa, eligiéndote como el mejor amigo de Tom? En cambio, ¿no me has contado tú más de cuatro mil mentiras que me he tragado como una crédula? Llámame tía Sally, como siempre lo has hecho, y no *señora*.

No me quedaba más que obedecer, y seguí:

—Pues verá: Tom y yo habíamos decidido venir a pie y respirar el aire del bosque; en esto nos encontramos con Lem Bube y Jim Lane, y nos dijeron que fuésemos a coger moras con ellos, añadiendo que Júpiter Dunlap les había dejado su perro; entonces...

—¿Dónde le habían visto?—preguntó el viejo. Y como yo le mirase, asombrado de que le interesaran semejantes detalles, su mirada inquisitiva pareció penetrarme; me quedé tan sorprendido, que me sentí lleno de confusión; pero recobré mi aplomo y continué:



—Cuando estaba cavando con usted, al atardecer.

Por toda respuesta dió un gruñido, y dejó de prestar atención a mi relato.

—Decía, pues...

—No sigas—me interrumpió tío Sally.

Me miró enojada, y añadió:

—¿Cómo es, Huck Jinn, que esos hombres hayan hablado de coger moras en Setiembre, en este país?

Comprendí que lo había echado a perder, y no hallé respuesta. Ella esperaba, y queriendo confundirme, dijo:

—¿Y cómo se les había ocurrido esa idea idiota de ir a coger moras de noche?

—Nos dijeron que tenían una linterna, y que...

—¡Oh, cállate! ¿Y por qué necesitaban un perro? ¿Para coger moras quizá?

—Creo que...

—Vaya, habla tú, Tom Sawyer, ¿qué otra mentira preparas? Habla, pero te advierto de antemano que no creeré nada de lo que cuentes. Tú y Huck Jinn habéis hecho alguna de las vuestras. Lo sé, porque os conozco a los dos. Vamos, explica la presencia del perro, de las moras, de la linterna y de todo lo demás, y que los argumentos sean claros, ¿lo oyes?

Tom parecía molesto, y le contestó con tono de dignidad ofendida:

—Es verdaderamente abominable tratar así a este pobre Huck, por una equivocación que cualquiera hubiese podido cometer.

—¿Qué equivocación?

—La de hablar de moras en lugar de fresas.

—Tom Sawyer, te juro que si me exasperas con una nueva mentira...

—Tía Sally, sin quererlo, y sin ninguna mala intención, es usted injusta. Si hubiera usted estudiado, como otros, la historia natural, sabría que en todas partes, en todos los países, ex-

cepto aquí, en Arkansas, se cogen siempre las fresas con un perro, una linterna y...

Pero ella no le dejó acabar, y cayó sobre él a golpes. Su rabia era tal, que todos los insultos le parecían poco, jadeaba de ira. Todo era obra de Tom Sawyer, la exasperaba, la crispaba, y luego la abandonaba a su furor. Estaba tan iracunda, que ya no quería oír nada, y prohibía a todos que hablasen. Cuando se hubo calmado, Tom le dijo con frialdad:

—De modo, tía Sally...

—¡Cállate!—exclamó ella;—no quiero oír ni una palabra más.

De esta manera estábamos ya seguros, ya no teníamos que inventar nada para excusar nuestro retraso. Decididamente, Tom era una maravilla.

## CAPÍTULO VII

Benny parecía pensativa, y la veíamos suspirar a menudo; se decidió, sin embargo, a preguntarnos por Mary, Sid y tía Polly; esto hizo sonreír a tía Sally; reapareció su buen humor y se mostró bajo un aspecto tan amable, que el final de la cena estuvo lleno de alegría. Solamente el viejo no participaba de ella; parecía inquieto, preocupado y exhalaba raros suspiros. Era una verdadera pena para nosotros verle tan triste y tan absorto.

A poco de terminar la cena, llamaron a la puerta y entró un negro con astroso sombrero de paja en la mano; saludó a derecha e izquierda, con azoramiento, y dijo que el Sr. Braca preguntaba por su hermano; que estaba cansado de esperarle para cenar, y rogaba al Sr. Silas que le dijese dónde estaba aquél. El tío Silas le contestó con un tono seco y desagradable que no le conocía:

—¿Soy acaso el guardián de su hermano?

Pero al punto se mostró arrepentido de sus palabras, y dijo con dulzura:

—No le digas esto, Billy; he hecho mal; estoy enfermo desde hace unos días, irritable, y apenas soy responsable de lo que digo. Dile sencillamente que no está aquí.

En cuanto se marchó el negro se levantó, se puso a pasear por la habitación, refunfuñando, murmurando y pasándose nerviosamente la mano por el pelo. Era desconsolador verle así. Tía Sally nos dijo al oído que no le mirásemos, porque detestaba el que se ocupasen de él. Añadió que desde sus últimos disgustos, no hacía más que dar vueltas a su cabeza, que a veces, de noche, recorría la casa dormido. Si nos lo encontrásemos, debíamos dejarle tranquilo y sobre todo no asustarle. Sus manías no tenían nada de peligrosas; eran más bien un alivio de sus nervios. Nos dijo que solamente Benny sabía manejarle, calmarle o dejarle con sus cosas, según las circunstancias.

El continuó paseando y mascullando palabras; al fin pareció fatigado; entonces se le acercó Benny, le cogió suavemente una mano y le echó un brazo al cuello; él sonrió, se inclinó y la besó; poco a poco su cara tomó una expresión de serenidad, y ella le decidió a que se fuese a acostar. Esta tierna obediencia era conmovedora y daba gusto verla.

Tía Sally estaba acostando a los niños; todo entró en la calma; Tom y yo lo aprovechamos para dar una vuelta a la luz de la luna y coger una excelente sandía. Mientras la comíamos, pudimos cambiar nuestras impresiones. Tom afirmó que Júpiter era la causa de todo, que le vigilaría, y que a la primera ocasión haría todo lo posible para obligar al tío Silas a que le despidiera.

Hablamos y fumamos durante dos horas, y como era muy tarde, al volver a la casa, estaban todas las luces apagadas y todo el mundo acostado.

Tom, cuya mirada perspicaz se fijaba en todo, notó que la bata de su tío había desaparecido desde nuestra última salida, lo cual le pareció raro. Subimos a nuestro cuarto.

En el contiguo sentimos moverse a Benny; debía de pre-

ocuparla mucho el estado de su padre y no podía dormir. Tampoco nosotros.

Así es que nos pusimos a fumar, a hablar en voz baja; nos sentíamos tristes y muy abatidos. El asesinato y el espectro nos perseguían hasta tal punto, que no podíamos cerrar los ojos.

Más tarde, cuando todo hubo entrado en el silencio de la noche, Tom me llamó en voz baja y me dijo que mirase por la ventana. Un hombre se paseaba por el patio, con aspecto de no saber adónde iba; la oscuridad nos impedía distinguirle bien; se dirigió a la empalizada y pasó por encima; la luna, que apareció en aquel momento, nos permitió reconocer la bata verde con piezas blancas, y sobre el hombro del individuo una inmensa azada.

—Es sonámbulo—me dijo Tom. —Si pudiéramos seguirle y ver adónde va... Mira, se dirige hacia el campo de tabaco. Es imposible verle. ¡Qué lástima que se aleje!

Esperamos largo rato, pero no reapareció; volvió sin duda por otro camino. Estábamos muy inquietos, pero a la larga nos dominó el sueño, un sueño que nos valió cientos de pesadillas. Al amanecer nos despertó una violentísima tormenta; los truenos y los relámpagos eran espantosos; el viento rompía las ramas de los árboles, la lluvia caía a cántaros y por las hondonadas corrían torrentes.

—Oye una cosa muy curiosa—me dijo Tom.—Cuando salimos anoche, todavía no había oído hablar nadie de la familia del asesinato de Jake Dunlap. Es muy raro que los individuos que persiguieron a Hal Clayton y Bud Dixon, no hayan propalado su hazaña en menos de una hora. Toda persona informada la hubiera inmediatamente repetido, y la noticia hubiera corrido por las granjas como un reguero de pólvora; es tan raro un acontecimiento así, que cada cual hubiera querido ser el primero en anunciarlo. ¡Huck! Es muy extraordinario no lo comprendo.

Tom se puso muy nervioso; estaba deseando que cesara la

lluvia para poder salir y hacer hablar a las gentes sobre lo que supieran. Añadió que si nos contaban algo, habría que mostrar nuestro asombro.

Cuando dejó de llover, bajamos. Seguimos la carretera; de cuándo en cuándo nos encontrábamos con una persona que nos saludaba; le hablábamos de nuestra llegada, de la salud de nuestros parientes, del tiempo que íbamos a estar y de otra porción de cosas igualmente interesantes; nadie, sin embargo, aludió al acontecimiento; realmente era muy raro. Tom pensaba que si fuésemos a los sicomoros, encontraríamos el cadáver abandonado en algún rincón; creía también que los dos hombres habían perseguido a los ladrones al bosque, que éstos se habrían arrojado sobre aquéllos y los habrían matado, o que tal vez se habrían matado los cuatro, unos a otros. En suma, quizá no sobrevivía nadie de semejante matanza.

Así hablando, llegamos a los sicomoros. El frío de la muerte se deslizaba a lo largo de mi espina dorsal, y a pesar de cuanto me dijo Tom, me fue imposible dar un paso. Más valiente que yo, se adelantó él para ver si los zapatos continuaban en su sitio, en los pies del cadáver. Al cabo de un instante, volvió con la mirada extraviada, aterrorizado, gritándome:

—¡Se ha marchado, Huck!

—¡No es posible!—le dije yo trastornadísimo.

—Estoy seguro, se ha marchado. No encuentro huellas. El suelo está pisado, pero si ha habido sangre, la lluvia lo ha lavado todo; no hay alrededor sino charcas de agua y de lodo.

Impulsado por la curiosidad cedí, y quise ver por mí mismo. Como lo había dicho Tom, no quedaba rastro del cadáver.

—¡Diablo!—dije;—los brillantes han desaparecido; ¿no será que los ladrones hayan vuelto para enterrarle en alguna parte, Tom?

—Puede ser; pero, ¿en dónde lo han escondido? ¿qué piensas tú?

—No sé nada—dije consternado;—y es más, ahora me tiene sin cuidado. Se han llevado las botas, es todo lo que quería

saber. Puede él permanecer enterrado *ad vitam eternam*; no seré yo quien trate de desenterrarle.

Tom estaba tan abrumado como yo; tenía empeño, sin embargo, en saber lo que había sido del cuerpo, y se prometió estar de guarda toda la noche, pensando bien que los perros le olfatearían y le descubrirían.

Durante el almuerzo estuvimos malhumorados y desabridos; era ciertamente la primera vez de mi vida que un cadáver me originaba tantas preocupaciones.

MARCK TWAIN

(*Concluirá.*)

# LA AMÉRICA MODERNA

---



Los revisionistas de la historia de España. Cultura española del siglo xvi. Los renacentistas. El P. Acosta y su obra. Historia, Filosofía y Política. La crítica europea. Literatura científica hispanoamericana. Opinión de Mr. Roosevelt.—La distribución de la población, de la fauna y de la flora. El banano en los pueblos antiguos en América. Juicios de Alejandro de Humboldt.

La revisión de la historia de España fue demandada, a raíz del desastre colonial, por significados españoles; era su aspiración que se destiñesen las páginas legendarias de la historia patria, y que éstas quedasen reducidas a la austeridad, unción, humildad y resignación propias de los sermonarios y guías de moral ascética. Para que no se alimentase ninguna aspiración heroica, se clamaba que había de echarse triple llave al sepulcro del Cid; el alma impetuosa del Romancero había que extinguirla... Y algunos españoles tomaron en consideración la propuesta. Fuera de casa, menudearon las publicaciones sobre España, la triste actualidad desde 1898, dedicándose en todas ellas un párrafo (¡y cómo no!) a la consabida Inquisición, y dando un salto desde el siglo xvii al siglo xx, considerando el trecho histórico como una invariable unidad psicológica en el pueblo español.

Que los españoles, como todo pueblo derrotado, tiene que recoger sobre el campo de batalla la moral de la derrota, es

cosa fuera de duda; pero que tenga que renunciar y aun ensombrecer sus páginas de gloria... más que recoger una moral preparatoria del Renacimiento, equivale a preparar un suicidio.

La revisión de la historia patria hay que hacerla, pero comenzando por enseñar nuestra propia historia a los que de ella escriben, y difundiendo entre nosotros las páginas olvidadas y no menos grandes por no ser tan resonantes como los hechos de armas.

Difícilmente se encontrará una página más brillante y fecunda de la historia de España como aquella que registra el descubrimiento y la conquista de América; difícilmente, también, se encontrará una página más bastardeada que ésta. En Francia, por ejemplo, se lanzan todos los años algunos tomitos dedicados a los países hispano-americanos, en los que siempre suele quedar malparada la acción de España en América. Apenas he abierto los tomos de Huret sobre la Argentina, he tropezado con las invectivas consabidas: el fanatismo, los virreyes... Y de este mal francés he visto también contagiados a escritores como Levillier (1), que nos habla de tiranías, y García Calderón (2), que asocia la psicología africana a la psicología del pueblo español colonizador.

Yo invitaría a los que así escriben a dar una vuelta por las obras que produjo la actividad española apenas descubierta América, a examinar la cultura hispánica de entonces.

Los españoles Villalobos, Andrés de San Martín, Gómez Pereira y otros que siguieron después, fueron espíritus robustos que llevaron a cabo la reforma de sí mismos, emancipándose de la servidumbre mental en que yacía el pensamiento en la Europa de la Edad Media; fueron orfebres del Renacimiento que se anticiparon a Galileo y a Descartes. La visión del Nuevo Mundo no produjo en mentalidades españolas un muestra-

---

(1) Levillier: *Les origines argentines*. París, 1912.

(2) García Calderón: *Les democraties latines de l'Amérique*. París, 1912.



rio de descripcionismos sin alma o vulgares copisterías de las cosas recibidas de las tierras y gentes nuevas, sino un colosal vuelo deductivo, propio tan sólo de los espíritus profundos, que llegó a ampliar y a modificar la concepción del Cosmos. Prototipo de esta revolución espiritual fue el jesuíta español P. Acosta, y quien quiera buscar un fiador de esta afirmación, puede encontrarlo en Alejandro de Humboldt. Comprensible, justificado está el ardimiento con que Menéndez y Pelayo, el gran polígrafo español, describe la cultura científica española del siglo xvi: «¿Ofreció entonces nación alguna el espectáculo de independencia y agitación filosófica que caracteriza a España en aquella Era?»—pregunta el polígrafo.—«Todos los sistemas a la sazón existentes—continúa—tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de otros espíritus más independientes, osados e inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual a su manera, sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y de teorías que proféticamente compendiarían los varios y revueltos giros del pensamiento moderno.»

Mientras un gran número de pensadores en Europa exhumaban las obras de los maestros griegos, formándose, unos en una labor de análisis que había de desenvolver redentores anhelos espirituales, y otros cayendo en la copistería de las obras grecorromanas, llevados por el «vano desiderio de la belleza ántica», los españoles realizaban la magna interpretación de la especial fenoménica del Nuevo Mundo, y fueron los primeros en reirse y hacer donaire, como lo ofrece el ejemplo del padre Acosta, de algunas afirmaciones cosmológicas de Aristóteles y de su filosofía.

De la obra vital de España en el Nuevo Mundo, sólo ven algunos escritores ignorantes y repletos de malquerencia, la figura de los buscadores de oro, dejando en el olvido la exaltación heroica de los primeros navegantes del *Mar Tenebroso*, los descubrimientos de los científicos, las creaciones de los literatos, los monumentos de los juristas, el pietismo moralizador y el

apostolado redencionista de los misioneros, los epinicios de la espada vencedora de resistencias bárbaras al paso de la civilización greco-latina: todas las dimensiones fundamentales de una civilización y de un pueblo que irrumpía en un mundo inferior.

Cosas, ideas y palabras nuevas acarrearón los investigadores españoles de Indias para la vieja Europa. Verdaderos espíritus renacentistas, supieron separarse de las doctrinas recibidas, declarándose voluntaria y racionalmente incursos en el sublime pecado de herejía dentro del catecismo científico tradicional. El primer cronista general de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, declara la precisión de separarse de Plinio, dada la novedad de las materias que se examinan, y justifica sus rebeldías de lenguaje diciendo: «Si algunos vocablos extraños o bárbaros aquí se hallaren, la causa es la novedad de que se trata; y no se pongan a la cuenta de mi romance, que en Madrid nací y en la Casa Real me crié, y con gente noble he conversado, e algo he leydo, para que se sospeche que avré entendido mi lengua castellana, la qual, de las vulgares, se tiene por la mejor de todas: y lo que oviere en este volumen que con ella no consuene, serán nombres o palabras por mi voluntad puestas, para dar a entender las cosas que por ellas quieren los indios significar» (1).

En 1590, publicó el P. Acosta su obra monumental, titulada *Historia natural y moral de las Indias*, en la que se refleja todo el saber y la finalidad moral del gran catequista. En los seis libros titulados *De procuranda indorum salute*, se hace el estudio sociológico de los pueblos indios con tal sagacidad psicológica y poder intuitivo, que responden perfectamente al fin catequista que se propuso el autor.

El catecismo trilingüe del P. Acosta, escrito en lengua cas-

---

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general de las Indias*. Edición de la Academia de la Historia, 1851 a 1855.

tellana, quichúa y aymará, supone en el autor una gran riqueza de conocimientos filológicos y claras facultades pedagógicas. El misionero se proponía purificar la mentalidad de los indios extirpando los ritos y supersticiones de la religión animista. La labor del filólogo, con ser grande, no puede compararse con la grandeza y elevación espiritual del redencionista, con lo trascendental de sus anhelos espirituales por reformar el espíritu de los indios haciéndoles conocer una religión que, como la cristiana, inspiraba toda la civilización occidental.

No se detenía la actividad de esta gran figura en la labor catequista solamente; sus estudios filológicos prueban la gran actividad y energía que desplegaba en el orden científico. Su estudio sobre la lengua quichúa lo prueba bien claramente. Del Perú no sacaban los españoles el oro legendario y la plata que se amontonaba en grandes cerros; había otras vetas espirituales cuya explotación preocupaba hondamente a los espíritus generosos de España.

Con el siguiente título vió la luz la obra monumental del P. Acosta: «*Historia natural y moral de las Indias*, en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de los indios, compuesta por el P. Joseph de Acosta, religioso de la Compañía de Jesús, dirigida a la Serenísima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria». ¿Qué valor encerraba esta obra? Los siguientes hechos lo dicen:

Al año de haber sido publicada, se reimprimió en Barcelona por Jaime Cendrat; en 1595 fue vertida al latín, en Salamanca; en Madrid fue reimpresa en los años 1608, 1610, 1792 y 1894; al italiano fue traducida por Pablo Gallucio, y editada en Venecia en 1596; al francés, por Roberto Reynaulten, 1598, y reimpresa en los años 1600, 1606 y 1616; al inglés, por Evard Grimstone en 1604, y reimpresa en 1684; al flamenco, por Juan Hugo de Luischat, en 1598, y reproducida en 1624; al alemán, por Gotardo Artús, de Danzig; Teodoro Bry la incluyó, vertida al latín, en la parte tercera de su *Historia Occiden-*

tal; en Francia, Italia e Inglaterra se publicaron extractos y libros sueltos.

El Plinio del Nuevo Mundo fue el P. Acosta, aún más grande que el Plinio de la antigüedad, pues éste dispuso de una labor recibida, y Acosta, no.

El gran historiador de las Indias Occidentales no se limitó a mostrar el material bruto de la observación; tenía algo más que una cámara fotográfica en su cabeza, fundía y moldeaba el material cuidadosamente recogido. Como él mismo dice, su intento no era dar «noticia de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se han descubierto», sino el de suplir la deficiencia de los tratadistas que omitían «las causas y razón de tales novedades y extrañezas, por ser forasteras en la Filosofía antiguamente recibida y platicada». Su Historia era también Filosofía, y así lo dice el mismo Acosta.

Los altos vuelos sintéticos no solamente los emplea en la Historia natural, sino también en la Historia moral. Muestra de ello es el concepto de la novísima Mitología que queda esbozado al tratar «De los géneros de idolatría que han usado los indios», en donde reduce a cabezas los «géneros y suertes de idolatría, que pensar de contarlos por menudo es cosa infinita».

Nadie como el P. Acosta había reunido los al parecer dispersos elementos, los fenómenos aparentemente inconexos y los había enlazado lógicamente, ofreciendo el concepto de la armonía del Cosmos. Debe estimarse, como dice el profesor Carracido (1), como el primer revelador del vastísimo conjunto de acciones mutuas que hoy estudia la Meteorología en sus dos aspectos, exógeno y endógeno, conjunto examinado y discutido por el espíritu filosófico de su profundo observador en aquella serie de atrevidas disquisiciones, fundamento, según la irrecusable autoridad de Humboldt, de la Física del Globo, por la originalidad y alcance de las relaciones señaladas. El

---

(1) Carracido: *El P. José de Acosta y su importancia en la Literatura científica española*. Madrid, 1899.

eminente naturalista Huxley ha expuesto en nuestros días, con el más riguroso y levantado criterio científico, el novísimo sistema de los conocimientos zoológicos en un libro en que, tomando al cangrejo por asunto de múltiples evoluciones, educa todos los tipos de la morfología animal. Pasteur, discurrendo sobre el caso particular de los ácidos tartáricos, compuso una teoría general de la estructura molecular; pues análogamente el inquiridor de las causas y razón de las novedades y extrañezas observadas en las Indias occidentales, al tratar en el siglo *vxi* de las condiciones sólo de una línea terrestre, la *equinoccial*, penetró, guiado por los resplandores de su intuición, en las más oscuras cuestiones científicas, por haber descubierto en ella «tantas y tan admirables propiedades, que con gran razón despiertan y avivan los entendimientos para inquirir sus causas, guiándonos, no tanto por la doctrina de los antiguos filósofos, cuanto por la verdadera razón y con cierta experiencia» (1). Partiendo de lo singular de una línea, discurrió por la anchura del planeta pesquisando, «la causa de los vientos alisios y de las corrientes marinas, la del decrecimiento del calor, ya al ascender la pendiente de las cordilleras, ya al sondear las profundidades del Océano; la acción mutua de los volcanes y su trascendencia a los temblores de tierra» (2); en suma, los más arduos problemas de la ciencia, desde los físicos hasta los antropológicos, los cuales, aunque ya propuestos y discutidos por los primeros historiadores de Indias, no se presentaron constituyendo cuerpo de doctrina, orgánico en el enlace de sus miembros, y animado en su conjunto por el calor discursivo del espíritu filosófico, en obra alguna antecedente a la del P. Acosta, sin excluir la de Fernández de Oviedo.

Veo venir la objeción de los contradictores impenitentes; las rectificaciones físicas, pase; pero, ¿qué independencia de juicio había de tener un religioso, y jesuíta por añadidura? El

(1) *Historia natural y moral de las Indias*, lib. II, cap. L.

(2) A. Humboldt: *Cosmos*, tomo II, pág. 315.

mismo Acosta dice que al guiarse por el criterio de la verdadera razón y experiencia cierta, hubo de apartarse, al discutir sobre las propiedades de las equinocciales, de la doctrina de los antiguos filósofos, y también de «los Santos Doctores de la Iglesia, si en algún punto de Filosofía y Ciencias naturales sienten diferentemente de lo que está más recibido y aprobado por buena Filosofía» (1), y por la misma razón hasta de algunos exégetas de las divinas Escrituras, declarando que «no hemos de seguir la letra que mata, sino el espíritu que da vida, como dice San Pablo» (2). Al lado de estas declaraciones aparecen observaciones astronómicas de gran valor, y aborda las cuestiones relativas a la etnogenia americana.

Dentro de los estudios de etnografía comprende a todas las razas, sin excluir a las inferiores. Así escribe: «No hay gente tan bárbara que no tenga algo bueno que alabar; ni la hay tan política y humana que no tenga algo que enmendar, pues cuando la relación o la historia de los hechos de los indios no tuviese otro fruto más de este común de ser historia y relación de cosas que en efecto de verdad pasaron, merece ser recibida por cosa útil, y no por indios es de desechar la noticia de sus cosas, como en las naturales vemos que no sólo de los animales generosos, de las plantas insignes y piedras preciosas escriben los autores, sino también de animales bajos, de hierbas comunes, de piedras y de cosas muy ordinarias, porque allí también hay propiedades dignas de consideración» (3).

No se limita la obra del P. Acosta a las descripciones relacionadas; aborda también y se adelanta muchos siglos al pensamiento político del siglo xvii, la cuestión magna del régimen colonial conveniente, apartándose del pensamiento asimilista de su tiempo. Expone con satisfactoria claridad los beneficios que pueden conseguirse con la noticia de las leyes, costumbres

---

(1) *Historia natural y moral de las Indias*, lib. I, cap. I.

(2) *Idem*, id., cap. IV.

(3) *Idem*, id., lib. VII, cap. I.

y policía de los indios, cuales son: «Ayudarlos y regirlos por ellas mismas, pues en lo que no contradicen la ley de Cristo y de su Santa Iglesia, deben ser gobernados conforme a sus fueros, que son como sus leyes municipales. Por cuya ignorancia se han cometido yerros de no poca importancia, no sabiendo los que juzgan ni los que rigen por dónde han de juzgar y regir sus súbditos» (1).

En la historia de la cultura española quedarán eternamente como modelos de razonadores, de espíritus independientes, aquellos hombres que, como el médico Villalobos decía: «Yo no hablo con los teólogos, y si los filósofos se acogen a ellos, harán como los malhechores que se acogen a la Iglesia»; los que, como el piloto Andrés de San Martín, declaraban: «Toque a quien tocare, en el *Almanak* están errados los movimientos celestes, *sicut experientia experti sumus.*»

Cierto es que las almas exaltadas por el apostolado, como fueron el P. Las Casas y el P. Acosta, se hicieron, en cierto modo, incompatibles con los virreyes; pero esto no prueba nada contra el Gobierno y la acción militar de los españoles. Era sencillamente el choque inevitable que se había de producir entre dos sentimientos morales distintos: entre la moral del sacerdote y la moral del soldado. Aquél, todo es misericordia y perdón; éste, fuerza y dominio; unos amparan, otros guerrean. Sin la fuerza del soldado no se habría realizado la conquista, sin la generosidad del misionero no se habría adoctrinado a los indígenas en una moral superior.

He aquí las palabras con que un gran científico alemán, Alejandro de Humboldt, reivindica timbres de ciencia española: «El fundamento de lo que hoy llamamos Física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla en la *Historia natural y moral de las Indias*, del jesuíta José de Acosta, y en la obra que publicó Gonzalo Fernández de Oviedo, veinte años después de la muerte de Colón. *Desde la funda-*

(1) *Historia natural y moral de las Indias*, lib. VI, cap. I.

*ción de las sociedades humanas nunca se había ensanchado tan repentinamente y de modo tan maravilloso como entonces el círculo de las ideas, en lo que toca al mundo exterior y al sistema de sus relaciones en la dilatada extensión del espacio.»*

Hœfer dice en su *Historia de la Química* que la figura del metalurgo español, Alvaro Alonso Barba, es la *única* en todo el siglo xvii digna de especial mención. Alonso Barba escribió su obra *Arte de los metales* sobre las bases de sus trabajos en América, siendo vertida a muchas lenguas europeas. El investigador español negó la persistencia de los elementos, orientándose hacia la Química evolucionista que había de tener plena confirmación en los grandes maestros del siglo xx.

Löffling, el discípulo predilecto de Linneo, decía a su maestro que había recibido una gran sorpresa al encontrar en España naturalistas muy estimables, autores de excelentes colecciones y herbarios. Alejandro de Humboldt afirma que «ningún Gobierno europeo sacrificó sumas más considerables para adelantar el conocimiento de los vegetales que el Gobierno español. *Tres expediciones botánicas*, la del Perú, Nueva Granada y Nueva España, dirigidas respectivamente por los señores Ruiz y Pavón, D. José Celestino Mutes y los Sres. Sessé y Mociño, costaron al Estado casi dos millones de francos». Tales exploraciones enriquecieron la Fitografía con la descripción de cuatro mil especies nuevas; merced al impulso de estos estudios, se fundó el Jardín Botánico de Méjico en el mismo palacio del virrey.

A Frybeg envió España pensionados para que estudiasen en la famosa escuela de Mineralogía, y dos de ellos, los descubridores de los cuerpos simples, los Sres. D. Andrés del Río y D. Fausto El huyar, fueron enviados a la Nueva España, a fin de que aportase el Real Seminario de Minería toda la cultura científica recogida en Europa.

La malquerencia de algunos escritores europeos hacia España en el período de su grandeza, la explica Lord Macaulay diciendo que Europa se expresaba «como un hombre cuyo



corazón está henchido de odio, pero que humillado por el que odia, siente penosamente la superioridad, no sólo del poder, sino también de la inteligencia de su enemigo». Hoy la malquerencia de algunos obedece a otras causas. Por una parte, los que de España tratan, apenas la conocen; por otra, molesta el elemento español como concurrente de otros pueblos en la América española. Se pretende desespañolizar el antiguo dominio colonial español, y no se perdona medio para ello, aunque para esto tengan que dejarse en el tintero tales escritores la honradez científica.

En medio de tantos dislates, se tiene el consuelo de contemplar cómo la verdad va abriéndose paso. Y no son solamente los españoles que dedican sus esfuerzos en pro de la cultura ibero-americana en España, sino muchos americanos los que reconocen y proclaman la obra civilizadora de España en América. El Arzobispo de Montevideo decía en 1908: «Descendiente de españoles, siento correr por mis venas la ingénita simpatía por la querida y noble Patria, España; y no es sólo simpatía, sino verdadera admiración y orgullo de raza, porque yo desafiaría al más ilustrado historiador a que demostrara la existencia en la historia de la humanidad de una nación, de cualquier raza que sea, más gloriosa y más heroica que España; y mucho menos se demostrará que haya existido una nación-madre más fecunda de naciones y pueblos, con la particularidad admirable de que en esa gestación prodigiosa no haya perecido anémica después de haber dado la existencia a tantas hijas como son las Repúblicas hispano-americanas.»

Quien estas líneas escribe se complace en aducir el testimonio de hombres con ejecutorias científicas europeas, de espíritus cultivados que, como el profesor Carracido, tiene un lugar bien ganado en la literatura científica europea. No pueden los hombres de tal estirpe violentar los hechos de manera tendenciosa, con el fin exclusivo de inventar una historia rehabilitadora de países culpables; los que han hecho de la re-

busca de la verdad un sacerdocio, no pueden, aunque quisieran, traicionar ni un solo momento la fe científica. Así escribía el profesor Carracido en una obra admirable: «Vencida España y despojada de los últimos restos de su soberanía en el mundo que descubrió y conquistó, urge invalidar las acusaciones de la ingratitud triunfante, mostrando en todo su esplendor los timbres que ennoblecen la obra colonizadora de la nación tan injustamente maltratada por muchos de sus hijos. Patentizar con testimonios irrecusables que la tradición hispánica de los modernos pueblos americanos no la forman exclusivamente—como suele afirmarse con tanta malevolencia como ignorancia—la ferocidad de la soldadesca, ni la sordidez del explotador, ni siquiera el fanatismo del misionero, es contribuir al advenimiento del anhelado día de la reparación, en el cual la justicia vuelva a unir con lazos de afecto a los que vivieron por engaño en el desprecio o en el odio. Entonces se reconocerá que nuestra patria, en la medida de sus recursos, no fue avara de entendimientos superiores ni de corazones generosos en la empresa de ilustrar y edificar a los míseros habitantes de sus nuevos dominios, y en este reconocimiento será uno de los más venerados representantes de la vieja metrópoli aquel que en tierras del Nuevo Mundo, impresionado por lo que en ellas observaba y sentía, escribió las páginas geniales de los libros *De natura novi orbis*, y las cristianas del tratado *De procuranda indorum salute* (1).» El ilustre español se refiere a la magna labor del P. Acosta.

«Constantemente afrentados por la ausencia de nombres españoles en el libro de honor donde se inscriben los de los investigadores de las leyes naturales, sin acallar el ansia de salir de nuestra vergonzosa obscuridad, podemos tener algún consuelo recordando que fuimos los principales investigadores del Planeta, y los primeros en ofrecérselo a la Humanidad en toda su redondez. Y si en los libros de Física y de Química

---

(1) P. Acosta: *Historia natural y moral de las Indias*.

nunca leemos los apellidos de nuestra genealogía nacional, allá están diseminadas por los grandes Océanos las islas de *Pérez* y de *Juan Fernández*, exhibiendo en medio de las embravecidas olas, la ejecutoria de las audaces iniciativas de los patronímicos más vulgares de los linajes hispánicos» (1).

Tal vez alguien, perturbado por la suspicacia, crea que estas palabras no son más que una piadosa manifestación del deseo, siempre noble, de realzar la historia patria; tal vez alguien diga que aunque la ciencia no tiene patria, los científicos sí la tienen. Para tales intérpretes, remito los siguientes párrafos de un reciente discurso de Roosevelt, el popular político norteamericano:

«Yo no comprendo ninguna institución humana sin religión; yo entiendo por religión la cristiana, y aunque no la practico personalmente, no sólo reconozco que la católica romana ha sido la directa intérprete de las enseñanzas del Redentor, que a «ella» debemos la implantación de la «gran luz» en aquella Roma de los Césares, dueña del mundo como ahora lo es del mundo de las almas creyentes, sino que esa Iglesia, por su disciplina, por su penetración en el palacio y la choza, por su continua propaganda espiritual y personal, por más que a veces resulte intransigente (lo que débese atribuir a la personalidad del sacerdote, no al dogma), lo que sí es innegable es que nunca deja a sus fieles expuestos a dudas fundamentales, ni deja una hendidura en la red mística que teje en torno de cerebros y corazones por donde pueda escaparse el sofista o vacilador, para, contra la sentencia de Cristo, adorar los falsos dioses, sostener doctrinas sociales y políticas equivocadas, ni divorciarse ni materializarse, alucinándose con amar las Ciencias.»

Y después de citar a Descartes, Pasteur y otros eminentes sabios como hombres de fe y religión, dice:

---

(1) José Rodríguez Carracido: *Valor de la literatura científica hispanoamericana*, Madrid 1908.

«Víctor Hugo dijo: «La ciencia de hoy fue desconocida ayer y será la mentira de mañana; el hombre no debe contar más que con dos verdades: la Religión, es decir, Dios en el cielo, y la Justicia, es decir, la libertad en la tierra.»

»Sólo que confundimos cuando un tirano se escuda en la Religión para acuchillar un pueblo, o un pueblo, como en ciertos países, para invadir otros; la Iglesia católica no era Carlos IX en la San Bartolomé; esa Iglesia tiene mártires y no verdugos.

«Y no sólo me fijo en la Iglesia católica por su universalidad, su *catolicismo*, sino justamente, porque entre los miles que me oyen, muy pocos son de esa fe y están acostumbrados a oírla calumniar. Voy a daros un ejemplo: Entre ustedes no habrá uno solo que ignore la vida y hazañas de Colón; todos saben, más o menos, que el navegante genovés compareció ante los catedráticos sacerdotes de Salamanca para explicar su teoría geográfica; pero lo que quizás ignoren ustedes es que tal era la omnisciencia de aquellos frailes que, al no convenir en el plan de Colón, le dijeron: «Nosotros no nos meteremos en cuanto a la facilidad de llegar usted a las costas orientales de la India; pero lo que sí creemos es que de extenderse el Atlántico tanto como usted asume, «ha de existir una inmensa lengua de tierra, interpuesta por Dios entre la meta que usted busca y la de Europa, pues no nos parece posible que el Atlántico y el Pacífico sean un mismo Océano con dos nombres.»

»Es decir, ellos presintieron la existencia de estos dos continentes; lo que el mismo Colón, que descubrió las islas occidentales, murió sin saber, y por eso se llama América, en honor del resolovedor del problema, Américo Vespucci; pero se me dirá que estoy defendiendo la Iglesia en el terreno científico. ¡Ah! Es que sólo así es posible que se le ataque, aunque inútilmente; pues en lo práctico, sin ocuparme de su obra, sin rival en los hogares, yo os narraré un poco de lo que también ha hecho.

»Ella inspiró aquella espléndida floración del tiempo de los

Reyes Católicos, de energías intelectuales y morales más exuberantes que las de aquellos bosques vírgenes de esta América, de aquellos frutos sazonados del siglo de oro español; *ella creó el carácter español, superior al espartano, robusto y viril, noble y generoso, grave, valiente hasta la temeridad; los sentimientos caballerescos de aquella raza potente de héroes, sabios, santos y guerreros que nos parecen legendarios; de aquellos corazones indomables, de aquellas voluntades de hierro, de aquellos aventureros nobles y plebeyos que en pobres barcos de madera corrían á doblar la tierra y ensanchar el espacio, limitando esféricamente el globo y completando el planeta, abriendo al través del Atlántico nuevos cielos y nuevas tierras, donde los ríos son mares y el territorio integra otro mundo, iluminado por astros que no soñó Tolomeo; ella movió a esa raza española, que ha hecho lo que ningún otro pueblo: descubrir un mundo y ofrecérselo a Dios, que se lo concedió — a Dios como altar, como trono; — fue un fraile, Las Casas, el que inspiró las «Leyes de Indias», paternales, para que los españoles, con la transfusión de su sangre, de su vida y de su fe, implantaran una civilización muy distinta a las de otros pueblos conquistadores, que matar y esclavizar razas, como han hecho los franceses y los ingleses, y nosotros mismos con los indios en Norte-América, y están haciendo los ingleses en la India y los alemanes en Africa.*

» Y cuando os cuentan patrañas de esa tan mal comprendida «Inquisición», sepan ustedes que históricamente se comprueba que la Iglesia no quemó ningún sabio verdadero ni artista de valer; que no ahogó el pensamiento; los errores de la Inquisición eran errores del tiempo; entonces no se entendía de libertad de la Prensa, ni había prensa de imprimir ni de planchar; la Iglesia quemó clérigos renegados o insubordinados; por ejemplo, uno de sus más grandes condenados, Bruno, «que lo mereció»; quemó idiotas, asesinos, astrólogos y brujas, como quemaron nuestros padres puritanos, precisamente en esta plaza donde estamos reunidos.

» La Iglesia católica está educando «gratis» en sus escuelas,

«donde pagan los niños católicos», a muchachos y muchachas protestantes y judíos que no tienen aulas bastantes en las escuelas públicas, y el pago que le damos a esa Iglesia es cobrarle contribuciones por escuelas nacionales que no usa.

»Ahora, después de lo dicho, después que yo, protestante, me he pasado con armas y bagajes, teóricamente, al campo católico, calculen ustedes si soy intransigente en cuestiones de fe.»

Roosevelt, el que se batió contra España, rompe hoy una lanza en favor de la verdad y de la historia nuestra.

Ante testimonios de propios y de extraños, cimentados en la más pura documentación histórica, ¡cuán pequeñas parecen las invectivas de los escritores que se complacen en avivar en el mundo las bajas pasiones sacrificando la verdad!

\*  
\* \*

Los movimientos migratorios de la humanidad han sido correlativos de los movimientos migratorios de faunas y floras; la distribución geográfica de la población, su densidad o rarefacción, no son independientes ni de la cantidad ni de la calidad de la fauna y la flora, sobre todo de esta última. Un campo de bananos de la zona tropical, dice Ritter, nutre veinticinco veces más hombres que un campo de trigo de igual superficie. Humboldt, afirma que no 25 sino 133 veces más hombres.

Las frutas, las raíces y los tubérculos tuvieron en la civilización primitiva mucha mayor importancia que en la actualidad, dice Schmoller. En los países tropicales, ciertos árboles y plantas, nutren al hombre casi, sin que éste tenga que tomarse ningún trabajo en su cultivo; por ejemplo, el árbol del pan, las palmeras datilíferas, la palma de Palmira, la palma del coco, el banano, etc.

No cremos que se pueda hacer la historia de la Humanidad en un sentido materialista, ni mucho menos que, como alguien ha intentado, el salmón, el cerdo y la hierba puedan explicar

la historia de galos y eslavos... pero la influencia de las condiciones vegetales en la población, es lo bastante grande para que se haga una consideración especial sobre el tema. Sociólogo de tanta fama como Ratzel ha hecho la observación de que la tendencia a vivir al día, al proletariado, es propia de los países meridionales, precisamente por la prodigalidad del suelo. El banano, por ejemplo, ha desempeñado un gran papel en la vida de la población de grandes regiones americanas.

Todas estas precisiones científicas las sintetizaba Bello en su *Silva a la Agricultura en la zona tórrida*, diciendo con lenguaje de nítido clasicismo:

Y para ti el banano  
Desmaya al peso de su dulce carga;  
El banano, primero  
De cuantos concedió bellos presentes  
Providencia a las gentes  
Del Ecuador feliz, con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
El premio rinde opimo;  
No es a la podadora, no al arado  
Deudor de su racimo;  
Escasa industria bástale, cual puede  
Hurtar a su fatiga mano esclava;  
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
Adulta prole en torno le sucede.

Todo ello justifica el estudio predilecto hecho por la Sociedad de Agricultores de Colombia sobre el banano.

El Dr. Rafael Uribe traza el cuadro completo de la historia y del cultivo del banano, dándole un sentido a su estudio algo más superior que el simplemente agronómico.

Uribe afirma que no se sabe con certeza cuál es la primera patria del banano, pues todos los países tropicales se la disputan. Esta preciosa planta es conocida desde el origen del género humano, y parece contemporánea del hombre primitivo. Descripción completa de ella se encuentra en los *Vedas*, en las

leyes de Manú y en otros monumentos de la literatura sánscrita. Sábese que en la parte occidental de la India se cultiva desde los tiempos más remotos. Las tradiciones semíticas la hacen originaria de las orillas del Eufrates; otras, del pie del Himalaya, y otras, de la parte oriental de Indostán. Lo cierto es que nadie ha encontrado la planta en estado salvaje, y que, como el trigo, el maíz y la papaya, puede colocársela entre los vegetales míticos, o sea aquellos respecto de los cuales los pueblos han imaginado alguna leyenda sobre el modo cómo la Providencia los agració con su útil posesión y goce. Aún hay tribus que, atribuyendo al banano origen divino, lo rodean de supersticiones, tales como considerar sacrilegio arrebatarse el fruto antes de su madurez. Los primeros portugueses que, doblando el cabo de Buena Esperanza, fueron a la India y encontraron allí el banano, se abstendrían de cortarlo al través, creyendo descubrir en el interior una cruz.

Teofrasto habla de un árbol de la India, cuyas hojas tenían hasta doce palmos de largo y se asemejaban a grandes plumas de avestruz. El médico árabe Abd-Alatif dice que el primer pie de banano fue llevado de la India por los musulmanes al Asia Menor, de donde luego lo pasaron a Egipto. Plinio lo llama Pala, nombre que aún es vulgar en la costa de Malabar. Avicena lo denomina *Mugy*. Varios autores creen que es el *doudaim* de la Biblia; otros juzgan, que el enorme racimo con que apenas podían dos israelitas cuando se lo llevaban a Moisés, de la llanura de Escalón, como muestra de la fertilidad de la tierra prometida, no era de uvas, sino de plátanos. En la Edad Media, los cristianos lo llamaban *pomum paradisi*, y creían que fue el fruto prohibido de que se sirvió la serpiente tentadora para hacer pecar a nuestra madre Eva, y nadie negará que, a la vista y por el perfume, sabor y tacto, tiene más atractivos de seducción un banano que una manzana. También creían los primeros cristianos que fue con hojas de plátano con lo que Adán y Eva cubrieron su desnudez cuando les hubo venido la vergüenza, y hay que convenir en que para



este primer ensayo de indumentaria se prestaban mucho mejor las amplias hojas del banano que las diminutas de la higuera o de la parra, sobre todo complementándolas con las guascas o fibras del tronco, a guisa de cordones y cintas, pues parece probable que, por lo menos, aquella buena señora que causó nuestra perdición, ya pondría en sus trajes un poco de modas y coquetería.

Según esto, el banano fue el verdadero árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la sabiduría. De estas antiguas tradiciones se hizo eco Linneo, el padre de la Botánica, al combinar el nombre árabe del banano, *musa*, con los calificativos de *sapientium* y de *paradisiaca*, para designar las dos principales especies, la del guineo y la del hartón. Otros creen que la voz *musa* no viene del árabe *mauz*, con que en aquella lengua se designa el banano, sino que Linneo la empleó en honor de Musa, célebre botánico italiano. Pedro Matheoli, otro naturalista del mismo país, fue el primero que dió la descripción y el diseño de la planta.

¿Es el banano indígena de América, o es importado? Fortester y otros naturalistas sostienen que la planta no existía en el Nuevo Mundo antes del descubrimiento. En efecto; Oviedo, en su *Historia Natural de las Indias*, no la menciona entre los vegetales indígenas, que distingue cuidadosamente de los traídos de Europa. Al contrario, asegura que vió el plátano cultivado cerca de Almería, ciudad del reino de Granada, y en el convento de Franciscanos en las Islas Canarias, de donde tomó algunos pies Fray Tomás Berlangas, en 1516, para traerlos a la Española, hoy Santo Domingo, propagándose de allí a las otras Antillas y a la Tierra Firme.

Opuestamente, el escritor peruano Garcilaso de la Vega cuenta el plátano entre los vegetales que formaban la base de la alimentación de los Incas, y lo confirma el padre Acosta, quien refiere haber hallado su cultivo establecido de larga data antes de la conquista, en las márgenes del Orinoco, del Amazonas y de sus afluentes. Según Humboldt, en toda la

América tropical es tradición constante que el plátano se conocía mucho antes de la llegada de Cristóbal Colón. Lo comprueba diciendo que en varias de las lenguas americanas existen palabras propias, esto es, no exóticas, para nombrar el plátano. Los indios del Brasil que hablan *tupi*, llaman *pacoba* al hartón, que todavía en portugués se distingue con el nombre de *banana da terra*, y *pacob-assú* al dominico. En dialecto tamanaco, el plátano es *parurú*, y en maipuro *arata*, de donde quizá procede el provincialismo *aratos* con que se designan los plátanos dobles o gemelos, es decir, el fenómeno de presentarse dos de ellos íntimamente pegados.

Por otra parte, es en América donde se encuentra el mayor número de variedades, lo que induciría a pensar que la planta ha tenido allí largos ciclos de diversificación; y un género de la familia, el de las *heloconias*, tiene en aquel continente representantes propios, como el *platanillo*, el *murrayo*, el *vihao* y otros, siendo el otro género el de las *uranias*, autóctono del Viejo Mundo.

Redarguyen otros autores afirmando que el Asia es la tierra del banano, como de la Humanidad. Bajo las sombras de sus anchas hojas, los brahmanes y sabios hindús llamados gimnosofistas, pasaban su vida meditando o disertando sobre asuntos filosóficos, y el fruto constituía su alimento ordinario, según Plinio. Aparte de la indicada emigración a Arabia y a Egipto, y por la costa septentrional del Africa hasta el Snr de España, y de ahí al Nuevo Mundo, los portugueses lo traerían de la India para las Azores, de donde iría a las Antillas. De la India pasó también, no hay duda, a Ceylán, a Java, a Sumatra y luego a la Oceanía, y especialmente a Filipinas, archipiélago volcánico donde su cultivo halló las más propicias condiciones. Era fácil y debe remontarse a la mayor antigüedad, el desparramamiento del banano desde el Indostán hacia Occidente hasta ganar el Africa, donde también encontró un medio adecuado a su propagación. De la costa de Zancíbar, lugar primero de su llegada, se internó a la región de los gran-

des lagos, y en seguida al corazón del continente y a las florestas del Congo, uno de los climas más ardientes, húmedos e insalubres del globo. Ahí se sentiría el banano mejor aún que en su país natal: todavía la tribus negras rodean sus *kraals* con densos platanares, que les dan alimento y les sirven de trincheras en sus continuas guerras. Es natural pensar que con el tráfico de esclavos fuese el banano a América, o por lo menos, algunas de sus variedades, como la del *guineo*, según lo indica su nombre, derivado de la comarca africana de Guinea.

Concluyamos conciliatoriamente asentando que el precioso vegetal ha existido siempre en ambos mundos, y que sólo son sus variedades las que se han cambiado del uno al otro.

*Denominación.*—En cuanto al nombre genérico que en lenguaje vulgar tiene la planta, el más generalizado en los países americanos que hablan el castellano es el de *plátano*, del latín *plátanus*, derivado a su vez del griego *plátanos*, de *platus*, ancho, por alusión a las hojas anchas y largas del árbol. Pero conviene advertir que el nombre propio de plátano, en francés *platane*, corresponde a un árbol de las zonas templadas, que alcanza hasta cuarenta metros de altura, un enorme grosor de tronco y extraordinario desarrollo de copa. La etimología justifica la aplicación del nombre *plátano* al banano, por las dimensiones de sus hojas; pero no por la semejanza con el plátano europeo, que es ninguna; y no es fácil explicar por qué los españoles llamaron así a esta planta, ya la trajesen del Viejo Mundo, ya la encontrasen en América.

En cuanto a la palabra *banano*, unos dicen que viene del Indostán, y otros que pertenece a la lengua indígena del Chaco, estrechamente relacionada con el Guaraní. Es la que en inglés, francés y otras lenguas sirve para designar todo el género *musa*; mientras que en América sólo dan ese nombre a la variedad que se come cruda como fruta de mesa, y que hoy se destina especialmente a la exportación. Es la misma que en Costa Rica llaman *guineo*; pero que no por esto debe identifi-

oarse con la variedad que en el interior de Colombia llaman así. Ojalá se pudiera convenir en llamar *banano* al vegetal y *plátano* al fruto, esto es, a cada uno de los que componen el racimo. Aunque la designación genérica de *plátano* para aplicarla a la planta, parece impropia, por lo que queda dicho, es difícil modificar el hábito que hay de usarla; y de seguro que no ocasionará confusiones si, como también es costumbre, le agregamos como adjetivo la variedad: plátano hartón, plátano dominico, plátano banano.

*Geografía.*—El banano se cultiva en una faja de 75° de anchura alrededor del globo, desde los 35° en el hemisferio austral hasta los 40° en el boreal; pero no hay duda de que su región propia está circunscrita a los trópicos, pues más allá, las estaciones comienzan a ser sensibles, y entonces la planta no puede acumular el coeficiente de calor que le es indispensable para su desarrollo y fructificación normales. Como quiera que sea, el banano es uno de los vegetales más repartido en el mundo, y especialmente en el continente americano, sobre todo, desde que Humboldt llamó la atención sobre él, y demostró que, lejos de ser un alimento ordinario, bueno apenas para los africanos, es un fruto de gusto exquisito y de gran poder nutritivo.

Por lo que hace a la altura, la región en que prospera, va desde el nivel del mar hasta los 1.500 metros; el cultivo decae a los 1.800; de ahí en adelante, si la planta vive, es a expensas de la cantidad y de la calidad del fruto, que llega a desaparecer de los 2.300 para arriba.

Al contrario, esa calidad y cantidad aumentan a medida que la temperatura se eleva; entre los 17° y los 22° halla el cultivo su límite; de los 22° a los 24°, el producto es apenas regular; de los 24° a los 29°, y de ahí en adelante, pasa a ser remunerador hasta llegar a su máximum de rendimiento. El dominico y el enano se contentan con 18°; de 28° a 30° es donde el banano, propiamente dicho, vegeta con más vigor. A todo lo largo del ferrocarril de Santa Marta, desde Papares

hasta Fundación, la temperatura media es de 29°, por lo que el banano está ahí a todo su amaño.

Actualmente su producción, como artículo importante de comercio, fuera del radio del consumo local, se limita a unas pocas regiones especialmente favorecidas por la Naturaleza, donde se reúnen estos cinco factores: clima, lluvias periódicas o regadillo posible, salida fácil, proximidad a los mercados de consumo y abundancia de brazos. Hasta hoy, las comarcas en que concurren esos elementos son contadas. La costa Sur del Golfo de Méjico; la parte de Guatemala cercana al ferrocarril de Puerto Barrios; la de Honduras, que se sirve por el ferrocarril de Puerto Cortés; la de Costa Rica, que emplea el ferrocarril de Puerto Limón; la región de Bocas del Toro, en Panamá; ciertas porciones de Cuba, Jamaica y Santo Domingo (Puerto Rico no exporta banano); la Guayana holandesa, donde apenas principia la industria, y la provincia de Santa Marta, de Colombia, al favor de su ferrocarril.

Después de todo esto, hay que recordar que el hombre por su espíritu, como escribió en *Cosmos* Alejandro de Humboldt, se retrae más que el resto de los seres al imperio de las fuerzas de la Naturaleza.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—COSTUMBRES: El reino de las perlas.—LITERATURA: Elena Vacaresco.—DERECHO POLÍTICO: La representación proporcional.—EDUCACIÓN: El nuevo *Emilio*, de Prevost.—FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: Anatolio France y la Historia.—BELLAS ARTES: Los independientes.—IMPRESIONES Y NOTAS: Sócrates y la belleza.—El Código de la Garduña.—La palabra *rastaquouere*.—Una buena recomendación.—La verdadera vida.

## COSTUMBRES

EL REINO DE LAS PERLAS.—La perla ha sido apreciada como adorno de la mujer desde la más remota antigüedad. Es citada en el *Antiguo Testamento*, figura en todas las reliquias glípticas que nos han dejado asirios, persas, egipcios y babilonios, y ha disfrutado siempre del favor de todas las elegantes. En Francia hicieron su aparición como adorno mujeril en la corte de Enrique II con Catalina de Médicis, y hasta hace cosa de veinte años, según dice Leonardo Rosenthal en *La Revue*, no han sido llevadas sino por personas distinguidas. En España, Polonia y Rusia oriental, la perla ha sido conocida y estimada en todo tiempo como adorno corriente y nacional. Hoy es la joya de moda en todo el mundo culto, y es una verdadera locura la que sienten las mujeres por poseer un buen collar de perlas.

Este gusto creciente y cada vez más difundido por la perla ha encarecido de tal modo su adquisición, que hay señoras que las compran como colocación ventajosa de su dinero contando

con revenderlas con ganancia. Las pesquerías de perlas son insuficientes para atender la demanda, y fuerza es recurrir a la compra de perlas usadas, habiéndose así rescatado poco a poco, y a costa de muchos millones, la mayor parte de las existentes en las repúblicas centrales de América y las guardadas como reliquias de familia en multitud de pueblos del interior de Europa, ignorantes del enorme valor que las perlas han llegado a conseguir. Así se han agotado las perlas de Costa Rica, Panamá, Polonia, España y Rusia, y ahora se anda a caza de los Rajahs de la India para arrancarles las que tan celosamente guardan en sus tesoros. En China, las familias se separan con sentimiento de sus perlas, y hay que acudir a las que se conservan en los sepulcros, de cuya procedencia son la mayor parte de las que se encuentran en los mercados de Hong-Kong y de Shanghai; como los chinos han tenido siempre la costumbre de enterrar a los muertos con sus alhajas, los bandidos hacen un comercio lucrativo apoderándose de ellas violando las sepulturas. Agotados de este modo los depósitos de perlas usadas y siendo cada vez más rara la pesca de buenas perlas, pues en todo el año de 1911 no se han sacado más que unas cuarenta perlas que pasen de veinticinco gramos en las pesquerías del golfo Pérsico, se comprende la carestía de este artículo, que en el espacio de tres o cuatro años ha doblado de valor, por el enorme pedido de perlas que todo el mundo viene haciendo.

Hay quienes creen que es cuestión de moda, y que llegará un momento en que no se lleven perlas; pero ¿con qué se las reemplazaría? No puede ser con piedras de color, esmeraldas, rubíes o zafiros, cuyas mejores minas están agotadas, ni menos por los brillantes, porque el gusto se ha afinado demasiado y es difícil ver a una señora salir a la calle con cristales tallados en las orejas y en el cuello.

La ostra perlera existe un poco en todas partes, pero únicamente se explotan las pesquerías ya conocidas, porque las demás no dan rendimiento suficiente. La principal es la del golfo Pérsico, que produce anualmente de 40 a 60 millones de

francos, cifra a la que no llegan todas las demás pesquerías juntas. Se imagina uno que el pescador de perlas debe ser un hombre muy rico, que hace a escape su fortuna; nada más distante de la verdad. Los barcos perleros se encuentran a unos 400 a 500 kilómetros de la costa de Arabia, y unos 60 ú 80.000 indígenas son los que se ocupan de la pesquería. Al principio del verano, el árabe capitán del barco empieza por proveerse de arroz, dátiles secos, café y azúcar; un árabe rico (entre diez o quince tienen todo el país) adelanta esas provisiones con un recargo de 30 ó 40 por 100, reservándose el derecho de comprar las perlas, en las mejores condiciones, a la vuelta del pescador; si la cosecha es mala, los intereses se acumulan y el desastre es completo. Rosenthal cita el relato de un comprador francés que, en contacto con los árabes, ha asistido a las escenas de las pesquerías.

«Una mañana, a las cuatro —dice,— llegué a bordo de un velero en el que se hallaban 80 pescadores; todos estaban en su puesto, con silencio impresionante, y ejemplar disciplina reinaba a bordo. Cada dos o tres minutos, unos treinta hombres se sumergían, suspendidos de cuerdas tendidas por sus compañeros. Su manera de pescar es de las más primitivas: los únicos instrumentos de que disponen son unas pinzas de hueso, que les sirven para comprimirse las narices, y unos dedales de cuero, que les protegen contra las cortaduras que puedan hacerse al arrancar las conchas de las rocas; un cestito, que llevan delante, y una piedra, a la que están atados, completa su equipo. Cada inmersión dura de dos a tres minutos; cuando los sacan, su aspecto es lamentable, y la mayor parte están sofocados. He observado también que muchos de ellos son sordos, y el capitán me ha confiado que rara vez pueden trabajar más de cinco años.

»Los pescadores que acababa de ver sumergir habían bajado a 20 metros de profundidad. De pronto observé un movimiento inusitado en un lado del barco, desde donde se sumergieron vivamente unos diez pescadores en el mismo sitio. El



capitán me dijo entonces sin ninguna emoción:— Es un pescador que no hace ya señales con su cuerda; sin duda le ha mordido algún pez o le ha dado un síncope.— Por mi parte sentí viva emoción; al fin vi aparecer un pescador arrastrando inanimado y ensangrentado a un compañero que había sido arrastrado por la corriente a 30 metros del barco; me dijeron que un pez, llamado aquí el *diablo* (un pulpo), le había chupado la sangre. Recobrado el sentido, el desgraciado tomó una taza de café, única cosa que toman los pescadores durante catorce horas del día, y me quedé estupefacto al verle volver al agua cinco minutos más tarde. Llegada la noche, los pescadores comen arroz y dátiles secos antes de acostarse. Viendo las miserias que sufren estas gentes, pensaba yo que, si se enviaran los apaches de París a hacer sus trabajos forzados al Golfo, su desaparición quedaría asegurada.

» Por la noche se abren las ostras, entre las que raramente se encuentra una buena cosecha; pero cuando, por casualidad se descubre una hermosa perla, la alegría es inmensa en el barco; resuenan pistoletazos que anuncian, á falta de telegrafía sin hilos, la buena noticia, que corre de barco en barco en toda la extensión del banco, y no tarda en llegar hasta la costa, donde pronto no se habla sino del oriente, de la belleza, del color y de la forma de aquella maravilla; la darán todos los epítetos lisonjeros y la compararán á los astros del cielo. En estos parajes, el árabe adora la perla y la prefiere hasta a su caballo.

» Una vez vuelto a su aldea, el capitán pescador vende su cosecha al que le ha adelantado las provisiones, y éste irá a su vez a venderla al gran mercado del Golfo o a Bombay. Allí interviene el corredor árabe, papel difícil del hombre más fuerte y más astuto que existe. Entonces empieza una serie de escenas a cual más pintorescas y guasonas. En presencia del comprador y del vendedor, el corredor se pone a hacer una oración á Mahoma; en seguida hace mil cumplimientos al vendedor, comparando su voz con la de un *bulbl* (ruiseñor), alabando su

familia y su inteligencia, y haciendo que el negocio se alargue lo posible. Por una perla que vale 10.000 francos, el vendedor pide fácilmente 50.000. Durante tres, cuatro y hasta ocho días, el corredor no deja de la mano al vendedor, come y se acuesta con él; por último, el negocio llega a su fin, y entonces es la escena magna: el corredor abraza al vendedor, llora, y terminado el asunto, repite su oración. Durante los debates, jamás se pronuncia una cifra: un pañuelo que envuelve las manos, oculta a los indiscretos los movimientos de los dedos que indican los precios ofrecidos. Hay que ser muy circunspectos y saber defenderse comercialmente en este país; hemos visto muchos ejemplos de europeos arruinados por haber sido demasiado confiados y no haber regateado bastante.»

El mercado principal de la perla en Oriente es Bombay. Allí los indios, competentísimos en la materia, compran grandes lotes y los clasifican por colores, formas y calidades, y después van en busca de los consignatarios que les hacen anticipos, tan importantes a veces como el valor mismo de las perlas. Hace seis años, el alto comercio de las perlas estaba en manos de los ingleses; pero desde la crisis financiera, en 1907, ha pasado a Francia, especialmente desde que algunas casas francesas se han entendido directamente con los pescadores, sin pasar por el intermedio de Bombay; hoy todas las perlas del golfo Pérsico, Venezuela, Panamá, Taití, Australia y China, van directamente a París.

La perla se ha hecho hoy un objeto de valor muy conocido, siendo raro el caso de un negociante que tenga la fortuna de encontrar una ganga. Es verdad que últimamente una perla que había costado 20.000 francos ha sido revendida en 250.000, habiéndola quitado una mala piel exterior que ha dejado al descubierto una perla bellísima; pero no se cuentan los casos, más frecuentes, en que ha ocurrido lo contrario.

Los bancos de perlas de agua dulce de América han sido descubiertos hace unadocena de años: un viajante de comercio, paseándose un día por las calles de una aldea de Wiscon-

sin, vió unos muchachos jugando con bolas de color; le parecieron muy curiosas y compró algunas en casa de un tendero que las tenía en una garrafa. A su vuelta a Nueva York, las enseñó a un joyero, que se las compró por 2.000 duros; pero cometió la imprudencia de indicar el sitio en que las había comprado. En los comienzos de la explotación de estas pesquerías de agua dulce, se han recibido en Londres y en París sacos de 20 a 30 kilos que se podían comprar por unos miles de francos; hoy, uno sólo de estos sacos representaría una gran fortuna.

Para terminar, he aquí una anécdota que demuestra el alza fantástica de la perla: un negociante español compró en Venezuela, hace unos quince años, un lote de perlas por 13.000 francos; llegado a París en una época en que la perla de Venezuela era muy pedida en China, se arriesgó a pedir por su lote 200.000 francos. En respuesta recibió un ofrecimiento de 150.000 que le dejó tan estupefacto, que se negó a vender sus perlas. El año siguiente lo pasó en España, y de vuelta a París, pidió por su lote 250.000 francos; al tercer año se decidió a deshacerse de sus perlas, recibiendo 235.000 francos.

## LITERATURA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL ATENEO BARCELONÉS

ELENA VACARESCO.—«Si quieres ser poeta—decía Milton,— que tu vida sea un poema.» La existencia de Elena Vacaresco—dice Ernesto Tissot en el artículo que la consagra en *La Revue*—fue, antes de llegar a ser alguien, un cuento de hadas. Había una vez, no hace muchos años, en una de las capitales de la Europa oriental, una niña que habitaba un gran palacio, y que se puso tan enferma, que la tuvieron por perdida; pero, de pronto, salvada quizá por las lágrimas que hacía derramar la moribunda, comenzó a revivir, y habiéndose difundido la fama de este milagro, la soberana de aquel reino deseó conocer a la niña salvada. Cuando vió avanzar a la convale-

ciente, su primer gesto fue tenderla los brazos, y la niña se precipitó en ellos, como un pájaro en su nido. Tomando a su protegida por la mano, la reina la dijo: —Voy a enseñarte mis pájaros.—Y la llevó a los jardines, donde entre árboles y flores retiene prisioneros en jaulas doradas toda clase de músicos alados. Aquel día los surtidores brotaban tan ruidosamente, que parecían cubrir los trinos de los ruiseñores, y la reina mandó cortarlos; pero la niña dijo: —No hagáis nada de eso, señora, os lo suplico; estoy segura de que los pájaros no cantan sino para agradar a las fuentes, y si cortáis su corriente, entristecidos, dejarán de cantar.—Entonces la reina, pasando su mano por la cabellera de la niña, murmuró:—Es, verdaderamente, la nieta de un poeta. Eran, en efecto, ya se habrá adivinado, la reina, Carmen Silva de Rumania, y la niña, Elena Vacaresco, de una familia señorial de Transilvania, que contaba entre sus ascendientes guerreros y poetas ilustres, en la cima de los cuales brillaba Enaquita Vacaresco, reorganizador de la hacienda de Valaquia.

A los seis años, Elena fué conducida a París, donde vivió hasta los diez y seis, lo que explica la formación, completamente francesa, de su espíritu, hasta el punto de preferir la lengua francesa a la rumana para la expresión de su pensamiento. Sus principios en literatura fueron legendarios; sus primeros *Cantos* fueron laureados, a petición de Leconte de Lisle, por la Academia Francesa, diciendo en su loor el trágico de las *Erinias*: «Debemos dispensarla de ser joven y agradecerla el ser admirable.» Elena aprendió también el inglés con su *nurse* y su *miss*; pero confiesa que no posee el sentido del ritmo anglosajón. «Cuando me decido a componer un libro en inglés—dice,—tengo que someterme a una especie de preparación; repaso los autores del otro lado del Estrecho y busco las amigas británicas al alcance de mis visitas, y cuando me juzgo en condiciones, sin ninguna otra preocupación gramatical, me siento ante mi papel.» Elena Vacaresco escribe y publica, en efecto, en tres lenguas; ¿no se habían inclinado las hadas sobre su cuna?

Sí; pero el hada Amor no había sido citada, y se vengó, profetizando: «Yo no te abandonaré, pero llegaré a ser para ti una mensajera de dolor.»

Y entonces fue la historia cruel: la mala hierba de la calumnia brota pronto. Tissot dice que tiene a la vista un libelo alemán capaz de hacer ruborizar a un coracero. También está Loti, pero Loti no dice más que lo que quiere, y aunque no es mucho, ha escrito: «Elena Vacaresco no era para *excitar los impulsos que pasan*, sino más bien para *fixar poco á poco* y retener con su inteligencia siempre despierta.» El hecho es que cuando la niña fue demasiado grande para que la llevaran ante la jaula de los papagayos, le fue abierto el armario de los poemas. Carmen Silva pensaba: «Será quizá la compañera de arte que tanto he deseado», y la eligió entre las damas de su corte. Fue la época en que pudo conocer a muchas cabezas reinantes de Europa. El emperador Guillermo, sabiendo que estaba coronada por la Academia Francesa, la hacía burla: «Vamos á ver, ¿dónde está vuestra corona, la colgáis de vuestra cabecera o la ponéis a la ventana para que la admiren los transeúntes?» La reina, habiendo notado que la originalidad de su doncella de honor interesaba a su sobrino, el príncipe heredero, Fernando Hohenzollern, quiso favorecer el idilio, pensando en dar a Rumania una reina rumana. El príncipe se engañó sobre el atractivo que para él tenía Elena, y, por su parte, la princesa se contentaba con ser feliz. Pero la política y el amor son enemigos, y los proyectos de la reina, aceptados por el rey, tropezaron con la oposición del país; los partidos se coligaron para repetir que la presencia de una rumana en el trono resuscitaría las intrigas y las luchas intestinas de los grandes boyardos, y hubo que resignarse. Se rompieron los desposorios, el príncipe se retiró a Alemania y la reina se llevó a su hija a Venecia, diciendo con la sonrisa de sus cabellos de plata: «Parece que somos un grupito de malhechores; yo creía que no éramos más que desterradas.» ¡Cuánto tuvieron que sufrir! La prensa europea se hizo eco de todas las maldades, y al leerla,

se hubiera creído que Elena no pensaba más que en suicidarse. Todas las semanas venía el anuncio sensacional del suicidio; cuando la reina la recibía, solía preguntarla: ¿Hay algo de nuevo en los periódicos?—Sí, madrina; en los de Francia una noticia grave (pausa emocionante). Pareció que me he matado otra vez más. Entonces la reina sonreía mientras la doncella de honor continuaba:—Sí, con láudano hoy, por variar. Me he bebido un vaso lleno. Vuestra Majestad, prevenida, ha conseguido salvarme. Y luego, grave, sin chancearse, declaraba:—¡Matarme! Eso arreglaría muchas cosas. Es demasiado vulgar para mí ese desenlace de cocinera. No, eso nunca.

Por entonces la vió Loti. «Es una personita—decía,—pero cuya pequeñez tiene su gracia, delicadamente proporcionada; pero pronto por su ingenio encantaba: de chispeante chiquillería superficial, con un alma complicada en laberinto, y ¡tan asombrosamente dotada!» Estaba vestida de rosa, y Loti comprendió que ni rosa ni rosas podía ya tener sino sobre la tela de sus trajes o las alas de sus sombreros; pues la sombra bajaba a aquella alma de luz para la que tan pronto el crepúsculo sucedió a la aurora. Lo que pasó después es conocido: la reina se fué sola a un triste castillo de las orillas del Rhin, mientras en aquella Toscana plantada de cipreses, como en el cementerio, Elena Vacaresco halló ciudades muertas propicias a su desgracia.

«Nada os hace tan grande como un gran dolor»—ha dicho el poeta de la pasión. El dolor, en efecto, ha hecho de Elena una artista superior. Los envidiosos harán objeciones; pero el hecho es indiscutible: Elena Vacaresco ha escrito algunos de los más hermosos versos de amor de estos últimos veinticinco años. Los principios fueron modestos: algunos *Cantos de aurora*, escritos cuando el crepúsculo apuntaba ya, crepúsculo de primavera, en que la sombra sigue siendo violeta y la noche promete ser azul; lindas piezas a la moda del siglo XVIII, algunas paráfrasis del Evangelio, dos o tres sonetos históricos, versos, más bien que poesía.

Seis años más tarde aparece aquella *Alma serena*, a la que falta sobre todo la serenidad. Elena, en lugar de ceder a su inspiración, se esfuerza en resistirla con estoicismo. Por más que intente, en cada página se le escaparán gritos de amor. Podrá decir al inexorable príncipe: «Me eres indiferente como las viejas tumbas.» Pero sus labios carecen de fuerza para ocultar la verdad: «Yo te he amado siempre; desde el pasado, sin tempestad, hasta el presente más sombrío. Tu amor luminoso ha quedado en mi corazón.»

Con *Resplandores y llamas*, Elena Vacaresco adquirió la conciencia de sí misma; el dón verbal, que es para el poeta lo que la técnica para el músico, se afirma en este tercer volumen con virtuosidad temible. La herida sangraba siempre incurable, y entre tantas palabras algo locas, brotaron versos, no ya de una sabia, sino de una viviente, de una Ariana herida. Demasiada retórica, sin embargo, pindárica o anfigúrica: «En nuestros cerebros enloquecidos, las palabras son visiones, visiones extáticas, visiones quiméricas, ideales más bien que imágenes, deseos antes que invocaciones, y ¡cuán lejos esos ideales, cuán dolorosos esos deseos!» Esta fórmula de un gran olvidado es la del genio poético de Víctor Hugo, de Edmundo Rostand, de Gabriel d'Annunzio, y también la del talento de Elena Vacaresco.

Para hacer comprender a los profanos la maravilla que les produce el *Jardín apasionado*, se vale Tissot de una comparación acertadísima. Muchas personas que van a la Opera con gusto, se imaginan que les gusta la música. ¡Error! La Opera se dirige tanto á la vista como al oído; del mismo modo, muchos letrados piden á la poesía bellos pensamientos o bellas historias: *van a la Opera*; música y poesía no son para ellos sino acompañamientos estéticos. Sometámoslos á la prueba de una sesión de música de cámara: en el caso en que el cuarteto o el doble cuarteto baste para hacerles olvidar la marcha del tiempo, el experimento será concluyente: se trata de melómanos. Del mismo modo, la poesía, la verdadera, la del último

volumen de Elena Vacaresco, no debe ser elocuente ni pintoresca, sino simplemente musical, cosa excepcional en francés. ¡Qué acordes a lo Wagner, qué armonías a lo Strauss ha sabido sacar la poética rumana de los eternos temas de su dolor! Entramos en los dominios de lo increíble: no es ya un corazón de mujer, un amor de joven, los que estamos admitidos a adivinar, sino una especie de antorcha viva, cuya llama deslumbra y da miedo. «Por mi parte, dice Tissot, no conozco nada comparable a esta poesía de brasa, a esa pira, sobre la cual, como sobre el altar de las vestales, todos los días del año, y todos los años de la vida, sube la simbólica llama del amor sin desenlace.»

*Poesía es emancipación:* esa frase magnífica de Goethe se convirtió en el primer artículo del credo de Elena Vacaresco. Antes, cuando era sólo una de las muñecas lentejueladas de oro que evolucionaban en torno de Carmen Silva, se consolaba ya escribiendo, de los alfilerazos que la clavaban en el corazón las palabras de doble sentido de la vida de corte. Así compuso esa *Rapsodia de la Dombovitzá*, que no es una mistificación literaria del género del *Ossian*, de Macpherson, sino una transcripción, apenas revisada, de las improvisaciones recogidas de los labios de los simples, y sobre la cual ha dicho Lecomte de Lisle: «Elena Vacaresco sería un monstruo más que un genio, si fuera la autora de semejante colección.» Se la ha comparado con Sófocles y Homero, y Tissot conviene en que la *Rapsodia* es una obra maestra; pero precisando que esa obra maestra no es más que una de las perlas que sacaron de los abismos del alma popular, Basilio Alexandri, el Lamartine maldoválaco, Teodoresco y otros que han espigado por la *puzta* rumana, baladas y cantos populares.

¿Dónde han nacido esas leyendas? «No esperéis saberlo, dice Elena; yo no sé nada, y, sin embargo, cuando os escucho, ¡oh baladas!, la poesía de mi raza bebe todos sus jugos en el calor de vuestras manos.» Aquellos para quienes la metempsícosis presenta verosimilitudes, preguntarán quizá si en el cur-



so de las probables existencias interiores, Elena Vacaresco habría sido, por casualidad, Semíramis Sherazada. De la sultana de la boca de oro, tiene el arte de contar, con tan vivo agrado, que se haría uno viejo escuchándola mil y una noches y más, mientras que de la emperatriz asiria conserva algo de lo superior, de lo extramarginal de la vida. ¿No viene *Semíramis* de una palabra siríaca, *schamirama*, que significa *paloma*?» ¡Hija de las palomas! Este nombre gracioso conviene tanto á la descendiente de los Hospodars, concluye Tissot, como á la emperatriz de Oriente que murió trece siglos antes de que Cristo naciera.

## DERECHO POLITICO

LA REPRESENTACIÓN PROPORCIONAL.—El nuevo sistema electoral votado por el Parlamento en Francia, se basa en el escrutinio por lista, y tiende a que las minorías respectivas como fuerza política no queden sin representación. Mucho se ha escrito y se ha hablado sobre la reforma, y como después de tantas discusiones el proyecto al pasar a ley es todavía poco comprendido por muchos, vamos a explicarlo aplicándolo a España, para mejor inteligencia de nuestros lectores, tal como resulta por los informes de uno de los antiguos ponentes, Alejandro Varenne.

La reforma descansa, como hemos dicho, en un doble principio: el escrutinio de lista y la representación de las minorías. El escrutinio de lista es cosa bien conocida: si una provincia tiene que elegir seis diputados, cada elector tiene derecho a votar seis nombres; este principio viene ya practicándose, sin que constituya ninguna novedad. La novedad está en la aplicación de esos votos de modo que las minorías bien organizadas no queden sin representación. ¿Cómo se obtiene ese resultado?

Supongamos una provincia que tiene que elegir, como hemos dicho, seis diputados, y que hay tres partidos: el liberal,

el conservador y el republicano, que se disputan esa representación. Se hace el escrutinio, y la lista liberal obtiene 42.300 votos, la republicana 16.600 y la conservadora, 46.100. Por el sistema actual, los conservadores se llevarían toda la representación; pero, por el nuevo sistema, obtendrían representación no sólo los liberales, sino los republicanos. En efecto, el total de votos emitidos es el de 105.000. El cociente electoral se obtiene dividiendo el número de los votantes por el número de los diputados, lo que nos da la cifra (105.000 : 6) de 17.500; ese es el cociente electoral. Toda lista que llegue a ese número, tendrá derecho a tantos puestos en el Parlamento, cuantas sean las veces que el cociente electoral quepa en el número de votos que ha logrado. La lista conservadora, con sus 46.100 votos, tiene derecho a dos puestos, quedándole un resto de votos inutilizados de 11.100; la lista liberal, con sus 42.300 votos, saca adelante otros dos diputados, quedándole un resto de 7.300 votos inutilizados; la lista republicana, con sus 16.600 votos, no llega al cociente, y hoy se quedaría sin representación. Pero aquí entra la novedad del sistema. ¿A quién se atribuyen los restos, y quiénes han de ser los otros dos diputados, puesto que el primer cociente electoral no nos da más que cuatro?

Conforme al proyecto votado, los sobrantes del cociente electoral de cada lista se adjudican por el sistema de los *promedios*. La lista liberal tiene ya dos puestos: dándole otro tendrá tres diputados, a cada uno de los cuales le corresponde un promedio de 14.100 votos; a la lista conservadora se le da otra representación, resultando cada uno de sus tres diputados con 15.366 votos de promedio. Ahora bien; como la lista republicana ha obtenido 16.600 votos, ya tiene derecho a un diputado, pues este número es superior al de los dos promedios de las otras listas. Así queda repartida la representación entre las tres listas, con tres diputados para la lista conservadora, tres para la liberal y uno para la republicana. En principio, como se ve, el reparto no deja de ser equitativo.

Como los partidarios del régimen mayoritario tenían em-

peño en lograr el triunfo de sus ideas, fuerza ha sido transigir con ellos para sacar adelante el proyecto, y como concesión a los mismos, se ha establecido el principio, bárbara, aunque sugestivamente bautizado con el nombre de emparentamiento, *apparentement*: «facultad dejada a las diferentes listas para la utilización de los restos». Este emparentamiento suele modificar los resultados de la representación. Supongamos que la lista republicana y la liberal acuerdan el emparentamiento de sus restos, resultaría que los 7.300 votos restantes de la lista liberal, con los 16.600 de la republicana, darían 23.900 votos, cifra que contiene una vez el cociente electoral, 17.500, y que, por consiguiente, haría adjudicar la quinta representación a la agrupación de las dos listas. ¿A cuál de ellas? A la que presente el mayor promedio de votos, es decir, a la republicana. En cuanto al sexto puesto, en lugar de ir a la lista de la derecha, hay que atribuirlo también a la agrupación de las listas emparentadas, que forman la mayoría absoluta. El resultado final sería, pues, el siguiente: lista republicana, un diputado; lista conservadora, dos, y lista liberal, tres. Tal es el sistema, de aplicación fácil, como se ve, y con el que puede cambiar radicalmente la composición de un parlamento.

## EDUCACIÓN

EL NUEVO «EMILIO».—Tras de sus famosas *Cartas a Paca*, soltera, y *Cartas a Paca, casada*, Marcelo Prevost ha publicado sus *Cartas a Paca, mamá*, que constituyen un tratado de educación muy análogo al *Emilio* de Reuseau, según Faguet, y obra, según todos los críticos, concienzuda, meditada y seria, en que el autor no ha sacrificado nada al gusto del aplauso fácil, aunque no todos estén conformes con los puntos de vista del ilustre académico.

Prevost sostiene, con Fenelón y Rousseau, que hay que retrasar el momento de la instrucción, siendo una calamidad que

un niño sepa leer a los cinco años; todo niño que haya empezado a estudiar antes de siete años, no dará de sí más que un imbécil, o, en términos más gráficos, «un cardo científico». Faguet aplaude en *La Revue*, y la *Liseuse* de la *Revue Hebdomadaire* hace sus reservas, estimando, con razón, que la edad importa poco, y que todo depende de la manera con que se hace estudiar a los niños; es seguro que los niños de tres años que aprenden en Madrid con el Sr. Mingo en los Jardines de la Infancia, darán de sí todo lo de que sean susceptibles: un imbécil, si son imbéciles; pero un sabio también, si hay en ellos madera de sabios. Una cosa es hacer un alma libresca, y otra cosa saber sacar partido de un alma inteligente.

Como corolario, Prevost rechaza la enseñanza de lenguas extranjeras en la infancia. Enseñar al niño dos o tres lenguas a la vez cuando está aprendiendo la suya con no poco trabajo, es querer, en efecto, que no sepa nunca ninguna. Hasta los ocho años, vida higiénica en el campo, si es posible; culto y práctica de la limpieza, lavados completos y redoblados, sobre todo por la noche, pues hay que acostarse limpio, por respeto a sí mismo, por respeto a su cama, y para dormir bien; contacto continuo con lo real; lección de *las cosas* y lección *de cosas*, es decir, explicaciones y respuestas, a los *cómo* y a los *porqué*; sin dar nunca a estas lecciones carácter didáctico ni dogmático. Esta cuestión de los *cómo* y de los *porqué*, fastidia un poco a Faguet, porque hay *porqués* y *cómos* a los que no se puede responder. Prevost, sin embargo, resuelve el caso perfectamente: al *porqué* a que no se pueda responder, debe contestarse con un «¡Niño, esas son cosas que no puedes comprender todavía, pero que te explicaré más tarde!» Esta contestación enseña al niño que no se puede saber todo a la vez, y que hay que graduar el aprendizaje.

De los siete a los trece años, segunda infancia, el niño aprende a leer y a escribir. Prevost quiere que aprendan las dos cosas a la vez, y no le importa que copie las letras de los libros impresos. ¿No sería mejor que le enseñaran a leer en le-

tra cursiva, y le sería entonces facilísimo pasar a la letra impresa, sin necesidad de modificar su escritura? Como primeras lecturas, Prevost aconseja las *Cartas* de la señora de Sevigné y las novelas de Julio Verne, con lo que está conforme con Faguet; pero Prevost añade a Perrault, y Faguet se irrita: «¡Jamás!, dice; Perrault con sus hadas, sus brujas y sus ogros, da pesadillas a los niños; y además es estúpido, pero estúpido de propósito; y además es inmoral, y su Gato embotado, *personaje simpático*, es un embustero y enseña a mentir. ¡Fuera Perrault! ¡Perrault es un prejuicio nacional que hay que extirpar: ni una línea siquiera de ese imbécil!» ¡Pobre Perrault! Como si los chismes y cuentos de la señora de Sevigné pudieran interesar a los niños como los cuentos de Grimm o de Perrault. Faguet recomienda especialmente al admirable *Robinsón*, que al mismo tiempo que mantiene en los niños el dón magnífico de la imaginación, les enseña la realidad de la vida y les da una magnífica lección de voluntad. También desea que lean obras de Historia; pues si bien es cierto que la Historia es desmoralizadora, contiene cosas sanas y muy bellas, y muchos de sus episodios convienen perfectamente a los niños. En cuanto a Lafontaine, Prevost vacila, reconociendo que no agrada mucho a los niños; pero lo mantiene, equivocadamente según Faguet, por el gusto de colocar una anécdota según él, aunque nosotros creemos que lo mismo podría colocar la anécdota votando en pro que en contra. Dos niños, varón y hembra, leen la fábula del *Cuervo y la Zorra*, y alguien les pregunta:—¿Qué os ha chocado en esta fábula?—Que no hay que fiarse de cumplimientos, responde el niño.—Que hay que escuchar los cumplimientos, aparentando no oírlos, contesta la niña, coquetilla como todas.

Prevost quiere también que los niños de ambos sexos aprendan latín; pues sobre constituir una gimnasia intelectual de primer orden, enseña lo que es el *organismo de una frase*, sin lo cual nadie puede darse cuenta clara de lo que dice. En cuanto al modo de enseñarlo, Prevost prefiere el método directo, el de las lenguas vivas, y Faguet, reconociendo que es el método

supremo, teme que así enseñado, resulte un latín calcado en el francés, un francés con terminaciones en *us, a, um*.

Más importante es la cuestión del sistema educativo: ¿el internado, el externado o la instrucción en la casa? El internado es espantoso. Todo antes que meter a un niño interno en un colegio, ante de los quince años. (Yo añadiría que nunca.) La educación en la casa vale poco. Prevost prefiere el externado, que deja al niño con la familia fuera de las horas de clase, combinando las ventajas de la educación familiar con las de la educación colectiva.

El problema de la instrucción religiosa preocupa a Prevost. Rousseau quería que no se la diera a los varones sino hasta los diez y ocho años, y a las niñas desde su más temprana edad. Julio Lemaître prefiere que se enseñe a los niños de ambos sexos las creencias de sus padres, pues tiempo tienen de deshacerse de ellas más tarde, si quieren. Prevost acepta esta doctrina, y Faguet preferiría que la religión se enseñara cuando estalla la crisis religiosa de los jóvenes, es decir, hacia los diez y ocho años, para encauzar y dirigir esa crisis y evitar que se pierda la fe; le parece eficaz el ejemplo de las prácticas religiosas como preparación para la instrucción religiosa, confundiendo, á nuestro juicio, lo que debe ser la confirmación y la consolidación de la fe de los primeros años, con la fe misma y con el conocimiento serio, científico, de los dogmas.

Otra cuestión muy bien tratada en las *Cartas* de Prevost, es la de la «¿se les debe decir?» Prevost y Faguet sostienen que sí; se debe prevenir a los niños sobre las realidades del amor y del comercio intersexual. El deber del padre para con su hijo, el de la madre para con su hija, es ilustrarlos castamente, gravemente y casi tristemente sobre estas cosas, para evitar dos peligros: uno, el de que caigan, por ignorancia, en cualquier accidente lastimoso y hasta terrible; otro, que el joven o la joven aprendan estas cosas de un modo vergonzoso y depravador por confidencias de compañeros. Prevost y Faguet están de acuerdo; pero Faguet advierte que «jamás los padres

ni las madres francesas darán esa enseñanza a sus hijos»; a lo que yo añado que menos lo harán los españoles. ¿Por qué? ¿Por pereza educadora, cómo dice Prevost? No. ¿Por falso pudor, como añade Faguet? Quizá; pero en todo caso, por miedo de tocar a una ignorancia presunta que a todo trance quisiéramos durara, y cuyo velo, por lo mismo, no queremos descorrer. Puede haber en el hecho cobardía, como dice Prevost; pero es raro que de padres a hijos, y en pleno siglo xx, naciones enteras tengan esa cobardía. Hay en ese silencio un instinto que por lo menos merece muchos respetos y estudios más profundos.

Al terminar su libro, Marcelo Prevost ha trazado un cuadro, por debe y haber, de la actual generación, y he aquí las diferencias más notables que la separan de las anteriores.

Cualidades de la nueva hornada, en el sexo masculino: energía física y afición a los juegos de fuerza; mayor franqueza y rectitud, modo realista, en el buen sentido de la palabra, de ver la vida tal como es, sin romanticismos ni gazmoñerías; poco pesimismo. En el sexo femenino, curiosidad intelectual, buena voluntad para aprender lo que quiera que sea.

Defectos de la nueva hornada: 1.º Falta de respeto: la juventud ha mostrado siempre cierta independencia respecto de las personas mayores; pero hoy es más, hoy las personas mayores no significan nada para ella; un adolescente de diez y seis años, una muchacha de catorce, se estiman de igual valor é importancia que las personas de treinta a cincuenta años más respetables. 2.º Falta de vergüenza: es un resultado de la falta de respeto; habiendo bajado la autoridad de los padres, los hijos no se preocupan en su presencia; además de esto, esa falta tiene por causa la relajación y el desconocimiento de lo que antes llamábamos conveniencias sociales. Otra causa destructora de la vergüenza es que se ha derribado entre muchachos y muchachas el tabique estanco, lo que requiere por parte de padres y maestros redoblada vigilancia. Todos atraviesan por un período peligroso en que tratan de establecer in-

conscientemente el estatuto de sus relaciones. «Lo establecerán, dice Prevost, por la fuerza de las cosas, por el antagonismo de los intereses; pero, provisionalmente, la mezcla tiene como primer efecto que las muchachas tienen gana, sobre todo de igualar a los muchachos: por una parte, en destreza física, en ciencia, lo que es bueno; y por otra, en precoz experiencia de la vida y en libertad, lo que no carece de peligro. Repito aquí que no creo a la nueva cría, sección pollitas, menos moral que la precedente; pero estoy seguro de que es menos púdica.» 3.º Falta de ley moral superior, de ideal y de vida interior.

Marcelo Prevost termina emitiendo el voto de ver a sus lectores dándose firmísimas reglas morales, sin contentarse con las solas lecciones de la experiencia. «La experiencia, dice, no es siempre una educadora moralizante. A veces da consejos de egoísmo, de duplicidad y hasta de ferocidad; los da frecuentemente de escepticismo, de dejar correr las cosas, de alegría sonriente... Para escoger entre las lecciones de la experiencia, para poner fin a su enseñanza, es preciso a toda costa que el discípulo, lanzado a la vida, lleve en sí una inflexible regla moral, un ideal de acción, una fe en el bien imperativo; podrá faltar, pero por lo menos sabrá que ha faltado, por lo menos se juzgará a sí mismo.»

## FILOSOFIA DE LA HISTORIA

ANATOLIO FRANCE Y LA HISTORIA.—Andrés Chaumeix hace en la *Revue Hebdomadaire* un trabajo de conjunto sobre la labor histórica de France, presentando al célebre literato desde puntos de vista originales, que permiten asignarle un puesto entre los filósofo-historiógrafos más distinguidos. Anatolio France es un gran nombre; se le puede querer más ó menos, pero hay que contar con él, como antes se contaba con Voltaire o con Rousseau.



Se ha preguntado más de una vez si Anatolio France tenía en el fondo alguna doctrina. El ironista que se complacía en definirnos en sabrosas máximas las opiniones de Jerónimo Coignard, parecía haber descubierto de pronto certezas; era algo asombroso, pero se aseguraba que la política había hecho este milagro. France, que parecía ser, sobre todo, un terrible negador, dejaba ver al fin todo lo que había de positivo en su espíritu. Evadido del pirronismo, manifestaba que tenía creencias. El día en que sus nuevos admiradores supieron que el autor del *Lirio rojo* acababa de escribir un prefacio para los discursos de Combes, no hubo ya duda: Ariel se había inclinado ante Caliban; Anatolio France adoptaba decididamente una doctrina. Algunos lamentaron que tan gran artista corriera tal aventura, se acordaban de los libros que antes les habían encantado, y sabían que era, como la había llamado Julio Lemaître, la extremada flor del genio latino. Se preguntaban, y se preguntan todavía, pues es problema complejo explicar la sucesión de las ideas en Anatolio France.

El mismo, sin embargo, se ha cuidado de informarnos de que sigue fiel al escepticismo. *La isla de los pingüinos* nos había hecho ya saber que en materia de fe el autor se inclinaba hacia la duda absoluta, haciendo de la historia de Francia una cruel caricatura de 400 páginas. Recientemente ha publicado *Los dioses tienen sed*, volumen que, en forma de novela sacada de la época revolucionaria, da al escritor la ocasión de declararse. Su libro es el breviario del escepticismo; en él nos da una pintura terrible de la Revolución, que hará poca gracia a muchos de sus amigos.

Anatolio France, que ha sido alumno de la Escuela de Diplomas, tiene gusto por la Historia, aunque jamás haya creído en la verdad histórica. La Historia es la representación escrita de los sucesos pasados. Pero ¿qué es un suceso? ¿Es un hecho cualquiera? Es un hecho que el historiador elige a su gusto y juzga arbitrariamente. De aquí France deducía, no sin razón, que los historiadores hacen arte y no ciencia, y los alaba

por ello; le gustan las buenas historias, las que sin ser exactas son bonitos cuentos reveladores de la humanidad; es que lo que interesa al autor no son los sucesos, son las pasiones humanas; los acontecimientos son mal conocidos; representan combinaciones en que el azar parece representar el principal papel, y no cambian gran cosa de lo que es esencial en la humanidad. Por eso la única obra histórica de Anatolio France está consagrada a Juana de Arco; allí los hechos eran excepcionales, milagrosos; no podían tenerse por despreciables, y France ha escrito, para intentar una explicación de ellos, dos volúmenes de investigaciones científicas.

La Historia, tal como nos la dan los libros, es una construcción de la inteligencia que, de la masa compleja del pasado, saca una serie sabia de causas y de efectos; se parece a un gran jardín a la francesa, con sus calles, sus perspectivas y sus simetrías; pero la Naturaleza hace brotar en los campos, revueltos y sin orden, árboles y hierbas, flores y musgos. Esa Naturaleza enmarañada, es la Historia tal como la ve France. Por eso, cuando habla de sucesos históricos, se complace en mostrárnoslos confundidos en el curso ordinario de la vida, perdidos en medio de las menudencias que ocupaban a los contemporáneos.

Este procedimiento se ve empleado en todas las obras de France; pero el ejemplo más conocido es el de *El Procurador de Judea*, relato perverso hasta la impiedad, que forma el primer cuento del *Estuche de nácar*. El autor imagina que L. Ælius Lamia encontró en las aguas de Bayas a Poncio Pilato, a quien había conocido en Judea veinte años antes; Poncio ha envejecido mucho, ha renunciado a los cargos públicos con sentimiento, pues le gustaba hacer papel, y habla del pasado con Lamia. Lo que más le preocupa todavía son las cuestiones que tuvo con su jefe Vitelio, procónsul de Siria. En el curso de la conversación, Lamia habla de una bailarina de Jerusalem que desapareció un día por seguir, con un tropel de hombres y mujeres, a «un joven taumaturgo galileo»; se llamaba Jesús, «era

de Nazareth y fue crucificado por no sé qué crimen. ¿Te acuerdas de aquel hombre, Poncio?» Poncio frunce el entrecejo y busca en su memoria, y al cabo de algunos instantes de silencio exclama: «¿Jesús de Nazareth? No me acuerdo.»

Ese método, que consiste en disolver un acontecimiento en la masa de las circunstancias, haciéndolo apreciar por quienes no han conocido su grandeza o se han cuidado poco de él, se halla, como en el caso citado, en otros relatos del *Estuche de nácar* y en muchos capítulos del *Anillo de amatista*, y del mismo modo se ve tratada la Historia de la Revolución francesa en *Los dioses tienen sed*. En los libritos que se da a los niños, la Revolución parece una tragedia bien compuesta, a modo de película trágica de cinematógrafo; se asiste al fin de la monarquía con los Estados generales, la Constituyente y la Convención, y luego aparecen la guerra europea, el Terror, la muerte de Robespierre; luego viene Termidor, y, por último, el general Bonaparte a caballo. Anatolio France nos presenta diversos cuadros de París en 1793: un Gamelin, pintor, discípulo de David, joven arreglado, virtuoso y temible; su madre, que se queja de la miseria; el ciudadano Blas, librero, que se ocupa de suministros al ejército; su hija Elodia, persona sensible y apasionada; la señorita Atenais, joven ligera a quien los tiempos son poco favorables; el grabador Desmahis, que ama mucho a las mujeres; Mauricio Brotteaux, antiguo tratante, exnoble que antes ofrecía cenas finas y que para ganar su vida hace buñuelos, compone discursos, da lecciones de baile y fabrica muñecos; el padre Longuemarre, bernabita exclaustrado que no sabe dónde refugiarse desde que le echaron de su convento y la señora de Rochemaure, coqueta e intrigante, que invita revolucionarios a cenar. Toda esta gente se ocupa como puede de sus asuntos, y aunque la guillotina les amenaza, no les impide que el hambre y el amor sean las dos grandes preocupaciones de su breve existencia. Así, por ejemplo, France nos presenta a Gamelin, que al pasar por el Puente Nuevo se encuentra con un gran tropel, en cuyo centro figuraba una ca-

rreta, rodeada de guardias a caballo con antorchas; era la carreta de la guillotina, llevando a un condenado por el Tribunal revolucionario, sentado, con las manos atadas y el verdugo al lado. Habiéndose acercado Gamelin, reconoció entre los espectadores a Desmahis, que se esforzaba por abrirse paso.—Ven, le dijo Gamelin, tengo que hablarte de un asunto importante.—Déjame, respondió vivamente Desmahis; yo seguía a una mujer divina, con sombrero de paja, una modistilla con sus rubios cabellos a la espalda; esta maldita carreta me ha separado de ella.—Gamelin intentó detenerlo, jurando que la cosa era de importancia; pero Desmahis se había escurrido ya a través de caballos, guardias, sables y antorchas, persiguiendo a la modistilla.

Este modo de comprender la Historia tiene su encanto y pone las cosas en su lugar. La Revolución, que tenía la pretensión de regenerar a los hombres, no es más que una serie de accidentes que, vistos a distancia, nos parecen extraordinarios. Lo que pasa es que las acciones humanas, presentadas por Anatolio France, tienen siempre algo de ridículo. France tiene horror a la acción, y siempre que nos presenta hombres accionantes, es para presentarnos una serie de hechos incoherentes, estúpidos o crueles; toda acción le parece un desorden, y en todas sus obras se pregona la impotencia humana para crear algo bueno, útil o afortunado. *Los Dioses tienen sed*, son el más espantoso ejemplo de lo que hacen los hombres cuando se meten a querer guiar las sociedades: ese pintor Gamelin, que se ha entregado en cuerpo y alma a la Revolución, es una figura espantosa, y Anatolio se ha complacido perversamente en hacer de ese revolucionario una asquerosa figura chiflada por la pureza: «su honradez, su pudor viril, su fría prudencia, su abnegación al Estado, sus virtudes, en fin, brotaron bajo el hacha de las cabezas conmovedoras». Así son los héroes de la Revolución, y así dice de Robespierre que era un optimista que creía en la virtud, y que los hombres de Estado, de este temperamento, hacen todo el mal posible. La locura de la Revo-

lución, según él, fue querer restituir la virtud a la tierra. Robespierre creía en la virtud, e hizo el Terror; Marat creía en la justicia, y pedía 200.000 cabezas.

Anatolio France está convencido de la debilidad del pecador: es más, cree que el pecado es inevitable; el fatalismo domina toda su obra. «La ignorancia—dice por boca del sabio Broteaux—es la condición necesaria de la felicidad de los hombres; ignoramos de nosotros casi todo, y de los demás, todo; la ignorancia hace nuestra tranquilidad y la mentira nuestra felicidad.» «La vida de un hombre no tiene precio ninguno; el único fin de los seres parece ser el de convertirse en pasto de otros seres destinados al mismo fin. El asesinato es de derecho natural; en consecuencia, la pena de muerte es legítima, a condición de que no se ejecute ni por virtud ni por justicia, sino por necesidad, y para sacar de ella algún provecho.» «Se debe amar la virtud; pero bueno es saber que es un simple expediente, imaginado por los hombres para vivir cómodamente juntos. Lo que llamamos la moral, no es más que una empresa desesperada de nuestros semejantes contra el orden universal, que es la lucha, la carnicería y el juego ciego de fuerzas contrarias; se destruye a sí misma, y cuanto más lo pienso, más me persuado de que el universo está rabioso.» Máximas y afirmaciones como las citadas abundan en France, y nada resiste a su espíritu crítico. ¿Creéis en la gloria militar? Reflexionad, os dice insidiosamente el autor, que de dos ejércitos frente a frente, siempre habrá uno victorioso, aunque sus dos jefes sean igualmente incapaces. ¿Creéis que a veces las naciones están gobernadas por verdaderos hombres de Estado? Nada de eso; esos personajes que parecen guiar al mundo, son juguete de la fortuna; su importancia procede de su vestido y de su carroza y del hábito mitológico de nuestros espíritus que quieren dar un nombre y una figura a todas las fuerzas secretas. La justicia, la moral, todo es vano. El pirronismo de France no perdona nada.

El culto de los héroes le es desconocido: France no tiene el

sentido de la veneración, y carece del gusto de lo sublime, según él mismo se lo ha dicho a Lecomte de Lisle. El tipo viril queda siempre sacrificado en sus obras. Cuando son fuertes y bellos, son bajos o feroces; cuando son graves y austeros, son crueles; y cuando tiene el valor de presentarnos un alma fuerte, como la del P. Longuemarre, muriendo soberbiamente, nos invita a sonreír, mostrándonoslo preocupado porque le hayan tomado por un franciscano, siendo un bernabita.

No hay nada que esperar: las cosas no mejorarán nunca; los moralistas, los políticos, los sociólogos construirán sistemas, harán leyes, soñarán reformas. ¿Y qué? Los hombres serán después, como antes, egoístas, cobardes, crueles, estúpidos y furiosos; siempre hay, poco más o menos, el mismo número de recién nacidos, de maridos engañados, de ladrones, de locos, de suicidas, en lo cual se manifiesta el bello orden de la sociedad, fundado en la miseria y la imbecilidad humanas.

Lo extraño es que, con estas ideas, Anatolio France no sea demasiado triste. Y es que, no creyendo en nada, cree en el placer; las formas agradables, las gracias de las obras de arte y de la Naturaleza, los rostros encantadores y los cuerpos bellos, los juegos ingeniosos del espíritu, las lindas chucherías y los monumentos divierten al sabio. En las mujeres ve criaturas poco pensantes, y eso le desarma y le encanta; ofrecen un espectáculo risueño, y recrean. El héroe preferido de France es el epicúreo, el libertino razonador; le gustan el vino y las mujeres, y se divierte razonando, disecando, para no ser juguete de nada y para no hacer nada.

Por todos estos conceptos, Anatolio France parece bastante aislado de nuestro tiempo; pues la moda está por la acción, por la energía; es el reverso de Kipling; éste no nos oculta su pesimismo; pero cuando ha dicho crudamente todo lo que piensa sobre el precio de la vida, la simpleza de los filántropos, el reinado de la fuerza, las incertidumbres de la justicia y la necesidad de las teorías, concluye afirmando con rudeza: «Ahora observemos las leyes de la *jungle* y trabajemos.»

**BELLAS ARTES**

LOS INDEPENDIENTES.—Lo que fue verdad en la pintura antigua, y lo siguió siendo con Puvis de Chavanne y con Gustavo Moreau, ha sido cambiado por los Sganarelos, o pintores a pesar suyo; sí, a pesar suyo, como dice Peladan y como lo son la mayor parte de los abogados. Quienquiera que no tiene gusto por los negocios, se hace pintor por hacerse algo: es la carrera liberal por excelencia; no exige aprendizaje, ni exámenes, ni gastos, ni estancia obligada. Sobre todo, añade Peladan, como considerando supremo, que se olvida demasiado: la pintura es un arte compatible con una relativa imbecilidad; todo pasa entre la vista y la mano sin que el cerebro intervenga.

Evidente es que todas estas crudezas de Peladan van contra ciertos pintores, pues arte que ha contado entre sus cultivadores con un Vinci, no puede decirse que sea un arte en que el cerebro no trabaja; pero aplicado al caso concreto que ha puesto en la pluma del ilustre crítico mordiente tan cáustico, hay que convenir en que no deja de tener razón. Nosotros, los escritores, como el mismo Peladan sigue diciendo, ofrecemos a la crítica fácil presa. Tratemos de lo que tratemos, tenemos que conocer todo lo que se ha escrito de similar; y Dios nos libre de olvidarnos del Baghavat Ghita, a propósito del individualismo o de los Séforas en teodicea. Obligados a saberlo todo, tenemos también que olvidarlo todo, inventando expresiones nuevas para decir que llueve o que hace sol. Quien sabe la historia de los manuales, pasa por un escolar ridículo; a cada paso nos echan en cara el pasado, con obligación de estar imbuído de él y no repetirlo; en fin, que en literatura no caben los ignorantes ni los tontos. Abrid al azar una revista cualquiera de gente joven: ¡Cuánto talento, honradez y valor! Todos esos jóvenes han leído, viajado y reflexionado; no hay uno que no dé la impresión de un espíritu culto y entusiasta,

ni uno que no se aplique, ni uno que no respete la lengua. ¡Capillas!, se dirá. Capillas, sí; pero bien servidas por verdaderos sacerdotes. Enfrente, entre los pintores, no hay más que tiendas. El literato da sus veinte francos por verse impreso; es el pequeño accionista de la hoja en que escribe; el pintor de la misma edad quiere ganar dinero, y lo gana: hoy, el camino más corto entre un bolsillo y unos luises, es un metro de lienzo con cualquier cosa encima.

En estos tiempos y en esta hora, reina una epidemia de aberración, y no son los americanos los que compran telas sucias; son hombres calificados por todos conceptos, pertenecientes a la mejor sociedad, a la más tradicionalista. Las paredes de la vida privada abrigan ese vicio, porque es un vicio amar la deformación y el tono dividido. Cada cual tiene el derecho de ensuciarse la vista y de comanditar ignominias; contra el ridículo tiene la defensa del sindicato asiático, y no se lucha con una plumita de hierro contra una coraza de oro. La crítica se llama hoy difamación, y daría lugar al envío de testigos o de papel timbrado. El autor dramático ha tomado ya por divisa «ense et calamo», defendiendo su talento a estocadas o a tiros. El artista pintor seguirá su ejemplo seguramente. ¿No admiráis a Tortempión y lo escribís? Hacer vuestro testamento y aguantar cuatro balas, con o sin resultado: es el modo de resolver sobre el terreno las cuestiones de perspectiva. La gloria se ha escapado con las lunas viejas; hoy sólo interesa el éxito, el gran chambelán del Hammon judeo-fenicio. La posteridad no asusta ya a nadie. Se pinta para vender, y se vende para vivir; en cuanto a sobrevivir, es una ambición que no se tiene ya. Para los expositores actuales, los siglos parecen tan extravagantes como la sublime frase de Blas de Saint-Bonet, cuando preguntaba a un periodista, por decirle algo: «Caballero, ¿qué piensa usted del infinito?», contestándole el reporter que nunca había pensado en él.

Es una desolación que haya centenares de cosas que se puedan exhibir, como pasa con las producciones de los indepen-



dientes: un loco furioso o la cola de un burro empapada en color, no producirían semejantes monstruosidades. Yo he visto, dice Peladan, a un expositor retocar su lienzo, oprimiendo la vejiga de plomo, y dejando correr sobre la tela, sin mancharla, un regato amarillo. ¡Y hay clientes, es decir, aficionados para ese artículo sin nombre!

Los independientes constituyen un requisitorio contra los tres grandes salones con su enfático exergo: «Ni jurado, ni recompensa.» ¿Se ha revelado alguna notabilidad en este grupo? Como podría darse el caso, todos los años se va a pasar revista a sus producciones. Hay tendencias que deben alentar y ejecuciones que no se pueden desconocer. En 1847 reinaba el sectarismo, y se rechazaba el *Hombre de la pipa*, actualmente en el Museo de Montpellier; hoy priva el sindicalismo, y en lugar de principios se defienden intereses. El Greco representa de un modo ejemplar el empeño del artista por la originalidad; si hubiera pintado en Toledo como pintaba en Roma, no le conoceríamos; pero se pone a cargar su paleta de blanco y negro en lugar de colores, y se hizo célebre. No se compone peor que el *San Mauricio* de El Escorial, y sus inquisidores son tan cómicos como trágicos; y no es que el *Sueño de Felipe II* no sea una página notable; pero esas individualidades que no se expresan sino con desprecio de las reglas, dan un ejemplo detestable; el alargamiento del rostro y la lividez no son necesarios para la expresión mística, que Fra Angélico ha sabido expresar con nubes redondas y rosadas. A Peladan le seduce, como a Barrés, el carácter católico del Greco, que ha pintado expresiones de penitencia y de amor a Dios que le conmueven más que *Los Borrachos* de Velázquez. Pero pensando en los pintores jóvenes, tiembla de verles emplear un artificio tan peligroso como el del pintor toledano, que tiene una disculpa: la de que, siendo incapaz de expresar como los verdaderos maestros, la exaltación del alma a través de un cuerpo normal, ha sacrificado la forma a la vida, obteniendo así figuras inquietantes de misticismo sombrío y a veces siniestro,

mística divina, cuya mística infernal estaría formada por los *caprichos* de Goya.

Si los artistas quisieran oír la voz benévola de la razón, se convencerían de que hay más sitio en el gusto público para los ignorantes, los perezosos y los cínicos, y de que sus compradores serán mañana gente ridícula. Hoy mismo se está operando ya en silencio e individualmente una gran vuelta a los buenos principios. Hay extranjeros y desocupados que todavía se detienen en las paradas picturales; pero todos los ejércitos cultos, verdaderamente cultos, adoran a los maestros y se harán intransigentes en la primera ocasión, dejando el arte nuevo y el *modern style* en el olvido que merecen.

### IMPRESIONES Y NOTAS

SÓCRATES Y LA BELLEZA.—La complexión abotargada y la grosera figura de Sócrates, su feísimo rostro de ojos saltones, nariz roma y labios gruesos, eran objeto de broma y de risa para sus contemporáneos. Pero, sin embargo, Sócrates sabía convertir burlescamente su fealdad en belleza, ante el bellísimo Crisóbulo, como Jenofonte refiere en su *Symposio* y Galli recuerda en la revista *Atene e Roma*: «En tanto es bella una cosa, en cuanto está bien conformada para los usos a que debe servir. Ahora bien; si los ojos están hechos para ver, los míos son más bellos que los tuyos; porque siendo salientes, ven también de través, y no sólo a derechas, como los tuyos. Mi nariz es también más bella que la tuya; pues, estando hecha la nariz para oler, la mía coge más que la tuya los olores de todas partes, porque tengo la nariz replegada y abierta hacia arriba.» Para embellecerse más, Sócrates declaraba que quería aprender... a bailar; su amigo Cármides lo sorprendió en su casa bailando, y lo creyó loco, y Aristófanes lo presenta en *Las Nubes* caminando descalzo, pavoneándose y girando en torno las miradas. Debilidades, todas éstas, que no deben extrañarnos y

que en nada menguan la grandeza de Sócrates, pues todos los genios han tenido flaquezas.

\*  
\* \*

EL CÓDIGO DE LA GARDUÑA.—Se trata de una sociedad española, fundada en 1417 e inspiradora probable de la famosa asociación italiana *La Camorra*. Su reglamento es de 1420, y dice así, según lo transcribe Mauricio Lauzel en *La Revue*:

«Artículo 1.º Todo hombre decente que tenga buena vista, oído fino, buenas piernas y poca lengua, puede hacerse dueño de la Garduña. También pueden serlo las personas respetables de cierta edad que deseen servir a la asociación, ya dándola a conocer operaciones que practicar, ya proporcionándola medios para llevarlas a cabo.

Art. 2.º Los miembros de la Congregación se dividirán en *chivatos* (los mozos decentes de Nápoles), *postulantes* (los *picciutti e'sgarro*), *guapos* (camorristas en actividad) y *fuelles* (los guardacantones). Las matronas comprenderán las *coberteras* o encubridoras, y las *sirenas*; estas últimas deben ser vivas, fieles y provocativas.

Art. 3.º Los *chivatos*, hasta el momento en que hayan aprendido a trabajar, no podrán emprender nada por sí solos, y no podrán servirse de la navaja sino para su defensa personal; recibirán 136 maravedís diarios (1,25 pesetas, próximamente).

Art. 4.º Los *postulantes* viven de sus uñas; se emplean en robar, operando de una manera ágil, y por cuenta de la orden. De cada robo recibirán la tercera parte del producto, menos lo que se haya sacado para las ánimas del purgatorio. De los dos tercios restantes, uno pasará a la caja social, para gastos de justicia y para hacer celebrar misas en favor de los socios difuntos. El último tercio será puesto a disposición del gran maestro de la orden, obligado a vivir en la corte para velar por el bien y la prosperidad de todos.

Art. 5.º Los *guapos* estarán encargados de las puñaladas, los asesinatos, los asaltos a mano armada y los ahogamientos.

Art. 6.º Los *encubridores* recibirán el 18 por 100 de todas las sumas que hayan proporcionado, y las sirenas tendrán seis maravedís por cada peseta ingresada por los *guapos* en la caja de la Compañía. Los donativos hechos por los nobles, frailes y clérigos, serán beneficios exclusivamente suyos.

Art. 7.º Los *capataces* o jefes de provincia serán nombrados entre los *guapos* que tengan, por lo menos, seis años de servicio y hayan merecido bien de la Compañía.

Art. 8.º Todos los hermanos deben morir mártires antes que denunciar a sus hermanos, bajo pena de degradación y de persecución de la orden.»

\*  
\* \*

LA PALABRA RASTAQUOUERE.—¿De dónde viene esta palabra? *L'Intermédiaire* ha tratado de ella varias veces y Sarcey pretendía que venía de dos palabras españolas, que significan *arrastrar* y *piel de buey*. Un *rastaquouere* (un *rasta*, según la moda apocopada que hoy priva) sería, según eso, en América, un *arrastra-cuero*, un cualquiera. El sentido que se le da en la actualidad es el de un exótico enriquecido, algo de lo que aquí llamamos un *indiano*; pero en mal sentido: un indiano vanidoso, jugador, farsante.

Conforme a las últimas investigaciones hechas por *L'Intermédiaire*, la palabra *rastaquouere* es una de esas voces de capricho que tienen fortuna, sin que se sepa por qué. La primera vez que se oyó el término fue en *El Brasileño*, de Meilhac, en el papel que desempeñaba Brasseur; en el texto de la obra, sin embargo, no se encontraba la palabra. ¿Qué misterio era ése? Meilhac lo revela en la carta que dirigió a Noel Charavay, y que éste ha comunicado a *L'Intermédiaire*, y que dice así: «Querido amigo: Decid a Nicolás Leclerc que Brasseur, hablando brasileño en *El Brasileño*, pronunciaba sílabas que no tenían

ningún sentido. La palabra *rastaquouere* está hecha con sílabas de esta clase. No sé si están impresas en el folleto; impresas o no, son de Brasseur.—Vuestro, E. M.»

La cuestión parece resuelta con esto; pero no se improvisan así palabras que tienen sentido en otra lengua, y la etimología de *arrastra-cuero* o *rapa-cuero* debe mantenerse mientras no se encuentre otra mejor.

\*  
\* \*

UNA BUENA RECOMENDACIÓN.—El Sr. Dubois, de quien la prensa se ocupó hace tiempo, pasó de la mayor miseria a una envidiable posición económica, gracias a una recomendación, cuya historia cuenta Vico Mantegazza en el *Corriere de la Sera*. El joven Dubois se entretenía en hacer versos de ocasión para las bodas ricas o para los altos personajes. Entre estas poesías dedicó una a la princesa Paulina, contando, para obtener un buen regalo, con una de sus camareras, que, aprovechando un día de buen humor de su señora, la presentó la poesía y el autor.—¿Qué puedo hacer por usted?—preguntó la princesa sonriendo, después de haber leído todas las alabanzas que el poeta prodigaba a su ingenio, a su talento y a su belleza.—Una recomendación cualquiera—respondió el pobre poeta,—para que me den un modesto empleo en cualquier cargo público.—En ese caso, puedo darle una para Fouché, que ayer precisamente se quejaba de que no le pido nunca nada: así lo pondré a prueba.

Una hora después, el poeta entregaba en el ministerio su recomendación: en cuanto la leyó Fouché, por la noche, dió orden de que al día siguiente, a las nueve, cuatro gendarmes estuvieran dispuestos para escoltar su carroza. Los empleados creyeron que el ministro iría a Saint-Cloud, y no fue poca su sorpresa cuando supieron que se dirigía a un callejucho del sucio barrio del Mercado. Allí vivía el poeta, cerca del cielo, en el sexto piso. La casa no tenía portero, ni número; pero, hechas

averiguaciones, se supo que allí había un tal Dubois, un pobre diablo de escritor público, al que llamaron a voces. El pobre poeta se asoma a la ventana, ve aquel insólito movimiento, y lleno de miedo, no encontró mejor partido que meterse en la cama. El omnipotente ministro se decide entonces a subir al sexto piso, tranquiliza al poeta y le persuade a que le acompañe a almorzar.—¿Qué desea usted?—le preguntó entre un plato y otro.—Cualquier cosa; lo que mejor le parezca a usted—respondió Dubois, que no creía a sus ojos.—Bien; ¿quiere usted ir a la isla de Elba? Le puedo nombrar a usted comisario general de policía.—Estoy dispuesto a ir aunque sea al fin del mundo—respondió Dubois.

Al día siguiente, el pobre poeta recibió su credencial, con un buen paquete de monedas de oro, para gastos de viaje y equipo, y unos días después partía para Portoferraio. Sucedió que, precisamente por entonces, se ventilaba la concesión de unas minas que se disputaban dos pretendientes; como Dubois llegó con la fama de tener gran influencia en París, los dos aspirantes trabajaron por conseguir su favor, y uno de ellos acabó por ofrecerle una buena participación en la empresa si le protegía; el nuevo funcionario prometió todo y suscribió el pacto; y la casualidad hizo que obtuviese la concesión su protegido. Dubois recibió su participación, y la vendió inmediatamente en 300.000 francos, suma realmente enorme en aquellos tiempos. Cuando Fouché se enteró de que el recomendado de la princesa Borghese era un desdichado por quien Paulina no tenía más interés que el de darle un empleillo, Dubois quedó cesante; pero con sus 300.000 francos pudo seguir haciendo versos por cuenta propia, y hasta pagar parásitos que le adularan.

\*  
\* \*

LA VERDADERA VIDA.—El bahaismo es una nueva religión, fundada en Persia por Abdul-Baha, y que ha llegado a tener prosélitos en París, entre ellos el abogado Hipólito Dreyfus.

Es una secta que difiere poco del cristianismo, y que, según Lefranc, puede condensarse en los principios siguientes:

«Vivir la verdadera vida es: No hacer daño a nadie, y amarse los unos a los otros.—Ser bueno para el pueblo y quererlo con espíritu puro.—Soportar con resignación las dificultades o las injusticias de que somos víctimas, y a pesar de todo, querer a sus semejantes.—Regocijarse con las peores calamidades porque son los obsequios de Dios.—Callarse sobre las faltas de los demás, rogar por ellos y ayudarles a enmendarse por nuestra bondad.—No mirar más que el bien y no el mal. Si un hombre tiene cien cualidades y un defecto, no mirar más que las cualidades y olvidar el defecto; si es al revés, mirar sólo la cualidad y olvidar los defectos.—No decir mal de nadie, ni aun de sus enemigos.—Reprender a los que nos hablan de las faltas ajenas.—Hacer nuestros menores actos con bondad.—Dedicarse a la propaganda de las enseñanzas sagradas, pues sólo así recibiremos la fuerza y la confirmación espiritual.—Apartar su obra de sí mismo y del mundo; ser humilde.—Ser servidor de cada cual y saber que no somos superiores a nadie.—Ser una sola alma en diferentes cuerpos, porque cuanto más nos amemos, más cerca estaremos de Dios.—Obrar con prudencia y cordura.—Ser sinceros, hospitalarios y respetuosos con el derecho de los demás.—Esforzarse en curar a los enfermos y consolar a los afligidos.» Como se ve, todo esto es cristianismo puro, y en el Evangelio se encuentra, expresa o tácitamente, toda esta moral, más hermosamente expresada.

FERNANDO ARAUJO

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Un precedente del Darwinismo en la Edad Media</i> , por Eduardo Ovejero y Maury. ....	5
<i>Beatriz de Aragón, reina de Hungría</i> , por Alberto de Berzeviczy. ....	19
<i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos:</i> <i>El problema práctico</i> , por Miguel de Unamuno. ....	68
<i>La organización de la Marina de Inglaterra al concluir el siglo XVIII</i> , por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.. ....	100
<i>Proezas policiacas de Tom Sawyer</i> , por Marck Twain. ....	120
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	151
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo. ....	174